

MEMORIA EN 5 DIMENSIONES DE UN FARERO

© Javier Pérez de Arévalo

MEMORIA EN CINCO DIMENSIONES DE UN FARERO.

I

Grité al Señor en mi angustia, y él me respondió;
Desde el vientre del abismo pedí auxilio, y escuchaste mi voz.
Me habías arrojado en lo más profundo del mar;
Me arrastraba la corriente, todo tu oleaje me envolvía.
Yo dije: <<Me has arrojado de tu presencia.
¿Cómo podré volver a contemplar tu santo templo?>>.
Las aguas me apretaban hasta ahogarme,
El abismo me envolvía, las algas se enredaban en mi cabeza.
Me hundí hasta los cimientos de los montes,
Hasta el país donde son eternos los cerrojos.
Pero tu sacaste mi vida de la fosa, Señor, Dios mío.
Cuando mi alma se hundía, me acordé del Señor,
Y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo.
¡Los que adoran ídolos vacíos abandonan al Dios que los ama!
Yo, en cambio, te alabaré, te ofreceré sacrificios,
y cumpliré las promesas que te hice. ¡Del Señor viene la salvación!.
Entonces el Señor dio orden al pez, y al punto el pez vomitó a Jonás en tierra firme.

¡Puf!, vaya cabreo tengo, esta no es manera de empezar a contar mi memoria, pero el caso es que yo no soy orador, soy músico, y esto tampoco es un discurso, sólo es mi memoria.

-¿Y la memoria no se cuenta?

-Pues sí, claro que se cuenta, incluso alguno la escribe, pero esto último sólo la gente importante o los escritores...y yo no soy escritor, que soy músico, y mucho menos importante. Aunque ahora que lo pienso también soy farero, y es por eso por lo que quería contar esta memoria, lo que pasa es que me metí a esto de los faros por culpa de la música, por aquello de que en España es más difícil ganarse la vida como compositor, que de torero en Finlandia.

-¿Entonces si eres músico, por qué escribes tus memorias?

-Bueno... ya está bien, esto de las preguntitas me recuerda a un libro de Cela, y ya he dicho que esto no es ni un discurso ni un libro, y tampoco son mis memorias, sólo son recuerdos, que ni siquiera los escribo sino que los cuento. Para escribir tus memorias hay que tener al menos 50 años, o conservar a tus espaldas grandes peripecias, por eso sólo cuento recuerdos, lo que pasa es que, cuando conoces la historia de alguien o de algo, pues parece que tu memoria se hincha tanto como el tiempo.

Todo esto es un follón, y la culpa es del cabreo que tengo. Cuando escribo una partitura no me encuentro con este problema porque me paso días, o incluso semanas, para hacer estructuras y más estructuras, de manera que luego sólo hay que tirar del hilo. ¡Hombre! No es tan fácil como parece, pero bueno, yo sé lo que me digo. Menos

mal que me limito a contar algo, y cuando uno cuenta cosas no tiene que estar tan preocupado como el escritor por las estructuras, las formas y todo eso. Sencillamente lo cuentas y se acabó, y si te haces un lío, pues como mucho se ríen de ti, pero eso tampoco es grave.

Lo del cabreo, sin embargo, sí que es más importante, porque yo no imagino componer o escribir algo, según el humor del día. Cuando compones tienes que estar ajeno al humor, sólo cuenta la disciplina y el método. Eso de la inspiración son engaños, o la cachaba del vago. Esto no sé si también lo dijo Cela. Pero yo sigo aquí con este hablar de música, y a los faros que les den. Es que como ya dije, la idea de hacerme farero me vino, en realidad, por no tener que vivir de la composición, así que claro, el tema se me va de un lado para otro. A ver si me centro un poco.

Comencé con el relato de la ballena, porque eso sí que eran historias. Verdaderamente la Biblia es todo un libro. Te crees o no lo que te cuentan, pero nadie me puede negar que los tíos lo contaban de maravilla. Ya no se escribe así. Ahora todo es, cómo diría yo... como más aséptico. Bueno, Cela es otra cosa, también lo eran Joyce, Beckett o Ionesco, pero en fin, yo no debo hablar de escritores sino de compositores, al menos creo que puedo hacerlo con más propiedad o conocimiento de causa, como se suele decir.

La primera vez que vi mi faro, fue en la fotografía de un libro. Yo por entonces ya sabía que me habían destinado a él, así que esa primera imagen en dos dimensiones era lo único con lo que contaba para hacerme una idea de lo que me iba a encontrar. Era una vista aérea y a mí no me gustan este tipo de fotografías de faros. A un faro lo puedes contemplar de muy diversas maneras. Una es desde el mar. Esta, creo que es la forma más bonita de hacerlo, tanto para el que mira como para el mirado, o sea, el faro. Al fin y al cabo, los faros se inventaron para los navegantes, y eso de ser contemplado desde un nivel inferior parece que no, pero a uno le infla un poco su autoestima, y si no que se lo digan a todos esos reyes que colocaban los reales asientos bastante elevados con respecto a sus auditores.

Además, cuando observas un faro desde el mar, todo se mueve, el faro, la barca, el agua... sólo el tiempo permanece anestesiado. Esto, por el contrario, no ocurre cuando te encuentras en tierra firme. Aquí tus piernas son como las manecillas del reloj, y si andas parece que el tiempo se pone en marcha, para caminar en contra de tu dirección, y así el pasado queda siempre atrás. En eso el tiempo no tiene mala leche, porque si le da la gana, puede ir en nuestro mismo sentido y entonces dejarnos sin recuerdos, o lo que es peor, ir en el mismo sentido y un poco más rápido, para no poder tener ni si quiera, proyectos de futuro. Con mala leche, el tiempo puede jugar con nosotros, pero lo único que hace es moverse siempre a la misma velocidad, sólo nosotros corremos unas veces más que otras, para envejecer por ello con prisa o sin prisa, todo depende de nosotros, no del tiempo, que no es malo.

A los faros, aunque les gusta más sentirse observados desde abajo, tampoco les desagrada mucho que lo hagas desde tierra, entonces no se mueven y juegan a quedarse quietos y aguantar la respiración para salir bien en la foto. Pero no soportan si los sobrevuelas, y no me extraña nada. Particularmente creo que es una grosería y una falta de educación. Es como mirar a una mujer por debajo de las faldas. Esto me recuerda cuando dejábamos caer el bolígrafo al suelo, y nos agachábamos a recogerlo, para así, de paso, mirarle las bragas a la profesora. La pobre salía llorando de clase a menudo. Se llamaba Dominique, y claro era francesa y muy delgadita, lo cual no era motivo para excitarnos, pero otra cosa eran sus minifaldas. ¡Hombre!, es que a quién se le ocurre presentarse de esa guisa ante unos cepporros provincianos adolescentes, sedientos de morbo, en la España de un Franco al que le quedaban dos minutos. El pitorreo se

garantizaba, y la tal Dominique no duró mucho, me refiero a que no aguantó mucho tiempo a esa panda de trogloditas y se marchó del colegio. Debió gritar al señor en su angustia, como Jonás. No justifico la violencia, pero a esas edades, sólo nos callábamos con aquellos que nos atizaban o con los que tenían la suficiente personalidad para hacerse respetar, y estos eran pocos, así que lo más seguro era atizarnos. El peor era Don Román, una especie de Torquemada en la especialidad infantil, pero prefiero no darle mucha importancia.

No, decididamente las fotos aéreas de los faros no me gustan nada. Antes por lo menos, los torreros tenían que bajar las persianas de la linterna cada mañana, y así los rayos del sol no dañaban los aparatos colocados dentro de la óptica, pero desde que se implantó la electricidad dejamos de hacerlo, con lo que el faro se queda medio desnudo. Los pájaros no importan, esos no tienen malicia, y a los faros hasta les gusta cuando se posan encima de la veleta, incluso si sueltan sus regalos rectales, porque les hace cosquillas. A los faros no les da asco el guano, ellos piensan que les proporciona un aspecto más distinguido. Pero si hay algo que odian, es tener a una estúpida persona que revolotea, dentro de uno de esos trastos ruidosos, por encima de su coronilla de aquí para allá, venga a hacer una foto así y otra asá, ahora más arriba y luego un poco por debajo. Yo, la verdad es que algo sí que les comprendo. Los faros no se inventaron para mirarlos por encima, y las cosas hay que entenderlas según su origen. Las cosas, igual que los animales o las personas tienen su lenguaje, y hay que saber entenderlo, y escucharlo, sobre todo escucharlo. Ahora todos estamos obsesionados por aprender idiomas, pero ya a nadie le importa el lenguaje de las cosas, ni siquiera el de los animales o el de las plantas. Antes los carpinteros entendían lo que les decían las sillas o las mesas, tengo sed de esto o de aquello, necesito un lijadito aquí, ponme un barnizado allá...etc. Antes todo hablaba, y no digamos antes del antes. Había alguna tribu en Africa cuyos miembros decían que no hay que escuchar durante mucho rato al agua por que es peligroso, y tenían mucha razón. El mar, por ejemplo es muy puñetero, porque te dice unas cosas que le acaban por deprimir al más santo.

También los colores del cielo anunciaban cada tarde el parte meteorológico del día siguiente, quizás lo hacen todavía, pero ya nadie les escucha y por eso seguramente se cansan y enmudecen. Así que cuando te colocas por encima de un faro y lo ves pequeñito, este te chilla para que te largues, a lo mejor es que con el ruido de las avionetas no les oyen. Pero yo pienso que es una falta de educación. Por lo tanto, como se puede ver, mi primera imagen del faro fue un chasco. Todavía no sabía que iba a ser ¡mi! faro, eso lo sabes cuando te traga, y tampoco te enteras muy bien, porque lo hace de a poquitos, como a mordiscos, pero sin que lo notes. Otra cosa son las ballenas. En el fondo no me extraña el susto de Jonás, porque una ballena coge y te traga de un bocado, ¡Ala, para dentro!, como un parto pero al revés. Aunque si lo piensas bien, cuando naces te traga el mundo y también sin ningún reparo.

Yo siempre he criticado a Jonás, porque me parece que le entró el nervio demasiado pronto y no aguantó ni tres días completos dentro de su ballena. Porque ya era su ballena. Cuando un monstruo te traga, tu estás dentro de él pero de alguna manera te conviertes en su dueño, y tres días son muy pocos para poder sacarle partido a tu nueva situación de individuo tragado. Pero como digo, algo sí que le entiendo, porque a mí cuando me tragó el mundo me asusté tanto que me volví para dentro de mi madre, y ésta siempre me contaba, que aunque anestesiada oía los comentarios de los médicos; decían que si me ahogaba, que si salía muerto, que si patatín y que si patatán, y luego me sacaron con eso que llaman fórceps y san se acabó. Así me tragó a mí el mundo. Lo que pasa es que ya una vez que estuve aquí, no me dio a los tres días por volverme a meter dentro de mi madre, eso pudo ser demasiado. Hombre, yo entiendo que Jonás en

el mismo momento que se le comió el ballenato, pues podía estar un poco asustado, más que nada por aquello del cambio y del miedo a lo desconocido. Esto tiene la culpa de muchas cosas. Es malo tener miedo. En realidad la mayoría de los males, al ser humano le vienen por el miedo. Las guerras, el racismo, la religión...todo lo provoca el miedo. Quizás hay un miedo original, como aquello que nos contaban del pecado. Yo creo que el miedo original es el saber que nos vamos a morir. Los animales no lo saben, y por eso no tienen un miedo original. Ellos sólo tienen miedos pasajeros. Es más difícil vivir con un miedo original como el nuestro.

Pero la verdad es que Jonás se pudo quedar un par de días más, sólo por curiosidad. La curiosidad es la madre de la ciencia y del conocimiento. No se puede aprender nada sin, al menos, un poquito de curiosidad.

La foto en cuestión de la que hablo, mostraba un farito miniatura, rodeado de una gran explanada. Y tuve que hacer grandes esfuerzos de imaginación para poder representarme el faro tal cual podía ser. Pero esas luchas mentales nunca dan un resultado muy bueno. Lo que pasa es que como no tenía otra cosa, pues la miraba una y otra vez. Las dos dimensiones no tienen por que ser aburridas, pero el que pinta, dibuja o fotografía tiene que saber qué es lo quiere decir. El problema viene cuando no se sabe lo que decir. Muchos no tienen absolutamente nada para contar, pero ellos van de artistas. No esta bien ir de algo de manera exagerada. Es verdad que todos aparentamos continuamente cosas, y por lo tanto al hacerlo ya vamos de algo. Por ejemplo, la forma que tenemos de andar o de vestir en realidad hablan al resto de las personas. Todos nos ponemos un uniforme al vestirnos, no hace falta que sea militar. Hay muchos uniformes, como el de funcionario, el de pijo, el de intelectual, el de currante, el de ecologista, el de progre pero no mucho, el de muy progre, el de hortera también es un uniforme, y el de nada, porque también hay un uniforme para no ir de nada. Pero no ir de nada es ya ir de algo. Este era mi uniforme favorito. Me encantaba no ir de nada, sólo que a veces me excedía un poco e iba demasiado de nada y entonces me daban dinero como a un mendigo. Porque los mendigos no son nada. A mí no me gusta que me den dinero por la calle, quizá es porque no lo necesito y siento que le quito el puesto de trabajo a un auténtico pordiosero.

Esa maldita foto me trajo de cabeza, y es que si escribes un libro de faros, haces mal en poner fotos aéreas, porque como digo, al pan, pan y al vino, vino. Lo de ir de artista es toda una moda. También se necesita un uniforme, ¡claro!, pero además es muy necesario un buen curriculum. Esto es lo principal, sin curriculum no hay nada que hacer. Y la culpa es de lo que dije antes... que las cosas ya no hablan. Tampoco el arte habla. Ahora las palabras son tan importantes que lo que un artista hace es lo de menos, como nadie escucha al arte, el arte se calla. Pero un buen curriculum... eso si que te puede abrir alguna puerta. Todo consiste en la mezcla. Yo para hacer uno, aconsejo pedir ayuda a un buen Barman, porque creo que son los que más saben de mezclas. Se trata de combinar bien y en la justa medida. Una o dos ciudades del estilo de Nueva York, París o Londres son imprescindibles. Siempre es mejor si pasaste algunas temporadas en cada una de ellas. Un curso aquí y otro allá, es suficiente para considerarte alumno de tal o cual Dios. Porque los artistas, como casi todo el mundo tienen sus dioses encarnados, que cuando se mueren pasan al Olimpo de las artes. Poner en un curriculum el nombre de algún Dios realza tanto como las ciudades que digo, aunque sólo estés unas horas con él, eso es lo de menos.

Antes dije que la religión es mala. La verdad es que no es ni mala ni buena, todo depende del uso que se le dé, como con casi todo. En el momento que uno se fabrica un Dios ya tenemos una religión. Puede ser en el deporte, en la literatura...hasta en el juego de bolos. Es necesario tener alguna religión, si no crees en nada, entonces estás muerto.

Lo peor ese eso... estar muerto en vida, esperar cansino que te llegue la hora. Esos no tienen religión ninguna. Los faros también pueden ser dioses. Para mi uno de los grandes dioses-faro es, por supuesto, la torre de Hércules. Pero lo encuentro un tanto frío, distante, como muy por encima de los mortales, incluso de los fareros. Sin embargo uno de esos infiernos, como llaman los franceses a los faros construidos en mitad del mar, son realmente sobrecogedores. No quiero menospreciar al mío, pero puedo dar un riñón, por pasar algunos días dentro de uno de esos dioses bretones. La Jument, Kereón, Pierre Noires, Armen...y el maldito Tevenec. Una vez hice una composición titulada así, Tevenec, como el faro. Utilizaba de material principal una danza bretona. El título completo era Tevenec La Nigrin Lumo, que quiere decir la luz negra pero en esperanto. Lo del esperanto decidí utilizarlo en mis partituras, como acto puramente simbólico y por eso comencé a escribir los títulos de las piezas en ese curioso idioma. Era como renunciar artísticamente a mi lengua materna y abrazar un idioma universal, imagen de tolerancia. No me gustan los que, en lugar de utilizar su lengua como una herramienta, lo hacen a modo de arma, para herir con ella a los herejes. Volvemos a lo de la religión. El Dios Idioma convertido en un Marte guerrero, o en una especie de Santiago matamoros. ¡Hay que acabar con el rebelde!. Así que un buen día cogí y me compré un diccionario de esperanto.

En Tevenec pasaron cosas muy curiosas. Ya en el siglo XVIII naufragó en esa roca, que levanta unos veinte metros del mar, un navío francés cargado de militares, de los que murieron ahogados unos doscientos. Los hundimientos se sucedieron año tras año, hasta que en el siglo XIX el gobierno decidió construir el mencionado faro. Y aquí es cuando empiezan las sorpresas, pues al primer farero que destinan allí, le dio por empezar a ver y oír fantasmas. El decía que por las noches salían unos espectros y deambulaban por los alrededores del faro. Además, por si fuera poco con lo anterior, también escuchaba unas voces que le decían: Kerz Kuit, Kerz Kuit... que en lengua bretona quiere decir algo así como Vete, Vete, lo cual produjo más de un trastorno nervioso a este primer guardián. Los jefes decidieron llevárselo de ahí y dejar que se recuperara de su lamentable estado mental. Pero el segundo no corrió mejor suerte, ya que a los pocos días empezó la cantinela del Kerz Kuit, Kerz Kuit. Ahora lo enfocaron por el terreno religioso, y llevaron a la rocucha esa un clérigo que inmediatamente se puso a exorcizar el faro y todas las inmediaciones. Por si no bastaba, colocaron también una enorme cruz al lado de la torre y del edificio. Kerz Kuit, Kerz Kuit, Kerz Kuit, si acaso con más insistencia todavía y al farero con sus nervios desquiciados tuvieron que sacarle de allí antes de cometer alguna tontería. El gobierno francés pensó en el asunto y llegó a la conclusión de que la soledad del lugar no era muy beneficiosa para la salud mental de los torreros, así que decidieron poner como condición imprescindible para conseguir ese destino, el estar casado. No hacia falta pensar mucho par llegar a la deducción de que sólo la soledad, que bonita pareja hacen estas dos palabras, difícilmente fuera la causante de tamaño desaguisado, porque justo por allí lo que no faltan son faros aislados. Como era de esperar los problemas no se acabaron con la llegada de la primera pareja. Una vez y en pleno parto de la mujer, un fuerte aire levantó por lo alto el tejado de la habitación donde se producía el alumbramiento. Y en otra ocasión, el padre de la mujer llegó para pasar unos días en compañía de su querida hija, se encontraba sentado en el pequeño muelle donde atracaba la barca de abastecimiento, los días que el tiempo lo permitía, es decir, casi nunca, y de buenas a primeras y con el mar tranquilo apareció una mala ola y con las mismas lo arrojó a lo más profundo del mar, como a Jonás pero sin volver a los tres días. Alguna que otra muerte posterior, alentó a las autoridades de señales marítimas de aquel país a evacuar al personal

destinado en Tevenec, y dejar el faro con una luz fija sin destellos. Desde entonces pasó a ser conocido como el faro maldito.

Eso sí que eran historias. Los faros guardan muchas de ellas, pero ahora también enmudecen. Todo deja de hablar, y no es por no querer o no poder, sino como ya he dicho, porque nadie escucha. Es suficiente hacer un poco de caso a las cosas, para que te empiecen a contar historias. Y concretamente los faros son unos parlanchines. Tienen el síndrome del pastor como yo lo llamo. Me acuerdo cuando de joven realizaba frecuentes salidas al campo, que a veces, a lo lejos, quizás un kilómetro o más, veía un pastor con sus ovejas, y cuando éste se percataba de mi presencia, en muchas ocasiones comenzaba un lento pero inexorable caminar en mi dirección, y finalmente la parrafada daba comienzo. Casi siempre era conmovedor escuchar su lengua arcaica, casi incomprensible, pausada y calmada como el perro al que acompañaba, porque el pastor acompaña al perro y no al revés como se suele creer. Media hora de conversación, o más bien de monólogo, con un pastor, te dejaba para el resto del día como recién salido de un electrochoque y completamente desubicado en el tiempo. Pero a veces hay que reconocer que alguno era insufrible y una auténtica tortura aguantar su sermón.

La verdad es que ya de pequeño, a mí las cosas me hablaban muy a menudo, claro que a todos los niños les debe ocurrir lo mismo, porque de lo contrario, es que no son niños. Antes del antes, era diferente. Eso que llaman animismo, no era otra cosa que el continuo hablar por parte de animales y plantas; ya podías tener ochenta años, que todo seguía hablando, y ellos escuchando por supuesto. Aunque bien pensado, en nuestra sociedad también los viejos escuchan mejor, por eso se dice que son como niños. Lo peor es entre los dieciocho y los setenta. Mi caso fue el contrario, pues yo nunca dejé de escuchar por todas partes y eso me causó más de un problema, porque no era muy normal contemplar a un adolescente mantener largas conversaciones con un chopo. Algunos pensaban que yo era un loco o por lo menos algo rarito. En más de una ocasión mi madre me preguntó si era maricón, como no salía con chicas, y le respondía siempre con una estentórea carcajada, completamente fuera de tono para luego seguir con alguna frase sin mucho sentido que ya no recuerdo. El gran problema de hablar con las cosas, es que luego pierdes la costumbre de hacerlo con tus semejantes, y tampoco es cuestión de pasarte la vida explicándole a tus zapatos los planes del día. Durante mucho tiempo pensé que para mí, el ideal de vida sería estar completamente sólo en el monte, o con unos perros. Después de mis primeros tres años como farero, se me cayó al suelo el mito del Robinson y se hizo añicos.

Todo esto viene a cuento de que los faros también hablan, y mucho. Sólo depende de la atención que les prestes. Es muy triste ver esas pobres torres con sus edificios abandonados desde hace años, faros deshabitados, emitiendo luz nocturna pero callados como autistas. Me dan mucha pena. Todo esto se lo achacan al progreso, pero yo lo único que veo, es que con el paso del tiempo terminarán por hablar solamente las personas, y eso sí que puede ser verdaderamente triste... triste y aburrido, porque escuchar durante días y días únicamente a fulanita o a menganita, tiene que ser deprimente. Todo empezó con los griegos, es decir, un poco después del antes del antes. Primero inventaron el alfabeto tal cual lo utilizamos hoy en día, con un signo para cada letra, o fonema, que dicen los entendidos. Porque antes de este invento se las arreglaban sin escribir las vocales, o con unos simbolitos que llamaban ideogramas, o con jeroglíficos, hasta que apareció el susodicho alfabeto y les trastocó el cerebro. Para mí que fue esto lo que les impulsó a dejar de escuchar a su alrededor, y empezar a darle al palique como locos. Que si todo es agua, que si todo es aire, que no... que sólo la mente tiene importancia, pero que tonterías si con los números se pueden explicar

absolutamente todas las cosas, sí pero no te fíes de tus sentidos porque te pueden engañar, desconfía de todo, incluso el tiempo no es lo que parece... etc, etc, etc.

Yo tampoco paro de hablar. No siempre es fácil saber por qué está uno de mal humor. La mayoría de las veces no tenemos la menor idea, aunque tengo la teoría de que los sueños son los grandes responsables. En muchas ocasiones no nos acordamos de nuestros sueños, pero te despiertas contento, hundido en la miseria o con una mala leche del copón, dependiendo de lo que soñaste. Hombre, hay que descartar los problemas que uno acarrea del día anterior, con los que te acuestas y por desgracia también te levantas. Pero eso es conocer el origen de tu estado de ánimo, y yo me refiero a la mala gaita sin causa aparente. Por cierto que a la pobre gaita qué mal le trata el castellano, el castellano como lengua, evidentemente, porque por allí le soplan más a la dulzaina. Siempre se utiliza, la gaita, para algo no muy agradable. Por ejemplo. “Vaya Gaita de viaje, no hay quien lo aguante”, o esta otra “Será soplagaitas el tío ese”. También se usa aquello de “templar gaitas” para poner un poco de orden en situaciones no muy armoniosas, por seguir el símil musical. Me imagino que gran parte de la culpa la tiene el pitido en cuestión del instrumento, que al tenerlo cerca se te mete dentro del oído, y parece como si te taladran el tímpano con un berbiquí. Pero a mí me gustan las gaitas, debe ser porque mi padre era gallego, y los padres quieras que no, marcan mucho. Sin embargo nunca estuve en un faro gallego ya ves tú lo que son las cosas. Cómo me gusta la palabra faro, hace ya un rato que hablo sin parar, pronuncio una y otra vez faro por aquí, faro por allá, y no me canso de la palabra. Muchas palabras cuando las repites con frecuencia te acaban pareciendo faltas de sentido, absurdas... no sé, como vacías de contenido, pero con faro no me ocurre lo mismo. Qué bonitas son las palabras; si en el fondo entiendo a los griegos, lo que ocurre es que no están reñidas las dos cosas, vamos que lo cortés no quita lo valiente, que uno puede tener un pico de oro y no por eso dejar de escuchar al resto de las cosas.

Así que según mi teoría, por lo que sueñas tal cual te levantas. Que tuviste un sueño cachondo, pues te pasas toda la mañana un tanto viciosillo. Que te pasaste toda la noche para subir una montaña sin llegar nunca hasta la cima, pues vas al trabajo como al matadero...etc. El problema es que como muchas veces no te acuerdas de tus sueños nocturnos, pues te quedas sin saber por qué estás cabreado, y eso es justo lo que a mí me pasa ahora. Hombre... hablar siempre ayuda, quizás por eso me arranco los recuerdos, uno a uno, como para depilarme la memoria.

Cuando ya me quedaban pocos días para emprender el viaje al nuevo destino, dejé de mirar la foto, total no me servía de mucho, y al final la imaginación se quedó estancada en los mismos pensamientos, de manera repetitiva, como la música de Philip Glass. A lo mejor él tiene memoria minimalista, y cuando se engancha a un recuerdo, le da vueltas y más vueltas hasta dejarlo casi desgastado. Debe resultar un poco cansino tener memoria minimalista. Si nos ponemos así, prefiero tener una memoria contrapuntística, con varios recuerdos a la vez desplazándose entre ellos, ahora del derecho y luego del revés, primero hacia arriba y después para abajo, como si le pones un espejo. Bach tuvo que tener una memoria asombrosa. Se me ocurre que para relatar su memoria podía utilizar todo un coro y grupos de cinco o seis recuerdos simultáneamente, con un tema principal o *recordatio firmus*, seguramente su propio nombre, eso ya lo hizo al menos en una ocasión, aunque hay estudiosos que se empeñan en intentar demostrar que el maestro de maestros utilizó su nombre, traducido a sonidos, en gran parte de su obra. Y ahí están, casi a tortazo limpio, para ver quien tiene razón. Si es lo que yo digo, que todo el mundo se empeña en hablar y ya casi nadie escucha, ni siquiera a la música de Bach, que ya es decir. Se me puede objetar que hace más de media hora que no dejo de mover la lengua, pero esto sólo es eventual y como terapia.

Las palabras son como los animales. Yo quiero embarcarme en un velero y surcar el tiempo buscando el origen de las palabras, eso que llaman etimología. Cada palabra puede ser un Beagle y yo, Fitzroy o Darwin. Ahora podemos encontrar fósiles lingüísticos, incluso les hay que reconstruyen todo un dinosaurio como el Indoeuropeo, piececita a piececita. Otros se empiezan a preguntar cómo hablaban nuestros parientes de hace treinta o cuarenta mil años. Pero a mí lo que más me interesa es observar a las palabras cambiar con el tiempo. Algunas comenzaron siendo lo mismo y ahora nadie diría que son primas hermanas. Otras no tienen ni tatarabuelos en común y resulta que en nuestros días casi se las confunde de parecidas que son. Contar y Cantar son un ejemplo de estas últimas. Ya digo que son como los animales. Por ejemplo el delfín y el perro son tan parientes como mi tío Lolocho y yo. Mi tío ya murió, el pobre, en Ferrol, no hace mucho. Cuando estaba en las últimas se comunicó con sus hijas mediante sus manos, como hacen los sordomudos, y aquellas le entendían, porque su padre les enseñó este lenguaje cuando eran pequeñas. Fue bonito pero un poco triste, casi de película americana, porque ellas se encontraban detrás de esos cristales que ponen en las salas donde amontonan a los que están hechos polvo, y él con sus dedos les dijo que podían irse a casa tranquilas, que él ya se iba, y se fue.

Sin embargo, los murciélagos y los pájaros, aunque todos vuelan, se conoce que tienen menos de familia que yo del cura Merino. Esto es difícil explicárselo a un niño, no lo del cura Merino, sino lo de los murciélagos, porque ellos asocian las cosas de otra manera, muy diferente a la nuestra. Antes del antes ocurría lo mismo. Por ejemplo, ahora nosotros pensamos de un grupo de palabras como león, abeja o vaca que todos son animales y por eso pertenecen al mismo grupo. Pero antes del antes esto no tenía mucho sentido porque la vaca estaba en el mismo saco que los tambores, la piel o el color verde, ya que los tambores los hacían con piel de vaca así como utensilios de usos cotidianos, y además las vacas comen hierba, que suele ser verde. Lo de las clasificaciones es más complicado de lo que parece. Lo que ocurre, como siempre, es que a los griegos, les dio por empezar a clasificar todo lo que veían a su manera, y Aristóteles se salió con la suya, porque en la actualidad todo lo ordenamos como él hacía. Pero las cosas pueden cambiar, y de hecho cambian.

Las vacas me encantan. Una vez compuse un trío para piano, violonchelo y soprano, bueno... mezzo., que se titulaba los cuernos de la vaca, el texto era de un amigo que luego por cosas que hace el tiempo ya no es tan amigo. Recuerdo que hacia el final del texto aparecía algo así como que quería descubrir la inmovilidad, la tibieza perenne y la estupidez infinita. Eso último me gustaba mucho y como me imaginaba la mirada de la vaca igual que la estupidez infinita, pues le puse el título en cuestión. Hoy me arrepiento, porque pienso que el único estúpido soy yo. La mirada de una vaca es tan cautivadora como el crepitar de una hoguera. Pocas cosas, salvo el mar cuando navegas, pueden retener el tiempo entre sus manos, como lo hacen ellas. No sé cómo lo consiguen, porque el tiempo es muy puñetero, y le gusta seguir siempre el mismo compás, pero cuando se topa con una vaca, ésta le hipnotiza y él no tiene más remedio que pararse y mirarla. Yo no puedo hacer lo mismo con ese maldito envejecedor profesional. Sólo hay un problema, y es que si pasa un tren cerca, la vaca indefectiblemente deja de ser la hipnotizadora para pasar a ser la hipnotizada. Todos tenemos nuestro punto débil. A veces digo palabrejas como esta de indefectible, porque me las aprendo y luego me gusta soltarlas cuando hay ocasión, es como estrenar unos zapatos, o un jersey, que después de un tiempo, igual te cansas y no te los vuelves a poner, pero el día del estreno, es toda una aventura. Francisco, el carpintero, también hacía lo mismo pero no siempre atinaba con el vocablo. Francisco escuchaba muy bien a las sillas y armarios, pero con las personas tenía sus problemas. Por más que le

dábamos instrucciones, cada vez que montaba en el coche de mi padre, se colocaba el cinturón de seguridad alrededor del cuello y mi familia, con el acto ya consumado, no le decía nada sino que se reía, pero a mí me daba un poco de miedo encontrarnos, después de un frenazo, con un Francisco ahorcado, y mi padre no era buen conductor, que tuvo muchos accidentes. En algunos de esos accidentes estaba yo dentro, como en el que se quedó dormido y cruzó toda la carretera hasta que nos paró un coche que venía de frente, lo peor es el ruido del tortazo, eso te queda dentro de la cabeza durante mucho tiempo. También los chillidos de las personas que te acompañan son difíciles de quitarse, se te quedan pegados en el oído y cuesta mucho arrancarlos de ahí. Luego los sueños se encargan de devolverte las imágenes, para que no las olvides. Los sueños lo hacen con buena intención, para que aprendamos cosas, pero muchos somos unos alumnos pésimos. Antes del antes, los sueños tenían muchos alumnos y algunos muy buenos, de matrícula.

El talón de Aquiles de la vaca son los trenes. No me extraña que en la India las consagren, pero claro, los indios tienen otro concepto del tiempo, y quizás por eso valoran más las vacas. La música hindú también piensa el tiempo de otra manera. El caso es que luego todos nos morimos igual, no se vive más en un lugar que en otro, pero a unos se les pasa la vida como un suspiro y a otros les sabe a más, y eso depende de cómo se piensa el tiempo. Al tiempo hay que pensarlo, de lo contrario no te das cuenta que te está soplando en la frente, y el día menos pensado no te queda tiempo para pensar en el tiempo. Parece una perogrullada, pero por eso precisamente hay que pensar en ello. Al fin y al cabo pensar en el tiempo es como escucharse a uno mismo. No quiero ser pensado, digo pesado, pero lo de escuchar es que es muy importante. A lo mejor me viene de la música, porque la composición también marca, como los padres. No quiero decir con esto que las madres no marquen, pero lo hacen de distinta manera. A los padres les imitas y a las madres las buscas. Es muy posible que con las mujeres pase justo lo contrario. A veces intento pensar como una mujer, pero es demasiado difícil, a ellas no les cuesta tanto hacer lo contrario. El sexo sí que marca, quizás es lo que más marca, y lo malo es que también se puede utilizar como arma, igual que los idiomas. No sé si hay nacionalistas del sexo, pero lo que si que existen son puritanos, e intolerantes y abusos, muchos abusos.

Los faros no tienen sexo, aunque por aquello de los símbolos fálicos, parece que uno tiende a imaginárselos más bien masculinos. Puede ser un pensamiento machista, pero qué le vamos a hacer, si el sexo marca. En la foto aérea no me dio la sensación de ser un faro macho o hembra. Es lo malo de las fotos aéreas, pero el primer día que apareció ante mí, en tres dimensiones, me pareció estar delante de todo un patriarca bíblico. Blanco como las canas y respetable, tremendamente respetable. No lo consideré como un faro mudo, sólo estaba en silencio, manteniendo la expectación, observaba a su nuevo bocado, que era yo. Por entonces no sabía nada acerca de las aficiones devoradoras de estas casas luz, como los llaman los ingleses, pero me sentía infinitamente minúsculo ante su presencia. El farero al que yo sustituía, se quedó un par de días explicándome las características de los equipos eléctricos y electrónicos, así como las averías más frecuentes. Con la excitación que tenía por entrar en aquel santuario, prácticamente no me enteré de nada de lo que Rodri me explicaba. Sólo quería quedarme a solas con mi faro. Desde ahora sería ¡mí! Faro..

II

Hablar no es como escribir, te deja la boca algo seca, pero bebes un poco de agua y la cosa queda bastante solucionada. Escribir es muy diferente, por lo menos escribir música, que es lo que yo hago. Todo tiene que ser muy meditado para no cometer errores, y corregir y volver a corregir, porque no te parece adecuada tal o cual combinación. Lo que me gusta de estar aquí hablando es que lo dicho, dicho está, no puedo borrar ni tachar ni enmendar, bueno enmendar sí. Uno puede corregir lo que ha dicho antes como hice yo hace un rato con lo de la religión. Mientras seguía hablando, me daba cuenta que podría sonar algo fuerte eso de incluir la religión entre un montón de penalidades humanas, y entonces aproveché un momento adecuado e intenté especificar algo más el comentario. Pero sin embargo, dije aquello porque me salió del alma, con lo cual reflejé una forma de pensar con respecto a ese tema. Aunque luego intenté modificar el mensaje, cualquier oyente un poco perspicaz se habría dado cuenta que no tengo muy buena imagen del empleo de las religiones por parte del ser humano. Si escribes, coges y le aplicas un corrector de esos nuevos que hay ahora y vuelves a poner encima la frase de manera más adecuada. No digamos si tienes ordenador, entonces corregir y cambiar lo escrito es como el respirar, al final lo haces de manera inconsciente, sin percartarte de la importancia del acto que estás realizando. Componiendo es muy pesado tener que corregir, sobre todo si el fallo lo cometes cuando estás pasando del borrador a la copia en limpio. Reconozco, aunque esto no diga mucho a favor mío como músico, que a veces cambié el transcurso de una pieza por no volver a escribir toda la página donde metí la pata. Se dice de Rossini que componía en la cama y cuando se le caía una hoja al suelo, en lugar de levantarse a por ella, escribía otra cosa. No hay que hacer caso de las habladorías. La mayor parte de las veces son inventadas, o por lo menos exageradas. Lo que sí es cierto es que a los treinta y siete años decidió dejar de componer. Él decía que era un holgazán, pero ¡caray!, ya me gustaría tener compuestas cuarenta óperas a esa edad. Las malas lenguas decían que en realidad estaba enfermo. Siempre hay malas lenguas, y cotilleos. También los griegos eran especialistas en la exageración, y si no que se lo digan a Homero. No tengo que ser injusto, porque la verdad es que sin excederse un poquitín en los atributos de las cosas y de las personas, a ver quién es el guapo que inventa un mito. De todas formas ellos glorificaron los mitos y ellos los destruyeron. Pero también eran un poco verduleras. Con Heráclito de Éfeso, se dijo que se enterró en un estercolero para curar su hidropesía, también se decía en relación a Pitágoras de Samos que le habían visto en dos ciudades a la vez el mismo día, y de Empédocles de Acragas que resucitó a una mujer. Un poco después se dijo lo mismo con Jesús de Nazaret y mira la que se lió desde hace dos mil años.

Cuesta mucho recordar los sueños cuando no tienes costumbre de hacerlo. Pero si cada día, recién despertado, te esfuerzas en bucear un ratito, en las aguas de tu soñolencia, al final es coser y cantar. A mí, me dio una época por hacerlo, y tengo que decir en honor a la verdad, que daba resultado y cada día podía levantarme de la cama con un montón de sueños en la cabeza. No es que esto sirva para gran cosa, pero te puede ayudar a saber porque un día estas cabreado sin una razón justificada. Lo que pasa es que luego dejé de practicar este recordatorio y ahora vuelvo a estar como al principio, sin saber la causa de mi mala gaita. No sólo la gaita ha pasado al repertorio de los instrumentos musicales empleados en el lenguaje de la calle. Los pitos, los tambores

el bombo, sin olvidarnos de la propia música, por aquello de irse con la música a otra parte. Los músicos siempre salimos un poco mal parados en esto del lenguaje popular, no sé si es cosa exclusiva del español, o si también en otros idiomas nos castigan de la misma manera. Nunca aprendí otros idiomas, a mí me dio por escuchar, y claro, o escuchas o hablas, pero las dos cosas juntas no puede ser. Alguno pensaría que se puede aprender un idioma leyendo, pero es que cuando lees es como si hablas. Si lees no escuchas, y si escuchas no lees, son incompatibles, por eso también que leo poco. Pero el día que cayó en mis manos el Ulises, no me lo podía creer. Aquello no era leer, resultaba como estar escuchando un libro, igual que escuchar un disco. Además, me parecía tan similar a la música, que casi llegué a pensar que música y literatura eran una misma cosa pero en idiomas diferentes. Lo mismo me ocurrió con Madera de Boj, abrí el libro y de allí empezó a salir todo un concierto. Que música más bonita. Creo que yo con mis sonidos no conseguiría nunca hacer una música tan encantadora como Cela con sus palabras. Con ellas también se puede pintar y esculpir, en eso quizás aventajan a las otras artes. Si hay algo que me gusta de Platón es cómo juega con las palabras. Parece un prestidigitador lanzando sus ideas al aire, cuatro, cinco, arriba, abajo.... y al final lo mejor es que no sabes muy bien que ha querido decir, porque como te cuenta una cosa y cuando parece que la entiendes te la pone del revés y te explica justo la contraria, despista al más atento. Por eso es un buen mago, te lo hace sin que te des cuenta del truco, y te puedes creer las dos versiones que te ha dado. Pero él quería obligarnos a pensar. Platón te obliga a pensar pero no a escuchar.

Otra vez me tengo que corregir. Es lo que tiene hablar. Es que, mientras estaba ahora con Platón, me venía a la cabeza lo que dije antes sobre lo de pintar con letras. Que curioso es eso de hablar de una cosa y pensar en otra. El que te escucha cree que tú sólo atiendes a lo que explicas en ese momento, cuando resulta que en muchas ocasiones tienes la cabeza en otros asuntos, en otras historias o incluso en otras personas. Pues eso mismo me acaba de pasar en estos momentos, al decir lo de... creo que en verdad, dentro de cada una de las artes están incluidas, de alguna manera, un poquito de las demás. La música, por ejemplo, es pura arquitectura y color. Incluso hay compositores que hablan con sus partituras, como Berlioz, que en realidad escribió grandes novelas con sus sonidos. Boulez es más parecido a Platón, tienes que pensar su música casi más que escucharla, y eso quizás no es del todo bueno para un músico. Sin embargo, Messiaen es el gran pintor de murales. Su obra se convierte siempre en una especie de holograma visual. De pintura no me atrevo a opinar, sólo me atrevo a disfrutarla.

La primera tarde que me quedé solo en el faro, no se me olvida ya nunca. Como de costumbre, empecé a charlar conmigo mismo y, de vez en cuando, también me dirigía a él, aunque con algo de timidez, al fin y al cabo nos presentaron no hacía un par de días. Durante mi monólogo le dije muy al estilo evangélico, algo así como que a lo mejor, yo no sería digno de entrar en su casa. La verdad es que catorce años estudiando con los jesuitas, marcan, no tanto como el sexo, pero casi que como una madre o un padre. El caso es que mientras estaba sentado en el brocal del aljibe, empecé a imaginarme la cantidad de torreros que pudieron pasar por el faro, y entonces al verme uno de tantos, pensé que si le daba por compararme con ellos mi persona quedaría bastante mal parada, y por eso le comenté lo de no ser digno. Cuál no sería mi sorpresa, al ver que en ese mismo momento la puerta de entrada al faro, que dejé cerrada pero sin llave, se entreabrió. Como la cosa más natural del mundo le contesté educadamente con un modesto pero correcto: gracias.

Así comenzó nuestra relación, con una amable conversación y... con su broma favorita. En cuanto se hizo la oscuridad, y poco después de encenderse la lámpara y la

óptica ponerse a girar, aquello se averió. ¡Joder!, mi primera noche solo y se apaga el farito de los cojones. Perdón, pero es que sólo el recordarlo me pone nervioso. Los faros tienen todos como broma favorita apagarse. Ellos no lo hacen con mala intención, ni piensan en el susto que le pueden dar a algún navegante. Cuando se apagan para hacer la bromita de turno, lo hacen a sabiendas de que su farero les vuelve a encender sin mucha tardanza. Otras veces están tan aburridos que se apagan sólo para llamar la atención. Pero lo peor es cuando no están bien cuidados, que también ocurre, y entonces se consumen de tristeza como les pasa a los perros callejeros, que les afecta más el abandono de su amo que la falta de comida. A las personas nos pasa algo muy parecido. Cuando uno se queda sin darle cariño a nadie, se retuerce como un bonsái. Es más importante poder querer, que ser querido por alguien. Puede que parezca complicado, pero lo que es bueno para la salud es dar cariño. No hace falta que sea a otra persona, uno puede ofrecer mucho amor a un animal, a una planta o incluso a una piedra. Pero lo que más importa es poder sacar el cariño de tu cuerpo, si no lo haces se convierte en veneno. Tampoco lo más importante es que te correspondan, sólo se tienen que dejar. Los faros son más como los perros, les gusta agradar y cuidar a las personas, unos los barcos y otros las casas. Los hombres con el paso del tiempo se las apañaron para buscar los modos de proteger sus pertenencias. Antes del antes era diferente porque no tenían muchas propiedades. Por no tener, no tenían ni casa fija, y eso en cierta forma te da más libertad, aunque eso de la libertad es muy relativo. Para mí, la libertad no puede ir separada de la esclavitud. Siempre que aumentas tu libertad en algo, también lo hace la esclavitud con respecto a otra cosa. Sobre esto de los opuestos ya habló Heráclito, el del estercolero. Por ejemplo, Mozart se independizó del arzobispo de Salzburgo y ganó libertad artística, pero por otra parte se volvió un esclavo de la pobreza, muriendo casi en la indigencia. El dodecafonismo supuso una liberación de las leyes tonales pero cayó prisionero del color gris. Yo mismo puedo pensar que relatando, como estoy haciendo con mi memoria, disfruto de absoluta libertad, pero en realidad estoy condicionado más de lo que parece a otros factores, empezando por el cabreo que tengo. Sin este desasosiego que me corroe, seguramente no comenzaría esta larga perorata. Creo que somos un poco chulos con todo lo relacionado a la libertad. Nos creemos los máximos representantes en el asunto, sin pararnos a pensar en todo el montón de ataduras que cada día sufrimos. Las ataduras son necesarias, porque de lo contrario no podríamos sobrevivir. No todo es tan fácil como a veces puede aparentar, y con respecto a la libertad ocurre así. Esto me recuerda el título de la obertura los esclavos felices, de Arriaga. Podemos pensar que si un esclavo no es maltratado, quizás debido a la protección que posee y con la comida garantizada, puede ser una persona tremendamente feliz, sólo es necesario conformarse con su estado de esclavo y no querer ser un hombre libre. Es un poco lo que ocurría con las castas hindúes, la aceptas porque no hay otra posibilidad y se acabó lo que se daba. El pobre de Arriaga se murió a los veinte años, fue una lástima, pudo llegar a ser uno de los grandes. Cuando el mundo se tragó a Juan Crisóstomo, se dejó un trozo en la otra parte, no me refiero a una pierna o a un dedo, sino a un trozo de él, por eso estaba vivo pero con una porción en la otra parte, y eso no puede durar mucho. Lo mismo les ocurrió a Mozart y a Schubert, y por eso sus músicas son diferentes a las de los demás. Parece que el tener un trozo de ellos en la otra parte, les proporciona el don de crear unas melodías inimitables, pero nunca pueden durar mucho, al final se marchan en busca de sus trocitos perdidos, ansían ser completados, sin percatarse que al hacerlo pueden entrar en el reino de la vulgaridad. Lo vulgar no es malo, sólo corriente, habitual, nada del otro mundo.

Después de escuchar la invitación a entrar que me hizo la torre, empecé a sentir que ese sería mi faro. Al principio no paraba de observarle por todos sus rincones y cada

día encontraba un aspecto nuevo de su imagen. Las escaleras de la torre las conté una de las primeras veces que subí, me daban ciento dos, incluyendo las últimas de hierro que comunican la cámara de servicio con la linterna. Desde muy pequeño sentía pasión por las escaleras de caracol, y eso que no tenía ninguna en la casa de mis padres, claro que también estaba completamente fascinado por las teclas de los pianos, y tampoco tuve ninguno cerca hasta bien mayorcito. Estas cosas ocurren sin saber en realidad por qué. Cuando eres pequeño, cualquier día ves algo y se te queda incrustado en el cerebro para el resto de tu vida, y a lo mejor no te vuelves a acordar hasta que no tienes cuarenta años. Con la vida pasa como con los sueños, si practicas en recordar tu pasado comienzan a aparecer imágenes que tenías amontonadas en el desván del cerebro. Desde que inventaron lo del inconsciente ya pocas cosas hay que no se puedan explicar de una u otra forma. Me refiero a las cosas de las personas, claro. Todavía no existen los psicólogos de faros, aunque en cierta forma un buen farero debe entender un poco de esto, lo imprescindible es darle cariño, y ante todo escucharle. Los primeros días que pasamos juntos nos tanteábamos mutuamente, como hacen los boxeadores en el ring. Su primera broma fue un poco pesada, pero enseguida comprendí su sentido del humor. De todas maneras siempre me pongo muy nervioso cuando se apaga un faro.

La veleta es un elemento casi indispensable, es como la peineta de la fallera, por mucho traje que lleve si no hay peineta no sirve para nada. Al comienzo la miraba todos los días, porque tenía que apuntar la dirección del viento, pero al cabo de unos meses, o quizás un año, se atascó y nunca más quiso moverse. Miento, primero se atasco en el NE, y como por arte de birlibirloque un buen día apareció atascada en el SO. Se conoce que se cansó de mirar hacia el mismo sitio. Lo que está claro es que lo de estar moviéndose de aquí para allá, según el viento que sople nunca más quiso hacerlo, posiblemente como protesta por habernos apropiado de su nombre y utilizarlo casi como un insulto, porque cuando dices de alguien que es un veleta, no le favoreces mucho. Una vez incluso se subió un pintor y le puso grasa, pero ella erre que erre, siguió en sus trece en el SO. Seguramente el día que se canse se atascará en el N, o en el W, quien sabe. En el primer faro donde trabajé, mi compañero Adolfo, era tan limpio que hasta se subía a fregar la cúpula del faro, donde está pinchada la veleta. Una vez no me quedó más remedio que acompañarle hasta allí arriba, con un cubo y una fregona. Joder que miedo pasé. Mientras él fregaba tan tranquilo, calzando unas Katuskas, yo me agarraba con una mano al cable del pararrayos y con la otra hacía como que secaba lo que el pasaba con el mocho. Era un faro jovencito, pero muy alto, y cuando soplaba fuerte el viento, podías notar, si te subías a la linterna, que la torre oscilaba. En lo de la altura los faros son como nosotros, los jóvenes de ahora son más altos que los de antes, debe ser por la alimentación. Siempre hay excepciones, porque el faro de Chipiona es viejo y es más largo que un día sin pan.

Adolfo era todo un farero, yo estoy muy orgulloso de contar que fui su compañero, y de empezar mis peripecias en esto de las señales marítimas con alguien como él. En aquel pueblo tenían una ligera querencia por tirarse desde la ventana de sus casas. En los siete meses que estuve allí se defenestraron creo que tres, y me contaron de unos cuantos casos más no hacía mucho. Un día me dijeron que la culpa era de los pesticidas. Se conoce que los agricultores locales, no calculaban las cantidades en su justa medida, y al cabo de unos días la playa se llenaba de peces muertos y, después algún vecino se lanzaba por el balcón. En el siguiente faro donde caí, pasaba algo parecido, allí le pegaba tan fuerte el viento que la gente se volvía medio majara. Había uno, el Juanillo, que cada vez que se ponía a lanzar alaridos por la calle, el personal ya sabía que sin mucha tardanza entraría el levantazo. Y doy fe de que Juanillo no se equivocaba. Ahí, los que se pasaban de rosca lo arreglaban con un tiro en la cara. Ya en

mi tercer destino, mi faro, intuí rápidamente como se las ingeniaban para dejar de fumar por iniciativa propia. El acantilado del faro tiene ciento veinte metros de altura, así que no hay mucho más que decir. Tomasín, mi primo, ya intentó quitarse la vida varias veces antes de que le dijera un día, que podía venirse conmigo para cambiar de aires y buscar un trabajo. Al llegar, primero le comenté que no me podía hacer la putada de tirarse peñas abajo, que para eso se tenía que ir a su pueblo. Pasó en el faro un par de meses hasta que le conseguí un trabajo, después se alquiló un apartamento y vivió él solo. Pero por cosas de la vida no se adaptaba muy bien y se volvió para su tierra, y aunque allí no tenían acantilados, sí que tenían tren, y claro, la cosa acabó como tenía que acabar. La enfermedad de no querer vivir tiene mala cura, tampoco es que sea contagiosa, como la de querer matar, pero realmente tiene mala cura. Muchas veces pienso en Tomasín y me cago en él porque no supo escuchar a las cosas. Tenía demasiadas palabras en su cabeza, palabras de otros, que ni siquiera eran suyas. Es muy difícil enseñar a escuchar a los que tienen la cabeza llena de las palabras de otros, diría que casi es imposible. Las palabras no son malas por naturaleza, pero se pueden convertir en una plaga y arrasar con todo, que me parece que es lo que está sucediendo, y no soy pesimista, pero cuando se llega a un momento en el que ya no se sabe escuchar ni a las propias palabras, la cosa es preocupante, porque estar sordo del todo es peligroso. Beethoven fue una excepción, como Goya.

Antes, los faros no tenían enemigos, se llevaban bien con todo el mundo, pero como las personas somos unos culos inquietos, tuvimos que estar inventando cosas hasta lograr enfrentar a los rayos con los faros. Al principio los faros se alimentaban con hogueras, era un poco pesado de mantener pero bastante seguro, lo que pasa es que no se veían desde muy lejos. En España, los faros que se levantaron con Isabel II... creo que debido a la fama un tanto casquivana de Doña Isabel, no es muy acertada la frase anterior, pero como ya dije en su momento, esto de hablar es lo que tiene.

Bueno, el caso es que esos faros construidos allá mediado el siglo XIX, entre ellos el mío, se iluminaban con lámparas de aceite de oliva y ya les podía caer todos los rayos del mundo que al faro le daba completamente igual. Con el petróleo y el gas pasaba otro tanto. Pero cuando les pusimos electricidad la cosa dio un giro de ciento ochenta grados. Ahora cada vez que hay tormenta no te queda más remedio que encomendarte a santa Bárbara bendita, porque como tengas la suerte de recibir un rayo, mala noche te espera. Y posiblemente las siguientes. A mí ya me han caído unos cuantos, con el tiempo te vas acostumbrando, pero nunca del todo.

Lo primero que tienes que hacer cuando llegas destinado a tu nuevo faro, es acostumbrarte a los sonidos. Todos los faros esconden muchos tipos de sonido y te los van enseñando poco a poco, son como una orquesta sinfónica. Es muy importante acostumbrarte a ellos y si no, que se lo digan a los de Tevenec. Por cierto, que cuando conté la historia del faro maldito, se me olvidó mencionar, que después de unos años y con el faro ya sin torrero, se descubrió por unas voladuras que hicieron en la roca, que existía toda una colonia de aves marinas en el interior de aquella roca, las que aparentemente se convirtieron en las responsables de las amenazas bretonas Kerz Kuit, Kerz Kuit; pero por si acaso siguieron sin destinar allí a nadie.

Las primeras noches no paraba de oír ruidos extraños. Lo de extraños es porque no conocía su procedencia, no es que me diese miedo, pero algunas veces resultaba un poco inquietante. Recuerdo cómo llamaban con una claridad pasmosa a la puerta del faro y cuando abría, allí no había nadie. No me costó muchos días averiguar que todo provenía de unos gatos que golpeaban una de las ventanas. Con el paso del tiempo, los sonidos se convierten en tus más fieles compañeros, pero es muy importante escuchar, de lo contrario puedes acabar llamando a un cura como los bretones, y los curas

generalmente no son buenos escuchadores, porque están acostumbrados a hablar y ser oídos, aunque no siempre escuchados. Primero fueron los gatos, después el sonido del viento en las ventanas. Cada ventana tiene su propia canción, sobre todo aquellas, las viejas, las de madera. Ahora son de aluminio y de doble cristal, con lo que no cantan tanto. Pero las otras eran la leche. A veces temblaban como si tuvieran cuarenta de fiebre, auténticas tiritonas, y montaban un escándalo impresionante. Cuando no estás acostumbrado, el viento te pone nervioso por el ruido que hace, y por otras cosas también. En Suiza, matar a una persona cuando sopla el viento Foehn, lo consideran como un atenuante y te caen menos años que si lo haces con otro viento de compañero. Se ve que el viento ése les pone muy nerviosos; como a Juanillo el levante, sólo que éste no mataba a nadie, le bastaba con chillar como un gorrino por San Martín. Cuando estaba en el faro del pueblo de Juanillo, hacia tanto viento que más de una vez soñé que se volaba el techo de mi habitación. Recuerdo que los perros después de varios días, soplando a unos cincuenta o sesenta nudos, lo cual es una barbaridad, se quedaban como atontados, por lo menos los míos, que igual no estaban muy acostumbrados. En mi faro el viento no es tan fuerte, pero de vez en cuando sí que le pega de narices. Ahora me acuerdo del día que quise poner una parabólica en la terraza, por aquello de practicar el maldito inglés, y cuando llegó el instalador le previne para sujetarla muy bien, porque de lo contrario se la podría llevar el viento. Pero, muy seguro de sí mismo, me tranquilizó diciéndome que todas las antenas del pueblo las había puesto él, y nunca se cayeron. Ni que decir tiene que con el primer temporal, la antena salió disparada como en uno de esos concursos de tiro al plato y yo continué sin practicar otro idioma que el ya de por sí reducido castellano que poseo.

La torre es la gran protagonista de la orquesta farera, se podría decir que es el coro, pues todo un orfeón puede escucharse en su interior los días que el NE, el del primer atasco de la veleta, decide pasarse un par de pueblos con su bufido. Ahí dentro están desgañitándose todo el registro vocal, desde las sopranos coloraturas hasta todo un Chaliapin imprimiendo profundidad sonora. Es maravilloso estar dentro de la torre un día de temporal, y subir las escaleras poco a poco, parándote a ratitos, para apreciar mejor determinados sonidos. Los escalones que coinciden con alguna de las tres ventanas son mis preferidos, porque el aire se filtra por las rendijas de estas emitiendo un ruido, que ya lo quisieran en las mejores películas de terror o de aventuras. Una vez hice venir al veterinario, pues uno de mis perros se tiró desde la terraza del faro. Vaya, ahora tengo dos historias juntas en la cabeza, la del veterinario y la del perro, y he de contarlas por separado.

Pues nada, que a uno de mis perros le dio por imitar a los del pueblo de Adolfo y se dejó caer por la azotea, a seis metros de altura. Yo, es que le dejé allí arriba, porque andaba el pobre un poco salido, por aquello del cielo. Las personas somos los únicos que no tenemos esta cosa, y así nos va. Los entendidos lo llaman estro, y a todos los animales les pone como una moto una o dos veces al año, bueno a los insectos no lo sé, esos son muy raros... y crueles. A veces los niños me recuerdan a los insectos. El caso es que subí a mi perro allí, a la terraza, porque abajo no había manera. Primero probé atándole, pero arrancó la cadena, otro día le dejé encerrado en el faro y el muy cafre se comió la puerta; cuando la vi casi me da algo. Así que no se me ocurrió nada más que llevarle a la terraza, pensando que no se atrevería a tirarse, y sí que se atrevió. No se hizo mucho, era como un caballo, un Gran Danés. Al ser tan enorme, es como si se tira de menos altura, ¿no?. Cuando llegué de hacer la compra, Frodo estaba en el jardín, tumbado. No le di mayor importancia, como siempre solía estar ahí durmiendo, pues no me llamó la atención, hasta que unos minutos después me acordé, al ver que no venía a saludarme, que cuando me fui le dejé en la terraza, de manera que la única forma de

llegar al jardín era tirándose. Y efectivamente, no podía caminar. Con las mismas cogí la bici y me fui a diecisiete kilómetros del faro, a un pueblo donde los miércoles pasaba consulta el veterinario. Tampoco Pablo, como se llamaba, tenía coche y tuvimos que preguntar a unos clientes, si nos podrían subir al faro. Menos mal que el faro es muy goloso, y a muchos les atrae la idea de verlo por dentro. Después de decirme que Frodo se había roto un metacarpo, y que se curaría él solo, quiso ver el faro, como estaba cantado. Cuando vio aquellos pasillos y esa decoración propia de un monje benedictino, se conoce que le impresionó un poco y me dijo si yo no pasaba miedo allí solo, por las noches. Le contesté que no, lo cual era cierto. Al irse me comentó que mi casa le recordaba a la película del Resplandor, esa de Kubrick en la que Jack Nicholson se trastorna y le da por liarse a hachazos con la familia. Y con las niñas aquellas que se aparecían al fondo de los pasillos. No está mal la película, pero ahora cuando la gente oye la Música para Cuerda Percusión y Celesta de Bartók, les recuerda siempre al loco aquel con su hacha y eso no me gusta, porque parece que condiciona la escucha. Es lo que pasa cuando los directores de cine utilizan música clásica. Ahora tenemos obras de Mozart, Mahler o Ravel, por poner algún ejemplo, que están marcadas. No, eso no me parece bien. Algunos dicen que así se divulgan mejor, pero yo creo que las esclavizan a la película durante mucho tiempo. Por lo menos a Stravinsky, los de Disney, le preguntaron si podrían utilizar la Consagración para Fantasia, y no le importó, incluso hizo él mismo el arreglo, pero a los otros nadie les pidió jamás permiso.

Total que al veterinario le causó impresión mi casa. No me acuerdo cuánto le tuve que pagar, pero no pudo ser mucho, de lo contrario me acordaría. No es que yo sea tacaño, es que por aquel entonces estaba a dos velas. Tenía que mandar dinero a mi casa porque mi padre se murió hacía un par de años y no tuvimos bastante para ponerle una lápida, hasta que se pidió un crédito y entonces acordamos que lo pagaríamos entre los hermanos. Creo que me correspondían veinticuatro mil pesetas cada mes, pero como también tenía que pagar otro crédito, de un piano que me compré antes de la muerte de mi padre, pues acabar el mes era algo interminable; el piano no era de pared, que era eléctrico, pero ya me costó sus buenos duros. Una vez me tuve que zampar la comida de los perros, eso suena un poco drástico pero no fue para tanto. A los perros les hacía arroz con restos de pollo, el arroz era de ese partido que es más barato. Yo lo único que hice fue cocinarme su arroz, lo que ocurre es que me impresionaba un poco ver el dibujo de aquel pastor alemán en el saquito blanco. También decidí hacer un día de ayuno a la semana, que decían que era muy sano y además, así me ahorra la comida de todo un día, y la de los perros claro, por que si yo no comía ellos tampoco; sólo faltaba. Lo peor del día de ayuno, que era el jueves, llegaba a eso de las cinco de la tarde, cuando se me ponía un cabreo del copón. A veces la emprendí a patadas con alguno de los perros, con la excusa de que se habían portado mal, pero en realidad es que me moría de hambre. Los viernes por la mañana me temblaban las manos a la hora del desayuno, lo de aquel momento rayaba en el placer sexual. El cabreo de los jueves no era como el que tengo ahora, de aquel sí sabía la causa, lo que pasa es que no podía evitarlo, a la noche ya se me había pasado y por lo menos me inflaba a zumo de naranja. Hace ya muchos años que no ayuno, no es que la economía esté muchísimo mejor, pero no ayuno.

El sonido dentro de la linterna, es diferente al que se puede escuchar en la escalera de caracol, también es sobrecogedor, pero sin agudos. Acompaña mucho la cuestión visual, porque ver y oír se complementan y resulta todo un espectáculo. Contemplar las olas a ciento cuarenta metros por encima de ellas, escuchando un bufido grave y potente, es magnífico. La gaviotas opinan lo mismo y cada vez que hay temporal se lanzan al abismo a practicar acrobacias y se acercan a la torre del faro para

escucharla cantar. No lo hacen por pescar, ¡qué va!, es única y exclusivamente por y para divertirse. Si te estás un rato mirando por la ventana de la cocina, que da justo al acantilado, enseguida verás una de ellas apareciendo de repente y ascendiendo en vertical, como uno de esos aviones de guerra modernos. Son unas cachondas, pero también tienen muy mala leche. Yo las veía juntándose cuatro o cinco y atizarle entre todas a un Halcón Peregrino, ahí es nada, y el halcón salir por piernas. Ahora les ponen veneno porque dicen que hay muchas, y yo a veces pienso si ellas, de poder, harían lo mismo con nosotros, para evitar nuestro exceso de población. Luego de recoger los cadáveres de las muertas las hacinan y las queman, lo más curioso de todo, es que esto lo hacen los ecologistas. También me pregunto cómo lo consiguen para hacer que el veneno lo coman solamente las de esa especie y no las otras gaviotas, de las que no hay tantas. Hace poco murieron unos cuantos perros porque, parece ser, que se zamparon alguna gaviota que otra de esas, rellenas. Lo del medio ambiente es muy delicado y lo que no entendemos más vale que nos callemos, aunque todos tenemos derecho a opinar, ¡que leches!

Con las ventanas viejas de madera me tenía que levantar a media noche, cada vez que se originaba un vendaval o se ponía a llover, y tenía que cerrar las malditas contraventanas, porque las podía arrancar el viento o entrar el agua a chorros dentro de la casa, y las dos cosas sucedieron en más de una ocasión. Pero como estaban tan desvencijadas, era todo una faena intentar cerrarlas. Tenía que atarlas con unos alambres, y eso me llevaba algún tiempo. Alguna noche que ocurrió esto en verano llegué a salir en calzoncillos, pero casi siempre ocurría en invierno, y entonces me tenía que abrigar.

A los fareros muchas veces se nos tacha de pirados, pero nada de eso. Lo que ocurre es que como suele haber siempre curiosos en las inmediaciones del faro, pues alguna vez te pillan haciendo algo que no harías de saber que te están observando. A cualquiera le sucedería lo mismo de tener continuamente gente mirando por las ventanas de su casa. Mi amigo Alejandro, por ejemplo, era un enamorado de la caseta de su perro y, en ocasiones, le sacaba al bicho y se metía él durante alguna hora. Decía que era una experiencia muy enriquecedora contemplar el mundo desde esa perspectiva, incluso convenció a su novia para meterse con él en la caseta; pasaron largas y románticas horas allí dentro. Por supuesto más de una vez el turista de turno les pilló caninamente resguardados, y eso que su faro no era de los más frecuentados. Alejandro se empezó a preocupar por si la gente podría pensar del farero que estaba loco, y claro, él sabía que no lo estaba. Sí es verdad, que sucedieron casos un poco preocupantes con otros compañeros, pero como en cada profesión, digo yo.

Ahora que ya no tengo que salir a cerrar las contraventanas, lo recuerdo con cariño. Esto es otra cosa curiosa. Cuando las pasamos canutas por algún motivo, estamos deseando que esa situación se termine y cuando se termina, al principio alabas al Señor por la nueva situación, pero... pasa el tiempo y acabas añorando aquel periodo cruel. El caso más extremo es el de los excombatientes, hombres que han luchado en condiciones extremas y al borde de la muerte, que con el paso de los años te hablan de tal manera de sus experiencias bélicas, que parecen estar deseando una vuelta de los conflictos. Más de uno ha dicho eso de que “aquellos sí que eran tiempos”. Con las ventanas me ocurre algo parecido. Aunque nunca me jugué la vida cerrando una de ellas, tengo la sensación de añorar las podridas ventanas verdes de madera, ya ves tu. ¡Hombre!, todo hay que decirlo, antes, con las susodichas, parecía que no pero la casa estaba ventilada. Entraba un aire por ellas, que movía las lámparas igual que un terremoto, y ahora en cambio, con las de aluminio, tenemos todas las paredes verdes, llenas de moho. Como son tan herméticas no entra ni una brizna de aire, y toda la

humedad se concentra igual que en la jungla. Pasa que las paredes del faro cogen mucha humedad y salitre, es lo que tiene vivir al borde de un acantilado y en una casa que lleva ahí ciento cuarenta años. Neruda, también tenía una casa al lado del mar, en Isla Negra. Neruda era un gran compositor, dicen que era un poeta, pero a mí me parece más músico, como Cervantes y Shakespeare; vaya música escribieron estos, con letras, sí, pero vaya música. Lo que me ocurre con el inglés universal, como le dicen, es que para oír su música tendría que leerlo en el idioma original, y con mi parabólica volante no hay manera de practicar, podría hacerlo con los turistas, pero me da un poco de corte acercarme a ellos para pegar la hebra, además, me pongo nervioso y no salgo del espanglis. El caso es que añoro las viejas ventanas, como algunos añoran los brazos mutilados, y las sirenas antiaéreas.

Los rayos no los añoro, a esos no. Sólo traen problemas y trabajo, mucho trabajo. Mi primer rayo fue una experiencia muy especial, un poco como lo de los adolescentes con el sexo y todo eso. Resulta que yo me encontraba en la cocina, hacia las dos del medio día, lavando unos tomates para la ensalada. No sé que más comí, sólo me acuerdo de los tomates. Pero tengo que comenzar por el principio, para no hacer como los malos contadores de chistes, que primero te dicen el final y la gracia sale disparada como la parabólica. Bueno, pues resulta que un día de otoño, me levanté escuchando dentro de mi cabeza uno de los movimientos del cuarteto en Mi menor de Smetana, el titulado “de mi vida”. Me fui a trabajar, a revisar otro de los faros que están a mi cargo, pero siempre con la musiquilla sin salir de mi interior. Cuando volví a mi faro y llegó la hora de la comida, comencé con lo del lavado de tomates que estaba relatando hace un momento. Había una tormenta bastante fuerte, y algo así como cinco minutos después del episodio de los tomates, hubo una explosión de mucho cuidado. Frodo, el de la terraza, salió de estampida, y a mí me temblaban tanto las piernas que parecía imbécil. Al mismo tiempo del estallido, unos cuantos azulejos reventaron hechos añicos y me cayeron encima, todo ello aliñado con un fuerte olor a azufre y un zumbido insistente en mis oídos. Dos fueron las tonterías que me pasaron por la cabeza en ese instante, una, que alguien le pegó un bombazo al faro, y la otra, que me quedaría sordo de por vida y que a ver como componía yo ahora. De las dos, la que más me atormentaba era la segunda, porque no me considero Beethoven precisamente, así que para relajarme, y en vista de que el zumbido empezaba a desaparecer poco a poco, y además, ya con la idea de un rayo como causa natural del petardazo, me senté y puse la radio, que siempre tenía sintonizada en la emisora de la música clásica. Pero el susto más gordo estaba por llegar, pues fue conectar la emisora y aparecer de sopetón el mismo movimiento, del cuarteto del compositor checo, que escuchaba en mi cabecita durante toda la mañana. Enseguida hice mis asociaciones, y me di cuenta que volvía a nacer ese día, porque si el rayo me pilla lavando los tomates, allí que nos quedamos fritos, los tomates y yo. Entró una derivación de la descarga eléctrica por el grifo de la cocina, de donde procedían los azulejos destrozados. Para colmo, pensé en el título del cuarteto y llegué a la conclusión de que me libré por los pelos. Desde entonces cada vez que hay una tormenta no dejo a nadie ni mear. Pero ellos ya saben que no es ninguna broma. Ya les tocó ver los desperfectos de otros rayos. Me refiero a mi familia, porque ahora tengo familia, pero esa es otra historia. Uno queda muy bien diciendo esto último.

Otra vez no me agarró dentro, y fue al llegar cuando me encontré el espectáculo. Aparte de los destrozos en mi casa, pues no desconecté ninguno de los aparatos eléctricos al no amenazar tormenta cuando salí, el faro estaba que olía a chamusquina, el rayo lo achicharró, claro, y a aquello no había forma de hacerlo funcionar; no quería marchar ni el remonte de pesos, que es como la maquinaria de los antiguos relojes de pared, y que antes era la manera de hacer girar la óptica. Ahora la tengo de reserva, para

casos como este, pero aquel día no había forma. Primero conseguí utilizar una línea eléctrica sin dañar y hacer que la lamparita de tres mil vatios comenzara a lucir, pero todavía me quedaba el asunto de la rotación de la óptica, y por mucho que lo intenté con el remonte de pesos, aquello se paraba a los pocos minutos, con lo que no me quedó más remedio que atajar por lo sano. Me subí un saco de dormir, porque era uno de abril y allí arriba hacia frío, me metí dentro y comencé a darle vueltas a la óptica con la mano. ¡Qué podía hacer!. Mi miedo era que todavía se oían caer algunos rayos bastante cerca y como la linterna y el basamento de la óptica son de metal, pues... no ofrecía mucha seguridad encontrarse en aquel lugar en ese preciso instante. Después pasó la tormenta con sus truenos amenazadores, y ahí me quedé yo, con una noche bastante larga por delante. Todo hay que decirlo; la verdad es que, de vez en cuando, me quedaba torrado y, al despertarme sobresaltado, me encontraba la óptica quieta, como un muerto, pero rápidamente la resucitaba con mi mano y se ponía a girar como uno de esos derviches, que por cierto no sé como demonios hacen para no caer mareados; quizás al final de tanta vuelta ven a Dios, pero no es muy de extrañar, los buitres cuando agarran una térmica, también comienzan a girar y a subir al mismo tiempo, con lo que al cabo de un rato están casi desayunando con el todopoderoso; y digo desayunar porque las térmicas esas, que son columnas de aire caliente que suben y suben, se forman por las mañanas. Les hay que comen setas o las secan y se las fuman para poder ver dioses o enanos y cosas de estas, lo cual quieras que no, es menos cansado que lo de ponerte a bailar como una peonza. Santa Teresa también vio gente extraña, pero ésta no sé cómo lo hacía, a lo mejor era cosa del poco comer. Dicen que su brazo no se pudrió, y que ahora está como la mojama; a Franco le gustaba mucho este brazo, cada uno tenemos nuestras manías.

Hay otros rayos que contar, pero no quiero estar todo el rato con lo mismo, ni me puede solucionar lo del cabreo, así que mejor continuo el relato de mi memoria y con suerte me viene a la cabeza un sueño reciente con el que arreglar este desazón que no me deja. Al fin y al cabo hay cosas peores que cabrearse. Odiar es peor. Yo aprendí a odiar en el faro. Antes no sabía lo que era eso, tampoco tenía ni idea de lo que era amar, y mira tu que también lo descubrí aquí; esto parece la escuela de la vida. Lo que pasa es que no quería yo hablar del que me enseñó a odiar, sería darle mucha importancia. Ahora odio a otro, un cerdo, parece mentira que pueda haber alguien tan estúpido y a la vez tan malvado. La estupidez suele ir asociada con la maldad, y también con las personas, porque en realidad los animales o las plantas y las cosas no son malas, tampoco buenas, que sólo son. Pero nosotros vamos un poco más lejos con lo del bien y el mal, aunque para variar nunca nos ponemos de acuerdo con este tema. Lo que para unos es bueno, para los otros es malo, así que se tuvieron que inventar las leyes, que en realidad no es que protejan al bueno, sino al propietario, al que tiene algo, para que nadie se lo quite, tampoco la vida, que para muchos es una propiedad privada, muy privada, tanto que compran y venden las de otros. Se trata de cambiar la ley del más fuerte por la del más listo. Pero al final siempre nos empeñamos en que hay buenos y malos. Mi malo se llama Demetrio, no me importa decirlo. ¡Demetrio cabrón!. Ya sé que es un poco infantil, esto del insulto, pero me quedo más tranquilo, aunque con el mismo cabreo que antes.

Los animales también odian, claro, tienen sus manías, pero pasan de si es bueno o malo, sólo odian. Nuestro odio no es puro, porque intentamos justificarlo. Al amor no lo intentamos justificar, lo dejamos por imposible hace tiempo, pero sí comprar, conque estamos en las mismas. Pero mi malo es muy malo. Lo de las viejas ventanas de madera lo recuerdo con nostalgia e incluso cariño, a pesar de lo incómodo que era y los angustiosos ratos que pasé intentando cerrarlas en más de una madrugada lluviosa, pero

a las putadas de mi malo no las guardo añoranza, las recuerdo de color negro como a él, que sigue del mismo color, y con las mismas ganas de joder al personal, es decir, al menda y a mi familia. Si no fuera por eso de las leyes, quizás le habría matado, ¿por qué no?, o posiblemente él a mí, quién sabe. Pero por culpa de las leyes tenemos que soportarnos y creo que esta vez soy yo el que sale perdiendo, porque físicamente es más débil, y cuando sacas la ley a dar un paseo para que tome un poco el aire, sólo queda la fuerza para arreglar las diferencias. La educación es otra forma de ley, para protección del débil. Decir adiós a la educación implica un hola a la violencia, esta última nunca se va del todo, siempre espera a que alguna de las otras dos se duerma para saltar al escenario del teatro. Le encanta el papel de protagonista y en ocasiones somos tan tontos que se lo damos sin ningún pudor, con todo el descaro del mundo, incluso llegamos a teorizar su imprescindible participación en algunas obras. De los resultados, mejor ni hablar. También a mí me gustaría dejarla actuar en la función que me toca, pero le di el papel principal a la paciencia. No es muy buena actriz y los teatros no se llenan nunca con ella, pero es la que mejor se lleva con su compañera de tablas conciencia y a la larga el empresario no pierde dinero.

Jack London, sabía mucho de esto. No era músico, pero sí un buen psicólogo y sabía escuchar, escuchaba muy bien el mundo, pero que muy bien, como Beethoven, los dos conocían de maravilla a las personas, pero el primero se suicidó con cuarenta años. Él no era como Tomasín, con la enfermedad de no querer vivir, lo que le pasó fue que vivió demasiado deprisa y se le acabó la cuerda, conque se ve que antes de quedarse quieto prefirió cortar por lo sano. A Beethoven le amargó su sordera, y no es para menos, bastante hizo con no enloquecer o despedirse a la francesa. Smetana, el del rayo, también se quedó sordo y tuvieron que meterle a un manicomio, donde murió dos años después, pero el de Bohn aguantó estoicamente y por si fuera poco, sin dejar de escribir música. Es lógico que se le pusiera un carácter algo difícil, nos ha jodido mayo, como dirían por mi tierra. Poe no era tan buen psicólogo como London. Por mucho que le extrañe a más de uno Poe era un niño. También intentó suicidarse, pero no acabó bien la faena, al final se murió a los cuarenta, como el otro, pero sin tomar parte en el asunto, al menos directamente. Empezó a escribir un cuento que se titulaba “El Faro”, pero quedó inacabado; luego lo quisieron continuar otra gente, aunque a mí no me convencen del todo. Se lo encontraron en la calle con un colapso y casi más allí que aquí, la verdad es que hizo demasiadas buenas migas con la botella. También Revueltas las hizo y apareció un buen día en mitad de un pueblo con los ojos comidos por los zopilotes. Y tenía cuarenta años como los otros dos, no quiero caer en el humor negro y barato, pero casi parecía una moda esto de los cuarenta. Rossini musicalmente se suicidó a los treinta y siete pero le gustaba mucho comer, por lo que prefirió seguir con su cuerpo a costas otros treinta y tantos años más.

Y yo me pregunto, por qué volvería de nuevo a las viejas ventanas de madera y no a las putadas de mi malo. O por qué otros volverían a las trincheras, pero no a la temporada que pasaron en el hospital después del accidente donde perdieron a un buen amigo. Seguramente, en la guerra vieron morir a más de uno, pero la recuerdan con cariño, mientras que el accidente se convirtió en una pesadilla de por vida. No digo que todo el mundo añore las guerras por las que pasaron, pero nadie puede negarme que estos casos de los que hablo se dan con bastante frecuencia. Es un poco como lo del síndrome de Estocolmo, que terminas por encariñarte con el que te secuestró.

Stevenson, el del Dr Jekyll, se murió a los cuarenta y cuatro, que ya no es lo mismo, un poco huyendo de los faros. Su abuelo Robert, su tío también de nombre Robert, y su padre Thomas, fueron insignes ingenieros de faros, ¡y de qué faros!. Pero a Robert Louis no le convencía el oficio y prefirió lo de las letras. Sus libros, sin

proponérselo, resultaron ser faros de la literatura. Él también sabía mucho de las personas, pero todavía no tenía futuro lo de psicólogo. Acabó sus días en Samoa. Poco después apareció por allí la Mead y se llevó consigo unas notas que se transformarían en otro faro con tapas, pero para los antropólogos, esa gente tan curiosa que investigan las culturas antiguas y que allí donde van, cultura que se jode. Y no es que los critique, es un poco como lo del principio ese de indeterminación, que no puedes medir una cosa sin alterarla, (bueno, creo que eso lo hacen con cosas muy pequeñas, electrones y chismes de esos). Al menos los misioneros te dicen a las claras que se presentan allí para dar la vuelta a la tortilla, y se la dan, ya lo creo que se la dan. Pero los antropólogos que desean estudiar las costumbres atávicas, quizás lo consigan, sólo que les dejan a los primitivos un regalito que, a la vuelta de unos años, si regresan al mismo poblado, muy posiblemente les cueste encontrar los comportamientos anteriormente descubiertos. El regalo ni se puede ver ni tocar, es el recuerdo de la persona del antropólogo. A los ecologistas les sucede cosas parecidas a estas. Hace años sabía de nidos de rapaces en los que, para protegerlos contra cetreros no muy escrupulosos, o de vulgares expoliadores, se instalaron en las cercanías de la pareja un par de aficionados proteccionistas, que con su presencia consiguieron espantar a los plumíferos padres el tiempo suficiente, para irse la puesta al traste y ese año no salir polluelos. El sistema de incrustar cuchillas de afeitar en el tronco del árbol donde está el nido, es más seguro, al menos en mi experiencia.

Ahora me arrepiento de lo que he dicho acerca de los antropólogos, como me pasó con la religión. La verdad es que no son ellos los únicos culpables de eso que llaman aculturación de los pueblos. Más bien es la tan traída palabreja de la globalización, la devoradora de tradiciones, creencias y toda cosa que le da personalidad a un grupo de gente. Uno de estos estudiosos aventuró que para el año dos mil trescientos ya sólo habría un estado en el planeta. Éste si que sabía lo que decía, creo recordar que era brasileño, aunque para cuando se cumpla su teoría eso ya no puede tener importancia.

Verdaderamente creo que la razón de por qué añoramos determinados momentos difíciles de nuestra vida, puede encontrarse en la sensación de estar vivo. Cuando pasamos por una etapa de contrariedades, que nos hacen luchar por algo y que mientras lo hacemos, podemos sentir esa sensación especial... ¡puf!, vaya rollo. Vamos, que cuando las pasas putas, pero al mismo tiempo consigues vivir con intensidad, seguramente con el correr del tiempo, tienes recuerdos agradables de esa etapa. Y es que la comodidad es mala. Es una necesidad, que desde antes del antes nos empeñamos en buscar, como el agua y los alimentos, pero uno también puede morir de indigestión. Un exceso de comodidad es un veneno tan fuerte como el cariño encerrado, y sin embargo, el sufrimiento en pequeñas dosis puede resultar muy beneficioso para la salud; todo depende de las cantidades. El eterno problema de las cantidades, como les pasaba a los del pueblo de Adolfo, que por pasarse con los pesticidas, se lanzaban a la calle desde los balcones, a la manera del Capitán América. Es peor cuando son otros los que te tiran, como pasó con los defenestrados de Praga, que luego estuvieron treinta años para arreglar el problema; y eso que cogieron la suerte de encontrarse con un muladar debajo y no se machacaron los huesos. Treinta años son muchos años para solucionar un quítame ahí esas pajas. Pitágoras ya le dio mucha importancia a los números. Para él y sus seguidores, que fueron bastantes, todo se podía explicar con los números, y también con la música, pero esta se podía explicar al mismo tiempo con cifras. De esta gente salió eso de las música de las esferas, y quien sabe, quizás tenían razón y resulta que cada planeta emite su melodía. Luego simplificamos todo esto y del número pasamos a la cantidad. Desde el sexo hasta las horas de sueño, todo se mide, y luego se compara,

porque si no lo comparamos con algo no podemos saber si es más o menos, que es de lo que trata la cantidad. Hay quienes se plantean si son más o menos felices, aunque el dinero es la cantidad más comparada. Es curioso pero siempre que viene al faro alguna excursión de niños, nunca dejan de hacer dos preguntas; quieren saber cuantas escaleras tiene la torre y cuanto valen las lámparas que hay dentro de la óptica. Esto quiere decir que ya de niños nos impresiona esto de la cantidad.

Si fuera por números, podría decir que mi faro es el E-0250, con un alcance nominal de 24 millas náuticas, con lámparas de 2000 vatios halógenas, con 102 escalones hasta la linterna, la cual es de 1861 y la óptica de 1928, que tiene 16 ventanas, ahora de aluminio, que mide 20 metros hasta la tierra y 142 hasta el mar...etc

Qué quieres que te diga. A mí me deja un poco frío tanta cifra. Las cifras son más para los que escriben que para los que hablan. La música también se escribía con números durante una época. Cabezón, por ejemplo, lo hacía casi siempre con la técnica de la tablatura. Bueno más bien lo haría su hijo, porque él era ciego. Su música gustaba mucho cuando Felipe II, y la de Salinas, que también era de Burgos. La de Antonio José, aunque era paisano de estos, no pudo gustar porque se lo cargaron en el treinta y seis, con el follón aquel. El pobre no llegó ni a los cuarenta años. Hay muertos que luego, en cierta forma los resucitan, como a Lorca o a Van Gogh, que tampoco llegaron a los cuarenta, y muchos otros, pero a éste no, éste sigue bien muerto, es una vergüenza.

Una de las vistas que más me gusta en el interior de mi casa, es la que se ve desde el baño. La ventana es menor que las otras y tiene unos barrotes de hierro como una celda, y es precisamente mirar hacia el mar a través de esos barrotes, lo que me cautiva..... , Estaba pensando que cautivar puede significar hacer prisionero a alguien, o seducir, y la imagen de esa ventana reúne en mi imaginación esas dos versiones. Qué bonitas son las palabras. Hay que ver cómo juegan con nosotros. Requiere mucha paciencia poder dominarlas, y no es nada fácil, a mí me torea cuando quieren.....

Hermanos míos, no queráis todos llegar a ser maestros; sabed que los maestros tendremos un juicio más severo. Porque todos fallamos en muchas cosas, pero quien no cae en falta al hablar, ése es varón perfecto, capaz de controlar todo el cuerpo. A los caballos les metemos el freno en la boca para que nos obedezcan, y poder así dirigir todo su cuerpo. Lo mismo pasa con los barcos: por muy grandes que sean y por muy recio que sea el viento que los impulsa, un pequeño timón basta para que sean gobernados a voluntad del piloto. Pues lo mismo pasa con la lengua: es un miembro pequeño, pero capaz de grandes cosas. ¿No ves cómo un pequeño fuego hace arder un gran bosque? Pues también la lengua es fuego y un mundo de maldad; se instala en medio de nuestros miembros, contamina a todo el cuerpo y, atizada por los poderes del fuego eterno, hace arder el curso entero de la existencia. Toda clase de fieras, aves, reptiles y animales marinos han sido y siguen siendo domados por el hombre. Pero nadie es capaz de domar la lengua de los hombres, que es malvada e irreductible y está cargada de veneno mortal. Con ella bendicimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. De la misma boca salen bendición y maldición. No tiene que ser así, hermanos míos. ¿Acaso en la fuente mana por el mismo caño agua dulce y amarga?. ¿Puede la higuera, hermanos míos, dar aceitunas, o higos la vid? Pues tampoco un manantial salado puede dar agua dulce...

Esto lo decía Santiago el menor, que no es el matamoros ni el de los doce, sino hermano de Jesucristo, bueno hermanastro porque su madre fue María, la virgen, aunque que dejó de serlo cuando tuvo a este Santiago y a un tal Cleofás. Puede parecer un follón pero es lo que tiene la Biblia, que salen tantos personajes que al final te lías un poco. Este Santiago sabía muy bien lo que se decía, y a mí me hace gracia poder

recordar, y de carrerilla, este pasaje. El cabreo no se me pasa, pero esto de hablar parece que me despierta la memoria. Sócrates debía de ser todo un domador de palabras, lo que pasa es que la democracia le invitó a tomarse la cicuta y él, muy educado que era, aceptó la invitación. No escribió nada, a él sólo le gustaba hablar, y seguro que lo hacía como nadie. Platón le tenía en mucha estima, por algo fue su discípulo, y después de lo de la cicuta le cogió un poco de asco a la democracia. Fregar los platos, viendo a las gaviotas, tampoco está nada mal, y es otra de mis vistas favoritas, pero es que la del baño me recuerda al conde de Montecristo, me imagino que por los barrotes. Y el señor conde al final se venga de sus malos. Yo ahora sólo tengo un malo, pero cómo me gustaría vengarme. Los Dumas eran amigos de Verne, que no era músico, pero cuánto le debemos todos. Muchas veces pienso en el faro del fin del mundo; en realidad hay un faro en el cabo de Hornos, aunque creo que nadie le clavó nunca al farero un hacha en la cabeza, como se imaginó Don Julio. Cuando pienso en el cabo de Hornos, pienso también en Darwin y en el Beagle. Eso sí que eran viajes, el pobre las pasó bien putas, debió de estar en un continuo mareo durante los cinco años que duró la travesía. Alguna vez bajaba del barco y se largaba a investigar por tierras de Suramérica, pero en una de estas le picó un mal bicho y se quedó para el resto de su vida hecho una piltrafa, con fiebre un día sí y otro también, y a pesar de ello trabajó continuamente, sin parar, hasta el fin de sus días. Seguro que Darwin añoró con el paso del tiempo aquel viaje, como yo las ventanas viejas de madera. Antes dije que volvería a tenerlas, pero creo que si alguien me amenaza con quitarme las de aluminio, encontraría una fuerte oposición de mi parte. Las añoro, pero no las deseo. No, no volvería a tenerlas. Acabaron quemándose todas en casa de un amigo holandés que tenía chimenea y nos invitaba a cenar al calor de esas ventanas. Cuando las veía arder me acordaba de aquellas noches tempestuosas, intentando atar con cables las malditas contraventanas sin dejar de pensar ni por un instante que el viento las podría voltear y partirme con ello la cara, como casi ocurre en más de una ocasión. Ahora duermo plácidamente en esas noches, incluso me parece que ya no hay temporales como los de entonces. La comodidad es lo que tiene, que te hace ver las osas de otra manera. Lo de hacer ejercicio para la salud es también culpa de la comodidad, porque antes se trabajaba tan duro que no hacía falta ponerse a correr, ¿a correr para qué?. También se comía más... y mejor.

Me gusta mucho escuchar por las noches, en el balcón del faro. El balcón, como yo le llamo, no es un balcón de casa propiamente dicho, sino un murito que separa el edificio del acantilado. Y en ese espacio que queda entre ambos, es donde me gusta salir a escuchar. De día sólo están las gaviotas chillando de aquí para allá y a veces algún cuervo que pasa tímidamente, no sea que le aticen. A los peregrinos, me refiero a los halcones claro, cuando más se les oye es en primavera, en el momento que los pollos están volanderos. Vaya jaleo que monta toda la familia junta; entonces sí que no les incordian las gaviotas. En cambio por las noches aparecen cantos de aves marinas, como sirenas de Ulises, y esta vez pienso en el de Homero. Las malas lenguas dicen que el griego este, no se inventó nada, y que todo lo copió de otros. También dicen que era ciego, pero esto seguramente era verdad. Joyce se sentaba al borde de los acantilados para intentar escribir con letras el sonido de las olas. Me parece algo muy difícil y no sé si lo conseguiría, por mi parte lo intento con instrumentos, es decir que me pongo a pensar cómo hacer con instrumentos convencionales el sonido de las olas, pero también me parece muy complicado, aunque no imposible. Desde el faro no se escuchan bien las olas. Quieras que no, lo de los ciento veinte metros de altura se nota. Me imagino que el irlandés se pondría en acantilados más bajitos. También se escuchan muchas noches los quejidos de las lechuzas, y los chasquidos de los murciélagos, que mucha gente se piensa que provienen de insectos, y los silbidos del Alcaraván. Insectos

también se escuchan, y no sólo en verano, porque yo incluso oigo grillos en diciembre. Antes la música era un poco como los insectos, que se la podía oír según la época del año. Por Pascua, por Navidad...etc, y en los pueblos que si por San Juan o por la Virgen del Carmen. Cada fiesta tenía su música. Era como componer a medida, para un momento o acontecimiento determinado del año. En la desaparición del folclore no han tenido nada que ver los antropólogos. Nadie puede salvarlo, ni los grupos que se dicen folclóricos, esos quizás menos. El folclore es como una moneda romana, que las sacas de su sitio y entonces pierde todo el interés, porque se queda muda. Si la música popular la sacas de su sitio también se queda muda, aunque algunos la hagan chillar, pero chillar no es como cantar o contar o hablar. Los sordomudos también pueden chillar.

Hay faros que cuando no sirven les quitan la linterna y dejan el resto, yo digo que así les capan, por lo del símbolo ese que ya dije antes, pero sería más correcto decir que les decapitan. Conozco varios de estos, y da como grima. Están muertos, zombificados, o algo por el estilo. Adolfo vivía en uno de ellos, al lado le colocaron otro, de esos delgaduchos jovencitos sin vivienda para el farero y sin personalidad ninguna, un auténtico pirulí, aunque él ponía todo su amor de torrero y por eso le limpiaba hasta la veleta. Todo fue porque construyeron un edificio en la playa que tapaba la luz del viejo y pequeño faro, el ahora capado, y pensaron que mejor que tirar el bloque de apartamentos, sería decapitar la antigua torre y levantar una nueva pero sin casa para el técnico. Por eso yo tenía que vivir en el pueblo, ya que no había más de una vivienda oficial en el faro-zombi. También añoro a Adolfo y a su mujer, pero nos felicitamos el año nuevo todas las Navidades.

Mi faro tiene una estampa preciosa, y no es amor de hijo o de padre o de lo que sea. Todo el mundo se tiene que hacer con él, y no paran de fotografiarlo. Cada aparato tiene su lugar en el cuerpo humano del turista. Hoy día viajar no es nada fácil, con tanto trasto repartido por todo nuestro esqueleto, pero la verdad es que todavía nos queda espacio para unos cuantos inventos más. Lo malo de ver siempre tanta gente, es que te acaba entrando un poco el complejo de mono en el zoo. En verano cuando sales al jardín, siempre hay un montón de personas apoyadas en la verja o en el muro, con la cámara de fotos o la de vídeo listas para disparar. A veces, cuando estoy arriba, limpiando los cristales de la linterna, con toda esa gente haciendo clic, clic, veinte metros más abajo, me siento lo mismo que un chimpancé. También es muy incómodo salir de tu casa y toparte con una barrera humana que bloquea la salida y te miran como a un delincuente. Seguro que ellos no piensan que lo soy, pero a mí me da esa sensación, y no sé muy bien por qué. Es lo contrario de lo que conté hace un rato, eso de que si me siento en la calle me acaban dando dinero. Entonces la gente se piensa que pido limosna, cuando yo sé que no es así, y por el contrario, en el faro, soy yo el que se cree que le observan como a una especie de asesino, mientras que los turistas sólo miran a un farero. No siempre coinciden estas dos cosas, lo de cómo te miran y cómo te ves. Es lo que tenemos las personas, que no vemos las cosas todos por igual. A los animales salvajes de una misma especie no les pasa eso, porque más o menos observan las cosas de forma parecida, pero con los perros ya no funciona igual el asunto. Si te encuentras a un perro en la calle y le haces una caricia, acción que no recomiendo, puedes ganarte un mordisco, o conseguir que te siga durante el resto de tu vida, nunca se sabe y en eso son como nosotros. Debe ser cosa de la educación, que consiste un poco en hacer que el otro no sepa lo que piensas, por eso a veces las personas también sorprendemos con algún mordisco cuando alguien nos quiere acariciar, dejando así pasmado al que nos hacía los cumplidos. Los faros cada vez son más educados, y cuando te piensas que todo marcha a las mil maravillas, pues resulta que no, que están gravemente enfermos y tú sin enterarte, como no te lo dicen por educación.... Así que en algunas ocasiones te lo

encuentras apagado y no le das mucha importancia porque te haces la idea que es una broma, cuando en realidad está en las últimas y cuesta un triunfo volverlo a encender, si es que puedes. Sin embargo, antes, como se quejaban a la mínima, tenías que cuidarlos continuamente; sí, era más pesado pero no te llevabas sorpresas desagradables. No es que esté en contra de la educación, pero no me gustan las sorpresas desagradables. Menos mal que las serpientes venenosas y los escorpiones y todos esos bichos están sin educar, porque de lo contrario serían muy peligrosos, como mi malo, que primero te engaña para luego clavarte el aguijón, por lo menos de los escorpiones siempre sabes que te pueden picar, y que es mejor irse cada uno por su lado. Tampoco está bien coger y matarlo, por el hecho de que no esté educado. No, eso no está bien. Como tampoco está bien matar a un cuervo por ser negro. Las palabras no son racistas que son coloristas, y las personas no tendríamos que equivocar una cosa con la otra. Mi malo es de color negro, pero no por eso tienen que ser malos todos los murciélagos. Los faros nunca se pintan de negro, quizás no gustarían tanto, tampoco se verían de noche, pero eso da igual mientras se vea su luz. Yo creo que es más bien por eso del colorismo de las palabras, y porque cuando se muere alguien muchos se visten de negro, aunque tengo entendido que en otras partes lo hacen de blanco, se conoce que sus palabras son coloristas de otra forma, igual que hay racistas de negros o de judíos o de gordos o de pobres. Las palabras son cosas muy delicadas, y hay que tener mucho cuidado con ellas, como decía Santiago el menor, porque pueden ser regalos de cumpleaños o puñales emponzoñados. A veces también son bromistas, como los faros. Esto me recuerda a un alemán que llegó con su barquito a una pequeña isla desierta, pero donde había un viejo faro mudo. Allí se encontró un cementerio donde según él sólo había enterrados toreros, y así fue contando en su país esta extraña costumbre española de enterrar a los toreros en islas. Pero al cabo de algunos años, se dio cuenta que Manolete tenía en su oficio una erre menos que los pobres muertos del cementerio isleño, con lo que después de una sabia deducción supuso que no era lo mismo ser torero que torrero, y de esta manera acabó por saber que en aquel cementerio sólo estaban los antiguos fareros de la isla y sus familias. Si le hicieran un poco de caso a ese faro, sí que podría contar buenas historias. Mi faro me habla a menudo de él, pues conoció a unos cuantos de esos toreros que pasaron por allí. Había muchos escorpiones sin educar, así que decidieron meter las patas de las camas dentro de cubos con agua, para no tener que compartir el sueño con uno de ellos, se conoce que tenían querencia a meterse entre sábanas para echar un sueñecito. Alejandro, mi amigo, también tuvo en su faro unos cuantos, pero a ellos no les dio por las camas, sino por los zapatos, con lo que cada noche tenía que dejar las zapatillas encima de una silla, si no, al día siguiente, se encontraba uno de esos bichos remendones ocupando suela. La caseta del perro, como no era rica en calzado, no les interesaba lo más mínimo. A lo mejor por eso se pasaba mi amigo tantas horas allí dentro. Tenía un mastín, con lo que la caseta era espaciosa y yo recuerdo mi estancia en ella muy agradable. La vista era casi tan bonita como la de mi cuarto de baño, pero le faltaba el toque dumesco de los barrotes. Con todo, reconozco que era una agradable vista y que Alejandro tuvo buen gusto al elegirla como lugar de meditación. A Blas, el legítimo dueño de la caseta, tampoco le importaba mucho esa usurpación, no era racista de okupas.

En mi faro existen pocos animales sin educar. En los alrededores hay muchos, pero dentro ya es otra cosa. Algunos años vienen familias de grillos y se instalan por aquí una temporada. Parecen una troupe de ópera, porque cada noche montan su función para un auditorio un tanto virtual. Vaya potencia, y sin micrófono. Cuando decidieron actuar dentro de mi casa no me quedó más remedio que sacarlos uno por uno, para que continuaran fuera. Los grillos tienen unos horarios un tanto extraños, y no es muy

agradable tener a uno de estos Caruso con élitros, vociferando en tu habitación a las cuatro de la madrugada. El Caruso de carne y hueso no empezó su carrera profesional en un faro, sino en una fábrica. Era una familia bastante pobre, pero no me extraña, porque su madre parió veintiún hijos; la mujer era tan buena que iba descalza para no gastarse en zapatos y darle así el dinero a su pequeño cantante, que necesitaba mucho, estudiando cómo sacarle mejor partido a su voz. Quizás es que también tenían escorpiones zapateros, como los de Alejandro, y la historia a cambiado un poco el decorado. Bach tuvo dieciocho hijos, pero ni él ni Ana Magdalena llegaron a ir descalzos por la calle. La primera actuación de Caruso no estuvo muy acertada, pues le pilló de improviso cuando estaba celebrando algo en un bar con unos amigos y le llamaron para sustituir al tenor principal, que estaba indispuerto, así que al llegar al escenario, a pesar de poder mantenerse en pie, le pisó el traje a la soprano y se lo arrancó, para gran regocijo del público, y claro eso a la diva no le gustó nada y al pobre Caruso le costó volver a conseguir otro papel. Las sopranos es que son muy suyas. Los compositores tenemos que ser un poco psicólogos, porque los músicos piensan según el instrumento que tocan de manera que cuando escribes una partitura, tienes que tener eso muy en cuenta. Componer para grillos sería en ese aspecto más fácil, aunque también lo es cuando haces música para la misma familia de instrumentos, como todos sus tañedores piensan igual, no tienes problemas de malos entendidos. Pero la orquesta es terrible. A veces pienso en Jack Nicolchon, pero no por lo del Resplandor y el hacha, sino por aquella de los locos en un manicomio, la del cuco. La orquesta es un poco parecida a esa película. Fellini la conocía muy bien, me refiero a la orquesta no a la película, aunque me imagino que también. A Caruso le pasaron cosas curiosas, como lo de la fuga de su mujer con el chofer. Como es lógico eso le deprimió un poco, pero no tardó mucho en volverse a casar, y esta vez no se largó ella sino él, porque un mal catarro le machacó los pulmones y dejó de cantar y de vivir con cuarenta y ocho años. De Beethoven siempre se dijo que también se fue a la tumba por culpa de un resfriado que se le complicó, pero ahora salen con lo de que comía peces contaminados del Danubio.

No todos los grillos del faro se meten en mi casa, muchos prefieren la torre y como ahí no me molestan tanto, les dejo que practiquen cuanto quieran y a la hora que quieran. Por lo demás la fauna interior del faro no es muy variada. Quizás con microscopio podríamos descubrir muchos más inquilinos, pero eso es como hacer trampa. Con la flora el gran monarca es el moho. No entiendo mucho de estos curiosos individuos, pero puedo distinguir entre el verde y el blanco. El verde se limita a extenderse por las paredes durante el invierno como el mar hace con la marea alta, luego en verano, al abrir las ventanas, parece que les cambia el colorcillo y para agosto están bastante secos. Hay gente a la que le gusta el aspecto de nuestras paredes mohosas, pero no sé si lo dicen como un cumplido. Con las ventanas de madera no pasaba esto, lo único que sí pasaba era el aire. El viento y el moho no se llevan bien, pero sería difícil saber quién es el bueno y quien el malo. Caruso de tanto que cantaba no tuvo tiempo para escuchar. No le gustaba el campo, él mismo lo decía, pero el problema no fue el no escuchar a los chopos, sino que tampoco escuchó a los que le querían hacer dejar de fumar. Fumaba bastante, y claro, resulta que el tabaco y el canto tampoco se llevan bien. A Platón ni le gustaban los árboles ni los grillos y criticaba a los que antes que él hablaban con las encinas para saber un poco de la vida. El griego nos enseñó a pensar mejor, pero tampoco está mal hablar con las encinas de vez en cuando y escuchar lo que te cuentan. La primera mujer de Bach, su prima María Bárbara, no se escapó con ningún chofer, pero cuando Juan Sebastián volvía de un viaje se encontró con que su querida prima se había ido y no sabía cómo, sólo que se largó de repente; y ahora si quería verla

tenía que excavar la tierra. Vaya vuelta de viaje, y ya con cinco hijos. De los otros trece que tuvo con Ana Magdalena, alguno no duró mucho. Se ve que el mundo se los tragó demasiado hambriento y les hizo daño al nacer.

Los mohos blancos son diferentes. Bueno, yo les llamo mohos, pero seguramente que ni si quiera lo son. Alguna gente dice que es el salitre de las paredes. En realidad son pelusillas blancas. Estos son algo más tímidos y menos promiscuos, porque no se extienden tanto y se conforman con tener su territorio particular sin muchas ansias expansionistas. El blanco y el verde a veces se toleran, como para dar la imagen de ser buenos amigos, pero no es muy frecuente, lo más normal es verlos a cada uno por su lado. A Fleming le gustaban mucho los mohos, coleccionaba de todos los tipos y al final le dieron el Nobel por su trabajo con ellos; eso fue en el cuarenta y cinco. A Cela, otro año, también se lo dieron pero por su colección de palabras, aunque en el fondo los dos buscaban lo mismo con sus colecciones, que las personas puedan vivir mejor. También buscaban el premio, claro, todos buscamos un premio, algunos tienen más paciencia y creen que pueden conseguirlo después de muertos, yo la verdad es que era algo más impaciente, pero ahora no veo las cosas igual, tampoco las oigo ni las toco igual.

Tengo que ser valiente, y contar lo de los ratones. No quería hacerlo por varios motivos, bueno sólo dos, que me da vergüenza y pena. Es lo de antes, eso de cómo te ven y cómo te ves. La vergüenza la siento por lo que puedan pensar los demás de mi matanza roedora, y la pena porque los animalillos eran muy simpáticos. Siempre ocurre lo mismo, llega una pareja de enamorados y se instalan en el faro, bueno, mejor dicho en mi casa, como algunos grillos, y al principio yo les dejo que jugueteen y compartan la vivienda, pero invariablemente les da por la cosa lujuriosa, y empiezan a aparecer ratoncillos por todas partes, hasta que al final se acaban zampando mi comida. No me gusta tener que poner ratoneras, pero cuando te encuentras a la hora del desayuno con las magdalenas mordisqueadas y un montón de cagarrutillas negras por los alrededores, haces de tripas corazón y te conviertes en un exterminador. Cuando vivía Rufo, no hacían falta trampas, lo llamaba y en cuanto le decía ¡busca!, de manera provocativa, se lanzaba a la búsqueda y captura del ratón, para terminar su faena en no más de diez minutos. La mirada de Rufo el día que le maté por viejo, nunca se me puede ya olvidar. Es lo malo de escuchar a las plantas y a los animales, que muchas veces te cuentan cosas tristísimas. La mirada de Rufo me rompió el corazón, pero tuve que hacerlo porque ya no se podía mover y lloraba. Mi padre tampoco se podía mover y también lloraba, pero a él no le matamos, había que dejar que se muriera, aunque su mirada era ya como la de Rufo y también se meaba y cagaba encima, como él. Los ratones son tan lujuriosos como las personas y eso que tienen el celo, lo que pasa es que lo tienen más de seis veces al año. La diferencia entre ellos y nosotros es que a nosotros nos gusta tomarnos nuestro tiempo en eso de la cópula y los ratoncillos lo hacen en sólo dos segundos. Los que saben dicen que es por que así no corren peligro de acabar en el estómago de un depredador mientras se empeñan en procrear. Quizás nosotros en la misma situación haríamos lo mismo pero como nos acostumbramos, ya hace mucho, a ser los dueños y señores de este planeta, le dedicamos más tiempo a eso del sexo. También en la duración del folleteo aplicamos nuestra obsesión por la cantidad y comparamos. Los precoces son los peor parados, a estos la sociedad los considera minusválidos, como a los impotentes o a los estériles, también a los pichacorta; siempre que la cantidad sea poca, malo. Sin embargo a los ratones con sólo dos segundos de metesaca, les va que ni pintados. Seguramente, el día que toque joderla del todo con alguna pifia nuclear, aquí no queda nadie más que los ratoncillos para contarlos, bueno y los insectos también, pero esos son para echarles de comer aparte. La personas somos

algo estúpidas, midiendo y comparando, midiendo y comparando, midiendo y comparando, parece que no sabemos hacer otra cosa. Las ratonas también tienen tetas, seis, y no se las pasan midiendo todo el día, ni sueñan con tener otras más grandes. Sí que es verdad que hay personas que tienen problemas médicos con respecto a sus respectivos sexos, pero tanto por exceso como por defecto; problemas todos tenemos, con el sexo o con lo que sea, qué más da. Lo que pasa es que como el sexo marca más que los padres, pues nos lo tomamos muy en serio. A los animales sin educación, aunque parezca mentira no les marca tanto el sexo, hay cosas más importantes para ellos, sobretodo la vida. Pero como la vida no se puede medir, los seres humanos decidimos en su momento dejarle de prestar atención, sólo lo hacemos cuando estamos hechos polvo y pensamos que a lo mejor podemos irnos para el otro barrio. Con el calendario, los meses y los años y todo eso, sólo medimos el tiempo pero lo que es la vida mismamente, pues no. A veces decimos que fulanita está más vivo que menganito, pero en realidad nos referimos a que el muchacho es más espabilado que el otro, o con el nervio ligeramente inquieto. Por lo demás, o estás vivo o estás muerto, aunque para Platón había una cosa intermedia que era estar dormido. La verdad es que Pitágoras nos marcó mucho con sus numeritos, quizás más que Platón con sus palabras, pero esto es difícil de demostrar. Popper odiaba a Platon, estaba en su derecho. También odiaba a Marx, pero a éste también le odiaron muchos otros, sin embargo a Platón pocos se atreven a odiarle. Es curioso pero a los faros creo que no les odia nadie, salvo alguno de mis compañeros, de los que las pasaron putas, que haberlos hailos.

Los pájaros no se atreven a entrar en casa, aunque no me importaría, porque tienen unos horarios más razonables que los grillos. Hay unos de color azul oscuro, que me gustan mucho y tienen un canto precioso, pero me acomplejan un poco, porque siempre pienso que son mucho mejor compositores que yo. Dukas se lo decía a Messiaen:

-Escucha a los pájaros, ellos son nuestros mejores maestros.

Y el otro los escuchó, y vaya cómo los escuchó. Pero por mucho que yo oigo a esos roqueros, que así es como se llaman los pajaritos en cuestión, cada mañana de primavera y muchas de otoño, soy incapaz de hacer algo parecido, así que me conformo con envidiarles. Los animales sin educación también son envidiosos, a veces demasiado. Con las ventanas viejas de madera, los roqueros me servían de despertador. Era muy agradable salir del último sueño envuelto en esos trinos, pero ahora no oigo nada con el maldito aluminio, y el moho no canta, que sólo crece. De todas formas en cuanto salgo al jardín, allí están ellos, alegres y constantes en su concierto, regalándome las melodías más dulces y refinadas. En Madrid hay mirlos que cantan como los ángeles, se conoce que con tanto ruido a su alrededor se esfuerzan en producir un repertorio más rico que el de muchos colegas suyos campesinos, sin tanta competencia, porque los otros tipos de pájaros no cuentan, mientras se les pueda oír a ellos, pero el ruido de los coches les molesta mucho, con lo que no les queda más remedio a los mirlos urbanitas, que esforzarse más. Las lagartijas, en cambio, sí que entran por los pasillos de casa, sólo que en forma de vómito. Esto es así porque a los gatos les da por cazarlas y comérselas, pero luego resulta que les sienta mal y ¡jala!, todo para afuera, lo cual tienen querencia por hacerlo una vez que han entrado al faro. Hay gatos lagartijeros y otros que no, pero los que sí lo son no espabilan con tanto devolver por aquí o por allá, y continúan incluyendo a los reptiles en su dieta; quizás es porque les encanta su sabor. Creo que a mí me pasaría lo mismo con la tortilla de patatas; si alguien me dice que son las causantes de mis almorranas, yo seguiría comiéndolas con pasión religiosa. Puede resultar banal, pero algunas veces pienso en cómo puede suicidarse alguien, habiendo tortillas en las que pensar. También conviene escuchar a las tortillas. Muchos

no lo hacen y así les salen. Lo de las almorranas y el plural, es una tontería, una manía se podría pensar, pues no son como mis gafas o mis zapatos; así que a partir de ahora tengo que acordarme y hacer referencia a mí almorrana, ¡única!, y esperemos que sin pareja por mucho tiempo. Mi amigo Pablo, no el veterinario, sino el argentino, me dijo una vez que yo era todo un clásico, por lo de tener una hernia y una almorrana. Lo de la hernia fue culpa de un grupo electrógeno, bueno, en realidad la culpa fue de los cretinos que tiraron abajo la puerta del otro faro que tengo a mi cargo, uno muy jovencito. De este faro he hablado poco, lo quiero mucho eso es verdad, pero es que como no vivo en él, nunca puede llegar a la categoría de: ¡mi! faro. El caso es que por aquello de estar muy apartado, a veces algunos desaprensivos se lían a mamporros con él. También lo hacen en algunas ciudades con los mendigos, siempre es una forma de descargarse contra el más débil, y lo malo de esta enfermedad es que puede ser muy contagiosa. Una de esas veces que me encontré las puertas en el suelo, fui al herrero para solicitar su ayuda, y al intentar coger el grupo electrógeno, que era nuevo y, claro, más grande que el viejo, para cargarlo en la furgoneta, noté como una puñalada en las ingles, perdón, en la ingle izquierda. Al cabo de tres meses y en viaje de novios, decidieron mis tripas salirse por un agujero que habían encontrado, precisamente ahí, donde la puñalada. Era muy molesto andar de aquí para allá con las tripas fuera, así que al volver de viaje, decidí ir al médico. No me sorprendió cuando éste me dijo que tendrían que operarme, pero la cosa se complicó cuando me preguntó si podría practicar conmigo una nueva técnica de cirugía para hernias, con la que me darían un tajo más pequeño y además podría recuperarme con mayor rapidez. Me dijo también que todavía no disponían de los aparatos, pero que con unas cuantas firmas como la mía, el director del hospital se animaría a comprarlos. Todo parecía bastante prometedor, pero por culpa de mi curiosidad malsana, se me ocurrió preguntarle si ya practicó con anterioridad esa técnica. Recuerdo muy bien su contestación:

- Sí, por supuesto, sólo que hasta ahora únicamente con cerdos.

Cuando vio mi cara de espanto, me quiso tranquilizar al decirme que no había motivo para preocuparse, puesto que el cerdo es el animal más parecido al hombre. En ese momento me hice el gracioso y le dije al doctor que me gustaría ser el primero en dar el paso del puerco al ser humano, con lo que me dio fecha para las pruebas preoperatorias. De camino a casa empecé a arrepentirme de mi espíritu aventurero, y claro, tardé tres años en volver al médico. Esta vez me rajaron de la forma tradicional. Los médicos suelen espantarse de las burradas que les decimos muchos pacientes, pero nosotros también podríamos escribir largas páginas con las chapuzas de algunos de ellos. Ahora me acuerdo de mi amigo Marcos, que cuando su mujer dio a luz una niña, quisieron hacerle los agujeros en las orejas para los pendientes y todo fue bien hasta el momento en que le quitaron los esparadrapos, pues con ellos salió un trocito de oreja de la niña. Por supuesto Marcos les denunció, ¡pues bueno era!. También denunció a su padre por matar un ave rapaz. Todas las rapaces están protegidas por la ley, así que no se lo pensó dos veces. Platón ya le daba mucha importancia a esto de denunciar a los padres. Escribió todo un libro sobre esto, y de paso para hablar también de lo de la cicuta de Su maestro; aunque Popper diga que en realidad Platón fue un traidor de Sócrates, todo eso no está claro y es un poco lioso. En el fondo yo me considero un poco médico, de faros, pero médico al fin y al cabo. No soy especialista, digamos que practico la medicina general de señales marítimas. Hombre, bien pensado, mi parte se ocupa más de la medicina interna, pues para la traumatología suelen venir otros, como ocurrió con el cambio de ventanas. Todavía quedan tres ventanitas viejas de madera, son las de la torre, donde me paro a escuchar el canto del viento cuando subo los días de temporal. Estoy contento de haber reanimado al faro en muchas ocasiones. Estando yo

presente, no se ha quedado nunca apagado una noche entera; por otra parte es lo lógico, para eso estoy, pero en esta profesión hay de todo, como en botica. Yo sé lo que me digo. De las puertas, quedan muchas viejas y de madera también. Está la grande verde de la entrada al faro, la que se comió Frodo; están las marrones de entrada a las viviendas, que son altísimas; y luego están también las de los interiores de las casas. Me olvidaba de una muy importante, que es la vieja puerta de salida al balcón de la torre. En todos los faros hay una puerta en ese lugar, para poder salir al balcón y desde allí acceder a la parte exterior de la linterna, o al balcón superior, que suele haber uno superior en muchos faros. Esta puerta de la que hablo, hay que abrirla con mucho cuidado, porque arriba de la torre siempre hace mucho más viento que abajo, y si ese día sopla con alguna fuerza, la puerta puede hacer lo mismo que la parabólica. La linterna es muy vieja y conserva unas gárgolas para el desagüe en forma de cabeza de león, muy bonitas; por las bocas les sale un tubo. La verdad es que nunca subí en los días de lluvia a ver como sale el agua por la boca de los leones; esto también me da pena y vergüenza decirlo. Sin embargo estoy orgulloso de poder contar que en más de una ocasión, vi caer a modo de cascada, el agua que sale proyectada desde la cima del acantilado hasta el mar, en esos días que llueve de golpe lo que no hizo durante meses y se forman auténticos ríos bajando por torrenteras, hasta dar el gran salto. Es un espectáculo formidable. Yo creo que cuando estamos al borde de un acantilado todos pensamos en la posibilidad de tirarnos abajo, sólo que la mayoría no lo hacemos. El último en atreverse fue un inglés. Antes había más querencia, llevamos varios años sin saltos voluntarios; se han impuesto otras modalidades con pastillas y cosas así, también el gas es muy socorrido en estos casos de miedo al salto. Hace poco apareció uno flotando dentro de un aljibe, esto sí que es raro, de todas formas no se sabe si el pobre hombre se cayó o se tiró, el resultado es el mismo, pero la noticia luego se da de muy diferente forma. Si es lo primero queda relegada a una pequeña reseña, pero si es lo segundo, tiene muchas posibilidades de salir en primera página. Lo mejor para salir en primera página siempre es cuando hay una segunda persona que se ocupó de la faena, o claro está, cuando el muerto es alguien famoso. Los muertos famosos siempre salen en primera página, da igual cómo lleguen a ese estado. Con los faros, pasa un poco lo mismo, generalmente no son objeto de noticia hasta que un barco se estampa contra sus acantilados y provoca muertos o mareas negras o cosas de esas que pueden salir en primicia. Hay faros que han salido más de una vez en los papeles por asuntos de estos, se conoce que les gusta la popularidad. El mío es muy tímido, pero ya le tocó salir en unas cuantas ocasiones, porque aquí se le quiere tanto, que cuando le hacen alguna operación de esas de traumatología, reparaciones de fachadas y cosas así, tardan poco en venir a hacerle unas fotos, y ¡jala!, al rotativo. Pero en primera página no recuerdo que haya salido nunca.

Cuando llueve tanto, es muy interesante, por lo menos al escampar un poco, oír cómo cae el agua dentro del aljibe. Es un sonido impactante, porque el pozo hace de caja de resonancia, amplificando el efecto como un aparato de música. Además, caben cien toneladas de agua con lo que es muy difícil que se llene del todo. A mi amigo holandés, el que quemaba las viejas ventanas verdes de madera para invitarnos a cenar, se le llenó su aljibe una noche que estábamos al calor de varias de aquellas. Llovía tanto que el agua se empezó a salir y antes de poder hacer nada, ya estábamos comiendo el cordero mojados hasta los tobillos. Es lo que pasa cuando tienes el aljibe dentro de casa. La mayoría de las veces es encantador estar tranquilamente sentado en tu sillón y oír caer las gotitas dentro, igual que hacen en algunas cuevas, pero te puede pasar lo que al holandés, un día de tormenta fuerte. Concretamente esa noche no sólo se le inundó la casa a mi amigo, sino que también le cayó el consabido rayo al faro, así que no me quedó más remedio que dejar a un lado la fregona y salir a toda pastilla para mi casa.

Por supuesto estaba una vez más achicharrado, pero esta vez no tuve que pasar la noche arriba en un saco de dormir, al final conseguí hacerlo funcionar, aunque en estado muy precario. En uno de los lados del edificio, en el que se encuentra mi vivienda, falta un trozo de cornisa que se lo arrancó hace ya tiempo un mal rayo. Sí, los rayos son muy puñeteros, y no hay que tomárselos a broma. No conozco ningún farero que lo haga. A veces pienso si el holandés en realidad no nos invitaba para poder quemar todas las ventanas, que ahora se amontonaban en su jardín. También aquí, como con los muertos, el resultado es el mismo, pero parece que siempre queremos buscarle los tres pies al gato.

Las mañanas siguientes a las noches tormentosas, son muy especiales. Los colores, los olores, hasta los sonidos son distintos. Cuando el faro sale sano y salvo de la nochecita estruendosa, esas mañanas se convierten para mí en auténticos pasteles. Son las mejores con diferencia, por eso es necesario sufrir un poco en la vida, para que al salir de la tormenta, se convierta tu existencia en un fuego artificial. Es como la música. Los compositores tenemos que saber muy bien jugar con el sufrimiento y el placer, para que la obra no sea otra cosa que pequeñas reproducciones de nuestras vidas.

III

A mi primer malo le pasó como a Jonás, resulta que el Señor Ingeniero había dado la orden al faro para vomitarlo en tierra firme, y este así lo hizo. Hombre, la diferencia es que Jonás imploró al Señor para que lo sacara de la barriga del cetáceo mientras que mi malo estaba parasitando cual tenía inmunda, viéndose arrojado al mundo exterior y teniendo que buscarse otra víctima para sobrevivir; no tardó mucho en encontrarla.

Suerte o no, el caso es que me extirparon un buen tumor de mi vida, y sin anestesia ni cicatriz, bueno cicatriz sí que me ha quedado, y bastante grande, porque todavía cuando veo un coche rojo como el suyo, me acuerdo de él, y lo que es peor, aún sueño que el faro se lo vuelve a tragar y tengo que seguir oyendo su repugnante voz a través de las paredes de mi casa; son auténticas pesadillas. De todas formas, el cabrón de Demetrio, mi nuevo malo, al que ya por costumbre llamo el cerdo, cobraba por aquellos días de la regurgitación cada vez más fuerza y ya llevaba un tiempo jodiendo la marrana, así que para cuando me vi libre del primero, ya tenía al segundo vampirizándome con un ansia desaforada. En la vida hay muchos vampiros, no son como los de las películas, con colmillos, ni se transforman en murciélagos o se convierten en polvo al ver la luz; todo eso es metafórico porque en la realidad son personas normales y corrientes, pero que se alimentan de los demás y eso sí, son oscuros, muy oscuros. No es que se coman trocitos de tu cuerpo, ni siquiera se beben tu sangre, sólo te secan y te sacan la vida, la alegría, tu esencia. Cuando pasas varios días con un vampiro y dejas, si eres lo suficientemente fuerte o afortunado, su compañía, te encuentras cansado, deprimido, tu optimismo se ha esfumado y los proyectos que tenías en mente ahora te parecen las cosas más absurdas del mundo.

Hay vampiros especializados en niños, en mujeres, en adolescentes, en obreros, en tontos, son infinitas las posibilidades, pero generalmente con el paso de los años amplían su radio de acción; un vampiro de cierta edad puede secar todo lo que pasa por su lado, así fue mi segundo malo. El primero sin embargo todavía parecía un principiante cuando el faro le vomitó. Mi faro no fue el único en hacerlo, ya había pasado por otra experiencia similar, se conoce que su sabor no agradaba mucho y en cuanto podían lo escupían. Para defenderse de un vampiro no valen los ajos ni nada por el estilo. La estaca de madera verdaderamente es efectiva, pero claro, por aquello de las leyes te arriesgas a que te empapelen; porque las leyes están tan mal hechas que no reconocen a los vampiros. Si tú denuncias a alguien por ser un Nosferatu, sólo puedes conseguir una buena mofa, o acabar en la consulta de algún psiquiatra, y ninguna de las dos cosas te pueden reconfortar de tu lamentable estado, después de unos días de succión. Hay que identificarlo. Esa es la única defensa garantizada. Parece algo sencillo pero no lo es tanto como pueda creerse, porque a veces puedes estar rodeado de ellos, o llevarte la desagradable sorpresa de descubrir la auténtica naturaleza de vampiro en tu madre, o en tu hijo, o en tu queridísima esposa, incluso en ese pobre mendigo al que no ves más que de pasada cada día cuando te diriges al trabajo; sí, hay algunos que les basta una mirada para chuparte y conseguir algo de vitalidad. Succionan con la vista, con las palabras, con el tacto, con su olor, pueden robarte la energía de la manera más sutilmente imaginable, y siempre, siempre, siempre de a poquitos, para que no te asustes y te largues corriendo. Los grandes maestros, lo hacen tan despacio, que tú casi no

percibes el más mínimo daño ni incisión, de esta forma consiguen que sus presas les duren mucho más tiempo, a veces toda una vida.

Lo contrario a un vampiro no sé cómo se llama, pero también existen. Te das cuenta que has estado con uno de estos, cuando después de un rato en su compañía te desaparecen las preocupaciones, imaginas planes para tu futuro y sin saber muy bien por qué, han surgido en ti unas repentinas e inexplicables ganas de vivir. No chupan, inyectan. Entre estos dos tipos de seres, nos encontramos la inmensa mayoría, es decir, los mediocres, los vulgares... la chusma, que ni damos ni quitamos, pero nos dejamos. Nos dejamos amar, odiar, chupar o inyectar, robar o regalar, nos dejamos hipnotizar y despertar, empujar y arrastrar, subir y bajar, sí, ante todo nos dejamos hacer.

Mis malos no son mediocres, que son vampiros. Los que se dedican a chupar a otros, suelen ser bastantes longevos, no es que vivan eternamente como en la literatura, pero sí que tardan en morir más que los mediocres, y a estos, los chupados, se les hace interminable la existencia de aquellos, por eso las leyendas los representan como inmortales.

-¿Son malos los vampiros?

Esto no se puede decir, por lo que comenté antes, sólo podemos afirmar que son diferentes a los mediocres y a los que dan, y por supuesto para estos dos, los vampiros son más malos que la quina. El vampiro que se me instaló en el faro, más que malo era estúpido; la estupidez puede llegar a ser insoportable, debería ser un atenuante en casos de homicidio, como el viento Foehn en Suiza, pero las leyes tampoco tienen en cuenta la estupidez. Si tú le dices al juez que te has cargado al vecino porque era tremendamente estúpido, tienes rejas para rato; sin embargo a mí me pone mucho más nervioso la estulticia que el levantazo de Juanillo. Deberían de personalizar las leyes, posiblemente hay mucho asesino suelto y demasiados pobres diablos encerrados.

Mi vampiro tenía muchas de las características cinematográficas, hasta se parecía un poco a Christopher Lee. Era alto, delgaducho y picha larga, bueno no sé si el Lee era un picha larga, pero para convertirte en vampiro conviene serlo, por si hay que cautivar a alguna pobre incauta; lo que no son casi nunca es pichas bravas. Además de todo eso, mi vampiro dormía por el día. Algunas veces intentaba llevar un horario de mediocre, pero no conseguía mantenerlo más de unos pocos días, al final acababa acostándose cuando yo me levantaba, y deprimido, siempre deprimido. Por más que chupan, los vampiros nunca tienen suficiente y arrastran una sensación de insatisfacción, que les convierte en los eternos amargados. También les suele dar por pensar que son unas víctimas de la sociedad, unos incomprendidos, y quizás en cierto sentido tienen razón, pero es muy duro aguantar a un vampiro llorón. Algunos de los que se obsesionaron por esta rara especie, sin ser uno de ellos, no duraron mucho, como le pasó a Byron, que no llegó ni a los treinta y siete, o a Murnau que murió a los cuarenta y tres, o al mismísimo Hoffman que llegando a los cuarenta y seis se mudó de barrio. Sin embargo otros del tipo de Dreyer o el autor de Drácula, pasaron de los sesenta; a lo mejor es que ellos mismos eran vampiros, y por eso Bram se puso de apellido Stoker, que en inglés significa cargador o alimentador, y así despistaba al personal.

Por este faro ha debido de pasar más de un vampiro, también han pasado okupas, putas y quién sabe si algún asesino. En el siglo XIX, Miguel les hizo la vida imposible a más de uno. Aquí vivían tres familias, una por torrero destinado, y las relaciones entre ellas en ocasiones no eran lo más armoniosas que se podía esperar. Aunque lo que es esperar, poco se puede esperar de la convivencia en un faro.

Mi amigo Jesús me contaba sus recuerdos infantiles del faro donde nació, porque su padre ya era farero, y su abuelo; en su memoria permanece despierta la imagen de su

madre arrastrando de los pelos a la mujer del otro torrero, y llamándola puta a voz en grito, para que el acto cobrara así mayor coherencia. La acusación:adulterio. Esto ya era habitual en estas señales marítimas. Miguel vivía con su mujer y su cuñada, por lo que el torrero principal llegó a acusarle de estar conviviendo con una esposa y la querida, el caso es que cuando la pobre de su mujer murió después de una terrible enfermedad, según consta en el diario del faro, antes de nueve meses, la cuñada estaba pariendo un bebé, así que no iban muy desencaminadas las acusaciones del torrero principal.

Por el mismo motivo, antiguo donde los haya, en breña un farero se enteró que el compañero de trabajo se la estaba pegando con su mujer, aprovechando el cambio de turno, con lo que decidió encerrarlos a los dos juntos en la torre del faro y no volver a abrir la puerta hasta que oliera fuerte. Lo mejor de todo es que el torrero bretón y cornudo, apuntaba en el diario de servicio todo lo que le pasaba por la cabeza durante los días de agonía de la pareja pecadora. Mi vampiro también se cepillaba a Helena, pero a mí eso me daba igual, yo me hacía el despistado. De todas formas siempre seguía hecho un alma en pena, así que de poco le servía el cepillado. Si por algo le hubiera empalado, para seguir las prácticas del mismísimo Vlad, sería por estúpido y no por cabrón. Platón no hablaba de vampiros, pero antes que él, en Egipto ya los tenían presentes; se conoce que los griegos no se interesaron por ese aspecto de los del Nilo.

En mi faro han muerto cuatro personas, a parte de la mujer de Miguel. Uno que se apellidaba Bienvenida, llegó el once de diciembre de 1918 y se murió el quince de febrero del siguiente año, o sea, que duró dos meses y cuatro días; se conoce que estos aires no le sentaron bien, o igual ya vino tocado el hombre. En 1870, José no se encontraba muy cristiano y le pidió permiso a Miguel, pero no el polígamo sino otro, para salir del faro y ya no volvió, tuvieron que ir a despedirse de él al cementerio del pueblo. A Francisco le cayó un rayo mientras estaba cagando, con perdón, y el hombre aguantó tres años más como pudo, pero el corazón le quedó mal parado, quizás por el susto, y decidió pararse del todo en 1908. Y Manuel... pues Manuel sencillamente se murió. Algunos prefieren morir así, sin más alharacas, no sé si por timidez. Estos son todos mis muertos, aunque por cosas que pasan veo más a Miguel el polígamo, que a su mujer o a los otros que decidieron quedarse aquí. A la querida, es decir su cuñada, también la veo, sobre todo el día aquel que decidió estrangular a la mujer del torrero principal, y que casi lo consigue de no ser porque aparecieron los respectivos. Joder la que se armó. Desde luego aburrirse no se aburrían.

Ya había dicho hace un momento, que en los tiempos de Platón no se hablaba mucho de vampiros, pero un poco antes, más o menos cuando Sócrates era un chaval, aparecía la Ménade de turno y proporcionaba tema para rato, sobre todo si la habían pillado comiéndose a su hijo recién nacido, que parece que no pero impresiona un poquillo. Es lo malo que tenía lo de adorar a Dionisos, que a más de una se le pasaba la vuelta de rosca un poco y acababan por los montes un tanto asilvestradas; pero vampiresas, lo que es vampiresas, pues no lo eran.

Mi vampiro no adoraba a nadie, sólo a su pito, bueno a su cuerpo en general, pero especialmente al pito. Es curioso cómo alguien te puede enseñar a odiar sin pretenderlo. El succionador éste, resultó ser un maestro de primera: aborrecimiento, antipatía, execración, inquina, manía, rencor, repulsión, resentimiento, asco, repugnancia, agresividad, impulsos asesinos, venganza... todo eso y mucho más, sería difícil condensarlo en una sola palabra, pero descubrí que odiar era justamente el vocablo que necesitaba, y que nunca había utilizado por falta de comprensión adecuada hacia el término. Ahora sí sé lo que es odiar, y se lo tengo que agradecer a mi primer malo, el vampiro del faro, al que afortunadamente el Señor dio orden de ser vomitado... y el faro lo vomitó. Qué felicidad, no escuchar por más días su voz, esa babosa y

penetrante voz grave, de macho, de pichalarga estúpido, de seductor de idiotas, de vampiro amargado, de vago redomado, de nocturno incorregible, de follador obseso e inconstante, de tirano de mujeres, de cobarde...; de mierda.

Miguel, el polígamo, no sé si adolecía de todos estos adjetivos. Es lo que tiene no coincidir en el tiempo, que por mucho que lo vea deambulando por estos muros, no tengo la sensación de amarlo ni odiarlo, sólo lo veo. Con el Suave pasa lo mismo, y eso que a este sí que lo conocí personalmente, era el okupa del faro. No era malo, sólo okupa de faros, y yo no soy racista de okupas, con los vampiros sí que soy un poco maniático. Al okupa en cuestión siempre que me lo encontraba por algún pasillo, o por el jardín y le preguntaba que cómo estaba, me contestaba invariablemente: su-su-su suave; el hombre era un poco tartaja. A mi primo Tomasín le hacía mucha gracia esa respuesta, quizás después de lo del tren se lo sigue preguntando, para ver si sigue suave o no, y así matar un poco el rato, porque los muertos deberán matar el tiempo para poder entretenerse. Al suave se lo llevó un sida que se pilló no sé donde; su chica estaba bastante buena, y tenía un pelo muy bonito, muchas veces la recuerdo tendiendo la ropa con el pelo mojado y secándoselo al aire. Como con los okupas nunca sabes muy bien si están o no por la vivienda okupada, pues una vez entré allí y los vi dale que te pego, jodiéndose por los cuatro costados. Ella soltaba unos gemidos que me fueron difíciles para arrancar de la cabeza. El problema de componer es ese, que a veces te da por escuchar tal o cual ruido, y ahí que se te queda per sécula seculorum. Los gemidos en cuestión todavía los oigo cada vez que entro en esa habitación, pero también veo a Tomasín durmiendo en la cama donde le instalé aquellos dos meses.

De la novia del Suave no sé que pasaría, ni de su pelo, quizás se lo cortó aunque habría sido una pena. Tenía una melena de color caoba, pero si lo pienso bien, la mesa del Señor Ingeniero es de caoba, que lo sé por los inventarios, y no es del mismo color que el de aquel pelo. Los colores son más complicados para mí que los sonidos; es un poco desesperante no poder decir que esto es un rojo sostenido o un verde bemol, y cuando escucho las mariconadas esas de azul añil, o verde turquesa soy totalmente incapaz de imaginarme de qué color se trata exactamente. Aquel pelo era algo rizado, largo hasta casi la cintura, ondulante con el viento, que esto es muy importante, tanto como el arroz suelto de la paella, y de un tono algo rojizo pero sin ser pelirrojo, ni castaño, ni moreno...podría decirse, para aprovechar la ocasión y soltar una de las últimas palabrejas que he aprendido, que era un pelo inefable. A Francisco, el carpintero que se enroscaba el cinturón de seguridad en el cuello, nunca le oí decir lo de inefable, pero cuando le preguntabas si prefería hacer tal o cual cosa solía contestar que le era inusitado. También nos comentó, en más de una ocasión, que de las orejas le salía un olor que trascendía, pero el puñetero ahí sí que atinaba. De Thoreau se dice que era un trascendentalista, que no sé si es acertado el adjetivo, pero una cosa es segura y es que no era un americano mediocre, y tampoco un vampiro, y que además murió con cuarenta y cinco años. Tampoco Ives era un mediocre del otro lado del Atlántico, el mismísimo Schoenberg escribió una carta donde hablaba de él como de una persona íntegra e incorruptible, y lo era en verdad, quizás por eso nunca pudo escuchar una obra completa suya hasta que tuvo sesenta años, y para entonces me puedo imaginar que ya no le importó mucho. De Thoreau ahora también hablan todos los americanos pero nadie sigue su ejemplo. Es un poco lo que ha pasado con el Ulises, que se escribe mucho sobre él pero no lo lee ni Cristo. Con mi vampiro me sucede algo parecido, lo estaría poniendo a parir todo el santo día, pero no querría verlo ni en pintura.

Rafael Urrutia fue el primer torrero principal de mi faro. Cuando digo lo de principal no quiero decir con ello que es más importante, sino que tan sólo me refiero al cargo que ocupaba. Por aquel entonces en los faros había destinados hasta tres tipos

diferentes de torreros, el principal, el ordinario y el auxiliar. Hoy en día estas jerarquías nos parecen un tanto discriminatorias, pero es que entonces no se preocupaban tanto de la imagen y el qué podrían pensar y el querer ser todos iguales, lo cual esto último me parece una de las cosas más aberrantes y contradictorias de nuestro tiempo actual. Por una parte nos pasamos el día midiendo y pesando para comparar a ver quien tiene más de esto o de aquello, pero luego por otro lado no soportamos la idea de las diferencias y si no podemos ser o tener más que el resto, al menos debemos ser iguales. Los americanos son unos maestros en sermonear al mundo, esta palabra, mundo, les gusta mucho, para ellos el mundo es algo cuya capital es América; pues se pasan el día cantando las maravillas del sueño americano, de la igualdad de todos sus ciudadanos...etc, etc, pero luego resulta que me cuenta un amigo que le gusta eso de la antropología, que precisamente ellos tienen el índice más elevado de delincuencia y que allí el que nace pobre muere más pobre aún. Hombre claro, siempre hay casos de botones que ahora son dueños de una cadena de hoteles, o del típico emigrante que empezó con un mísero barucho, y hoy es uno de los mayores traficantes de droga, pero es que allí son muchos y creo que para ser justos hay que mirarlos a todos juntos. También aquí le toca la lotería al típico mamón con suerte, pero eso no quiere decir que todos pillamos el gordo tarde o temprano.

Así que lo de la igualdad es una engañufla, además sería muy triste no ser diferente y todos estaríamos enamorados de todos, las parejas no tendrían sentido, ni los celos, ni los cuernos, ni la violencia casera, ni los parricidios, ni las violaciones, bueno las violaciones sí porque esos son enfermos, y el ser todos iguales no implica el eliminar la enfermedad, claro que si esto también se consigue, pues tampoco tendrían sentido los violadores, ni los asesinos, ni los terroristas, pero tampoco los países, ni los gobiernos, ni las fronteras, ni los estados, ni el poder, ni la política

-¿La política tampoco?

- Pues no, porque al pensar todos de la misma forma, para qué demonios tienes que perder el tiempo en hacer partidos y votar y todo eso que ahora parece tener algún sentido. Porque no es lo mismo ser todos iguales que querer ser iguales. Ahora estamos con lo segundo, pero con lo de las clonaciones posiblemente lleguemos a lo primero. Entonces desde luego se cumpliría lo del brasileño ese del mundo con una sola nación. Ahora me acuerdo de su nombre, Carneiro, Robert Carneiro. Sin embargo hay algo que no tengo claro, y es lo del dinero, porque si todos somos iguales, entonces todos pensamos igual, entonces todos necesitamos las mismas cosas y todos tenemos las mismas habilidades, con lo que todos tendríamos que ganar la misma cantidad de dinero y además nadie querría tener ni más ni menos que los otros por lo que en consecuencia los bancos tampoco tendrían ningún sentido, y esto me da que pensar, porque este proceso no ocurriría de la noche a la mañana, sino progresivamente. A los pobres les gustaría la idea porque dejarían de ser menos, a los ricos porque no tendrían que protegerse de los ladrones, ¡qué felicidad!, a los envidiosos porque al fin descansarían de ese agotador trabajo que es envidiar al prójimo, los orgullosos estarían encantados de ser autosuficientes y no tener que pedir favores a nadie, los gordos y los delgados no sufrirían ninguna discriminación, pero los banqueros...¿qué ganarían?. Nada. Este es el problema, que los banqueros no soportarían la idea de la igualdad, e intentarían conseguir por todos los medios posibles que nunca se llegue a esa grave situación. Quizás Carneiro no había tenido eso en cuenta, cuando pensó en su teoría mono nacional.

A los torreros no les importaba mucho lo de ser ordinario o auxiliar, pero claro que querían ser principales, primero porque se cobraba más y segundo porque era la única persona del faro que podía dirigirse por escrito al Señor Ingeniero, y eso quieras

que no, ponía las cosas en su sitio, vamos que las ordenaba. También los faros tenían un orden, pero no tenía nada que ver con éste, sino con la distancia focal de sus ópticas. Es decir, que se les clasificaba según lo grande que estas podían ser y la distancia a la que se veía su luz en el mar, lo de las cantidades en definitiva. Mi faro era de segundo orden, que era mucho, porque lo máximo que podían tener era el de primer orden, y sin embargo, por abajo llegaban hasta el sexto orden. La palabra orden también es muy curiosa, porque si la cambias el sexo y dices “una orden”, el significado varía por completo, ya que en este caso estás mandando a alguien hacer algo, o te estás refiriendo a eso de los monasterios. Las palabras no pueden ser nunca clonadas porque dejaríamos de comunicarnos, así que el comunismo integral nunca podría llegar al lenguaje porque no nos entenderíamos, las palabras necesitan ser diferentes, como los sonidos; si los sonidos llegan a ser clonados, entonces la música se va al traste, y eso sí que sería triste. Prefiero imaginarme un mundo incomunicado que un mundo sin música, al fin y al cabo el primero no variaría mucho del de ahora.

Aunque los torreros eran diferentes en graduación, tenían algo que les asimilaba y era el uniforme, que debían ponerse cuando terminaban los trabajos de la mañana, porque después de apagar el faro no se acababa la faena sino que tenían que dar cuerda a la lámpara, correr las cortinas de la linterna, despabilar la llama, limpiar el interior del mechero y de la lámpara, vaciar el depósito de aceite y limpiarlo, desentrayar el conducto, si estaba obstruido, y también el orificio en las lámparas, llenar el depósito con aceite filtrado del día anterior, limpiar la chimenea y su registro para dejarlos dispuestos a la hora de colocarlos en el encendido, limpiar el mecanismo del aparato...buf, tengo que coger un poco de aire....., todo esto lo debían concluir antes de dos horas, después de la salida del sol, y entonces sí, ya se podían poner el uniforme, aunque para ser más precisos con la historia, habría que considerar otros trabajos, que también era necesario realizar antes de colocarse el uniforme de torrero.

A Levi Strauss, le pasó como a Jonás y se hundió hasta los cimientos de las montañas, las pasó bien putas allá por el treinta y ocho, mientras aquí estábamos a tortazo limpio. Andaba por mitad del Matogroso, y al hombre no se le ocurrió otra cosa que intentar impresionar a unos indios de por allí con algunos globitos de papel, que cuando les ponías fuego por debajo, subían al cielo como alma bienhechora. La cosa es que el primero se le incendió, para regocijo de los salvajes, que se desternillaron tanto de la risa como el público que presenció la primera intervención de Caruso en un escenario. Pero con el segundo de los globitos tuvo más suerte y cumpliendo las más elementales leyes físicas, el globo ascendió y se elevó hasta confundirse con las estrellas del firmamento, lo cual no sólo no divirtió sino que enfureció a las mujeres del poblado. Al día siguiente los hombres fueron a registrar a Don Claudio y todo su equipaje, porque sospechaban de él que era un brujo malvado. El francés tuvo que demostrarles con unos papelillos y una hoguera que aquello era una cosa natural sin magia de ningún tipo. Los hombres, aparentemente convencidos, dijeron que las mujeres se ponían nerviosas con facilidad, y que le habían tenido que registrar para tranquilizarlas. Unos meses antes de este suceso, para tranquilizar a estas mismas hembras tuvieron que cargarse a seis misioneros norteamericanos. A Levy Strauss no le pareció muy mal eso de los misioneros pero sí que aborrecía lo que algunos de estos seductores religiosos hicieron con los amazónicos.

Livingstone era misionero, pero también médico, lo cual pareció influirle a su favor, no quiso darle la vuelta a la tortilla, más bien fue a él a quien se la dieron. Los torreros debían tener siempre limpios y dispuestos los aparatos de repuesto, utensilios y herramientas, que guardaban en una caja de hoja de lata, como ellos decían. El resto del día y ya con el uniforme puesto, al menos uno de los torreros había de permanecer en el

faro como vigilante, para lo cual se hacían turnos semanales. Eso sí, dos horas antes de ponerse el sol, tenían que estar todos presentes en el edificio.

Por la noche se establecían tres turnos rigurosos, debiendo anotar cada uno de ellos las perturbaciones observadas en la lámpara, el estado de la atmósfera y dirección del viento, así como las luces de otros faros que se descubrían a la vista. Esto último era muy importante porque establecía un control entre los propios torreros de los faros próximos.

El problema tiene su origen en lo difícil que es ver cómo una lámpara se come el alimento de tus hijos, me explico: por aquel entonces los faros utilizaban el aceite de oliva como combustible y claro, a más de un torrero se le iba la mano al bidón y se apañaba para su familia algún litrejo que otro. El problema se presentaba cuando venían los ingenieros, lo cual sucedía una vez al año si se trataba del Ingeniero Jefe, y cada dos meses si la visita la realizaba el Ingeniero Encargado.

Proust mojó una magdalena en el té, se la comió, y empezó a recobrar la memoria; yo llevo más de una hora hablando sin parar y sigo sin dar con el motivo de mi, también inefable, cabreo. Quizás comiéndome un sobado pasiego podría recordar mis últimos sueños, y con ellos la razón de mi malestar. Pero un sobado no es lo mismo que una magdalena, y yo ni soy escritor ni escribo, que soy músico y cuento. Esto ya lo dije al principio, pero a mí las cosas importantes me gusta repetirlas, por eso no veo con buenos ojos lo del mundo lleno de clonados. Para ser una clonación democrática tendría que hacerse la media de la humanidad, en cuanto a físico, intelecto, gracia, economía...etc, y por supuesto esa media sería la mediocridad. Los clonadores revolucionarios deberían eliminar primero a los banqueros, porque ya hemos dicho que serían los principales enemigos de este modelo planetario. Pero esto también conlleva un gran problema y es que mientras los clonadores revolucionarios se ventilan a los banqueros, cosa que no se puede hacer en un día, el mundo tendría que estar gobernado por alguien, y no se podría dejar a los políticos para tal labor, porque estos sin aquellos podrían ocasionar la tercera guerra mundial. Sí, la cosa es más complicada de lo que parece y no creo que los Pancho Villa de la clonación puedan finalizar su proyecto de manera fácil, quizás tenga que sobrevenir una nueva guerra de unionistas contra separatistas, todo un clásico de la historia bélica. Sobra explicar a que bando pertenecerían los clonadores y a cual sus contrincantes.

Los ingenieros cuando llegaban a los faros practicaban el aforo del combustible, que consistía en medir la cantidad de aceite existente en el depósito y cotejarla con la que en teoría habría de restar según los libros de servicio. Cada faro, según su orden y tipo de lámpara empleada en el alumbrado, debía consumir una cantidad determinada de combustible en función de la diferente duración de horas nocturnas en las distintas épocas del año, pudiendo encontrarse pequeñas variaciones posibles a causa de condiciones meteorológicas adversas. Muchas veces ambas cantidades, la teórica y la práctica, no coincidían, con lo que el ingeniero pensaba de primera mano que el torrero se había tragado, y si no él su familia, el aceite que faltaba, y en ocasiones los torreros del faro debían reponer de su propio bolsillo la cantidad en dinero, reales de vellón por aquel entonces, proporcional al aceite supuestamente birlado.

Había una amenaza más para el torrero oleófago, que era la de los faros a la vista. Como creo haber dicho, en los turnos de noche había que anotar, entre otras cosas, si se veían o no los faros vecinos y la calidad de la luz de los mismos. Vecinos, quizás no sea la expresión más acertada pues algunos podían encontrarse a muchos kilómetros de distancia, pero que por circunstancias geográficas se divisaban de uno a otro. Así que, si al torrero sediento de aceite se le ocurría bajar la altura de las mechas de la lámpara, para que el faro consumiera menos del alimenticio combustible, los fareros

cercanos podían anotar en sus libros de servicio que ese faro iluminaba débilmente, o de manera anómala, y como consecuencia llegar a oídos, o mejor dicho a ojos, del ingeniero.

Después de lo del aceite, y no sé si por miedo a que los torreros se solidarizaran y acabaran utilizando para sus ensaladas el veinte por cien del presupuesto anual de aceite de oliva destinado a las señales marítimas, el gobierno de su majestad decidió olvidarse del goloso zumo de aceitunas y disponer desde 1883 el uso de la parafina de Escocia, como combustible a utilizar en mi faro y en muchos otros como él. Este aceite mineral ya no era tan atractivo para el paladar de los fareros, pero su majestad, a la sazón Alfonso XII, y su equipo, no se acordaron de que antes de los tiempos de Platón en que todavía no se utilizaba mucho eso de la moneda, las personas trocaban, vamos que se intercambiaban las cosas. Yo te doy tres gallinas y tu me das un cuchillo; los fareros no tardaron mucho en recuperar la memoria histórica, y sin necesidad de recurrir a magdalenas ni sobados, era suficiente pasar un poco de hambre, empezaron a darle al trueque, y en lugar de zamparse la parafina, que les podía caer ligeramente mal, se la cambiaban a los vecinos por pan, huevos, queso y cosas por el estilo. Los vecinos tampoco se comían la parafina, sino que alimentaban sus quinqués con ella. Esto del quinqué es una historia un poco triste, porque en realidad fue una injusticia tan gorda como un piano. La palabra quinqué viene del nombre de un farmacéutico llamado Quinquet, el cual, y sin ningún pudor, le puso su nombre a la lámpara que en realidad había inventado el suizo Argand, y este último a pesar de ser el padre de la criatura, se quedó descompuesto y sin novia.

El caso es que después de irse el Ministerio de Fomento hasta Escocia, a buscar la condenada parafina, los torreros continuaron metiendo el vaso en el depósito, para mejorar en lo posible las duras condiciones a las que aquel singular oficio les sometía. Claro, que a su majestad no le dio tiempo casi ni a enterarse de lo del trueque, porque se cogió una tisis que lo mandó al otro barrio con veintiocho añitos, eso sí, habiendo dejado preñada a María Cristina, del futuro monarca. Con trueques o sin ellos, el caso es que la parafina la traían de Glasgow. De allí mismo era el Dr. Livingstone, aunque su familia procedía de las Hébridas, sólo que por cosas que tiene el hambre se mudaron donde la parafina, por aquello de la industria y el dinero. Luego, lo del turismo cambió las tornas y le empezaron a sacar partido a los acantilados y cuevas de aquellas islas escocesas, por donde algunos años después pasaría Mendelssohn. Al hamburgués le impresionaron tanto aquellas vistas que compuso una música excelente inspirada en ellas. Pero para mí que cuando se lo tragó el mundo, se dejó atrás un pequeño trozo de Felisín, como les pasó a Arriaga, a Mozart o a Schubert, y el caso es que a los treinta y ocho años se tuvo que ir a recuperarlo, parece ser que quería mucho a su hermana y cuando ésta murió el joven compositor no aguantó más de seis meses sin ella.

Mi amigo Paco, el ecologista, también estaba un poco obsesionado con su hermana, y se hacía pajas pensando en ella, claro que también lo hacía delante de su tía Lola, aprovechando la protección que le ofrecía las faldas de la mesa camilla donde ambos se sentaban. A Paco también le gustaba ir metiéndola por los radiadores de su casa; se conoce que tenía algo de incestuoso, porque al fin y al cabo los radiadores también eran de la familia. A la hermana le faltaba la mitad del brazo izquierdo, pero eso a mi amigo no le ponía cachondo, como al Sr. Bloom del Ulises la coja de la playa, sino que a Paco lo que le excitaba eran sus tetas y su cuello, o al menos eso me contaba. Los Mendelssohn eran bastante amigos de los Humboldt, aunque al introvertido Alexander la música le parecía un verdadero incordio, el pobre las pasó un poco putas en aquellos días, porque era algo maricón y le costaba vivir con esa querencia. Como no le dio rienda suelta a su libido se dedicó a trabajar y trabajar como un loco, apenas

dormía pero vivió bastante, y eso a pesar del bicho aquel que se le metió en la bota y le dejó maltrecho, cuando buscaba un río que uniese el Amazonas con el Orinoco, cosa que encontró en el Quasiquire. Los que antes se reían de él tuvieron que cerrar la boca y someterse al descubrimiento del maricón aquel. La ventaja con que contaban Platón y compañía, es que lo de dar por el culo resultaba ser la cosa más natural del mundo, por lo que a nadie se le ocurría pensar en llamarles maricones; quieras que no, hoy día esa palabreja tiene un color un tanto oscuro.

En mi faro también se han dado por el culo, al menos yo sé de tres que lo hicieron, pero no tiene nada de particular y a mí sin embargo lo que se me agarró al oído fueron los gemidos de la okupa, la chica del Suave, el del sida, los que se jodían por los cuatro costados, los que pasaron por el faro y dejaron sus ruidos de placer pegados a las paredes de aquella habitación desordenada y de fuerte olor, donde se escondían, porque en cierta manera los okupas no habitan, se esconden, como animalillos en sus madrigueras, como niños que han hecho alguna travesura, la travesura de los okupa es sencillamente la de reírse del mundo, que lo ven tan serio que les da la risa.

Alfonso XII se murió un veinticinco de noviembre, a las nueve menos cuarto de la mañana, pero ya había dejado preñada a María Cristina, esto también lo dije, pero por ser importante lo repito ahora. No se cuantos días antes de su muerte fue que la preñó, pero eso no importa mucho, a la historia sólo le interesa el resultado, al que llamaron por aquello del orden, Alfonso XIII. Lo de la tuberculosis en aquellos días era como lo del sida en la actualidad; el Suave, de haber okupado este faro en el siglo pasado, seguramente se habría muerto tísico, pero a cada época una epidemia. Antes los leprosos acababan como Jonás, en el país donde son eternos los cerrojos; a los sidosos alguna puerta sí les queda sin bloquear, sin cerrojo ni llave, con la esperanza de que un buen viento la empuje y la pueda abrir y así poder escaparse a través de ella.

El problema de una humanidad clonada, es que tendrían que convivir con los edificios y monumentos del pasado, que claro... son diferentes. Así que no me extrañaría nada que el movimiento de clonadores revolucionarios atenten no sólo contra los banqueros, enemigos acérrimos de la igualdad, sino también contra todo resto arquitectónico que pudiera recordar un pasado diferenciador. Los maestros clonarían la historia para evitar la diferencia entre los estudios escolares o universitarios de un lugar a otro.

- ¿Y los ecologistas clonarían la naturaleza?

Podría ser, pero para evitar tanto trabajo, se agarrarían antes a lo del brasileño ese, y decir que como sólo hay una nación, en realidad se trataría de una diferencia interna, y que la naturaleza sería una y no varias, y así ganar la baza unionista. Pero no se puede descartar que la naturaleza también resulte clonada, de hecho, ahora está más clonada que hace cien años, y lo de la diversidad parece que se nos escapa de las manos.

Las lentes del faro habían de limpiarse una vez al mes, con espíritu de vino y cada tres, se le debía pasar rojo inglés. Lo del espíritu de vino me parece una expresión preciosa, en realidad no era otra cosa que nuestro alcohol de quemar que lo aplicaban con unos paños para limpiar la óptica. Sin embargo el rojo inglés consistía en una pasta que se deshacía en agua hasta formar una especie de arcilla, se batía bien y se añadía un litro de agua, batiendo nuevamente para luego dejar reposar media hora y esperar su decantación, y por fin otra hora más de reposo escurriendo el agua. Después de todas esas operaciones quedaba en el fondo el rojo, listo para utilizar.

Para aquellos torreros el tiempo tenía otra forma de medirse o de vivirse, y eso se refleja sobre todo en sus escritos, sin prisa, explicando hasta el más mínimo detalle, cuidando encarecidamente la caligrafía, relatando los sucesos animadamente, todo tenía una gran importancia y todo se escribía. Ese tiempo perdido no lo podemos ya

recuperar, ni comiéndonos todas las magdalenas del mundo, porque es otra clase de tiempo, no es como el que buscaba Proust; ni recordando, ni soñando, ni con la ayuda de arqueólogos... nada, nada en absoluto podría recuperar ese tiempo perdido, bueno miento, las vacas lo hacen, ellas sí que pueden, pero es que en realidad nunca han llegado a perderlo y por eso tampoco tienen por qué buscarlo. Los hindúes lo saben y por eso las adoran, las consagran, las tienen cerca de ellos en las calles, en los campos, muy cerca de sus vidas, para intentar conservar el tiempo que otros han perdido. Pero ahora la India no hace tanto caso a sus vacas, Gandhi lo veía venir, contemplaba cómo sus compatriotas comenzaban a perder el tiempo, no a holgazanear, no, sino a olvidar, quizás por eso el Mahatma llevó durante mucho tiempo, junto a él, un libro de Thoreau. Así, con su libro y su telar, intentó luchar contra la amnesia de sus paisanos, pero una lucha diferente, más vacuna que equina, tranquila pero constante, lenta pero profunda, prefiriendo la mirada a las palabras, las tetas a las pichas, las luchas hechas con pichas son sangrientas. Gandhi tenía un buen par de tetas por eso su lucha fue diferente, por eso y por Thoreau. Muerto Mohandas, nada de eso permaneció, ni tetas, ni vacas, ni Thoreau. Ahora en la India no saben qué hicieron con el tiempo, lo perdieron como el resto de los mortales. A lo mejor en algunos monasterios lo conservan, como pasó en la edad media con Platón y Aristóteles, que parecían perdidos pero que en realidad estaban refugiados entre las paredes de algunos conventos. Quizás nuestra época se recuerde como la edad oscura del tiempo, los días sin tiempo, y de nuevo los monasterios, una vez más podrían devolver la sabiduría al mundo, bueno, monasterios, castillos, cárceles y faros, que en ellos también hay paredes que guardan secretos olvidados. A Bach también lo perdieron y tuvo que llegar Mendelssohn para encontrarlo; siempre hay valientes como Proust o Mendelssohn que buscan algo que en su día se perdió y que no paran hasta encontrarlo, como Wallace y Darwin, como los Lekey, como los Curie, como los vampiros, que tampoco desfallecen nunca en busca de sus víctimas, se pueden aletargar un poquito pero siempre andan al acecho. Un vampiro sin presa es como una vaca sin tetas, no tienen razón de ser.

Los primeros torreros de mi faro cobraban el mismo sueldo que en otros faros aislados, en eso no había diferencias; los alumnos aspirantes se ganaban seis reales diarios, el auxiliar ocho, el ordinario once y el principal catorce reales diarios. Los que por algún motivo quedaban inútiles, llevando diez años de servicio, podían percibir una pensión de retiro con el socorro de hasta cuatro reales por día.

Cuando, por causas antes mencionadas, el ingeniero encargado se enteraba de que el efecto aparente de la luz del faro no había sido el correcto durante una o más noches, y si en la inspección no encontraba justificación convincente para ello, entonces podía imponer a todos los torreros del faro y esta vez sin distinción de cargos, una rebaja en su salario de dos reales diarios por todo el tiempo en que la luz hubo aparecido sin el efecto correspondiente; o sea, más débil. Así que, antes de comerse el aceite del faro, se lo pensaban dos veces. En otros países, por aquello de no tener olivos, utilizaban aceite de ballena, pero no sé si este también se lo comían los torreros de por allí.

Helena me enseñó a amar, bueno más bien a jugar, de lo primero se encargaría la mujer celta; el problema de jugar y perder siempre, es que el otro acaba por no tener ningún interés en la partida, debido a que sabe de antemano el resultado y claro, se aburre, se aburre de ganar. El perdedor por el contrario intenta superarse y eso le da otro aliciente al asunto. Al ganador, en realidad le gustaría perder. Helena era ganadora y yo perdedor empedernido, así que se aburrió y se fue; nunca volvimos a jugar ninguna partida.

El día que Mendelssohn encontró al Bach perdido, se impresionó mucho, debió de ser algo parecido a lo que sintió Carnavon con Tutankamon, o Schliemann con Troya, éste también jugó con una Helena, pero aquí no sé quien era el ganador o el perdedor.

Lo de los ojos de Revueltas no es muy importante en sí mismo, pero a mí siempre me impresionó mucho y es por eso que lo repito ahora; cuando algo te impresiona se vuelve importante. Sensemayá me impactó y por eso me gusta oírlo a menudo, sólo que cada vez que lo hago veo a Don Silvestre tumbado en el suelo, oliendo a espíritu de vino y con esos zopilotes comiéndole sus desvitalizados ojos. Silvestre Revueltas no era pobre de espíritu, al menos en el aspecto ético de la palabra, tampoco lo era Don Modesto, que murió cuando le faltaban cinco días para cumplir los cuarenta y dos años, me refiero a Modesto Mussorgsky, el ruso, el hijo de un rico propietario rural, el del grupo de los cinco, el que renunció a la carrera militar que su padre le había impuesto, el que no tenía un duro, el que empezó a beber cuando se le murió la madre, se conoce que la quería tanto como Mendelssohn a su hermana, o que Paco, el ecologista, a la suya. A Revueltas y a Mussorgsky, y también a Poe, les pasó como a Jonás que les arrastró la corriente y todo su oleaje les envolvía, un oleaje de alcohol, pero oleaje al fin y al cabo.

Cuando se construyó mi faro, la Administración de Doña Isabel proveía a los torreros, en ciertos casos, de algunos auxilios sin los cuales no les bastaría el sueldo para mantenerse. Esto ocurría, por ejemplo, si el mercado más próximo se encontraba a gran distancia del faro, o si no habiendo leña en los contornos, se encarecía por ello el precio del carbón. En mi faro no había, ni hay, chimeneas con las que calentarse en invierno, así que los torreros de la época de Isabel II, o de Alfonso XII, utilizaban braseros para quitarse el frío del cuerpo. Ese frío húmedo de a orillas del mar, que te traspasa la piel, la carne, los huesos y te llega hasta la sangre. Los castellanos saben mucho de frío, pero su frío es diferente que es como la gente, seco, directo, sólo frío sin más adjetivos, frío puro, bruto, sin pulir, en estado primario; también ese frío se está perdiendo.

Mi faro estaba muy aislado y por eso la administración consideró de rigor conceder a los torreros la cantidad diaria de aceite que necesitaban para su uso, el cual se podía sacar del almacén y se distribuía al mismo tiempo que el que había de servir para el alumbrado, llevándose el registro correspondiente. A pesar de todo allí se consumía más aceite del autorizado, y eran más o menos frecuentes las broncas del ingeniero por este motivo.

Todavía cuando oigo los gemidos en aquella habitación, me ponen algo cachondo, y es que me veo a mi mismo jodiendo por los cuatro costados con la chica del pelo inefable, también me veo jugando con Helena y ganándole varias partidas, contemplo entonces su cara feliz de perdedora, la satisfacción del sometimiento, la vuelta de la tortilla. Los misioneros contemplan a veces esa misma expresión en los salvajes, no hay mucha diferencia entre someter con la picha o someter con la cruz, si lo haces con respeto y cariño la tortilla puede salir bien, si penetras a la fuerza el sometimiento se convierte en una violación, y eso a nadie le gusta, ni a las putas, ni a los salvajes. A Levy Strauss no le extrañaba que sus Nambiquara, porque ya eran sus Nambiquara, su ballena, su faro, le contaran de viva voz el relato de la muerte de aquellos misioneros norteamericanos, los que violaron con la cruz. Cuando, en el siglo XVII, los portugueses estaban por el Japón contemplando aquellas gentes exóticas y acometiéndoles con erecciones de cruces, Ieyasu les vio el plumero y los expulsó a todos, permitiendo sólo a los holandeses acercarse a comerciar sin hábitos ni oraciones, porque al menos estos tan sólo trocaban, que no violaban.

Cuando alguno de los ingenieros llegaba al faro para hacer la inspección periódica, debía pernoctar en el edificio. Los ingenieros tenían la obligación de aparecer de improviso y si era posible, a la hora del encendido. Después de su sorprendente e imprevista aparición, se disponía a reconocer la cámara de iluminación, el aparato, la lámpara e incluso todos los efectos de repuesto. También revisaban la manera en que los torreros efectuaban la vigilancia del alumbrado, y cogiendo el libro de servicio y observando las anotaciones allí escritas, les hacía preguntas al respecto. Como un examen cuyo temario habían escrito los propios alumnos. Durante las altas horas de la noche, o antes del amanecer, la inspección, o sea el ingeniero, presenciaba algunas de las operaciones que podían tener lugar tales como despabilar, cambiar la chimenea...etc. Así que el Señor Ingeniero no pasaba precisamente unos días de vacaciones en su recorrido por los faros, lo cual era una actitud muy sabia, pues por aquel entonces ya era conocida nuestra tendencia, la de los fareros, a la molicie, la indolencia, a la caída un tanto depresiva de nuestros pensamientos, a la inactividad crónica, a la dejadez o a la lectura, aunque esta última no estaba mal vista.

Por todo ello a los torreros de faros nos pasaba lo mismo que a Jonás, y cuando nuestra alma se hundía nos acordábamos del Señor, y aunque era duro reconocerlo, lo cierto era que del Señor Ingeniero venía la salvación, sus apariciones cuasi espectrales te mantenían al pie del cañón, luchando contra la molicie, contra la indolencia, contra la caída un tanto depresiva de tus pensamientos, contra la inactividad crónica y contra la dejadez, pero no contra la lectura, no, contra esa no. A mí me gustaba sentirme poseído y dominado por el ingeniero, seguramente debía poner la misma cara que veo en Helena cuando la imagino perdiendo una partida. Nunca me ha violado ningún ingeniero. Actualmente hay gentes que violan con su lengua, no la de la boca, sino la del cerebro, con las palabras, con el lenguaje, con el idioma, con ese sí que me han violado. Platón no violaba con las palabras, ni Sócrates, ni Aristóteles, ni siquiera Heráclito, el del estercolero.

Cuando Levy Strauss andaba por el Matogroso, le apareció en su cerebro un estudio de Chopín, y no pudo quitárselo de encima durante días, debió ser agotador, aquel calor húmedo de cuarenta grados centígrados y el estudio del polaco repitiéndose una y otra vez en su cabeza; en ocasiones sólo trocitos, luego entero, después mezclando pasajes del principio con otros del final, y sudando y tropezándose... El calor húmedo es tan malo como el frío húmedo, solo que aquel te hace sudar hasta que no te queda ni gota de agua en el cuerpo. A Chopín le pasó como a Alfonso XII, que pilló una tisis y dejó de tocar el piano con treinta y nueve años, pero a diferencia del monarca no había dejado preñado a nadie, ni siquiera a Aurora, con la que estuvo en Mallorca. Algunos decían que ella le vampirizaba, pero otros comentaban justamente lo contrario, que era él el vampiro, también les había que se decantaban por tachar de succionador al hijo de ella, y la verdad es que el muchacho tenía lo suyo. Antes de instalarse la pareja en Valdemosa, estuvieron en una casa de otra parte de la isla, pero cuando los lugareños se enteraron de lo de la tisis del compositor, los echaron a patadas, quemaron las camas donde habían dormido y jugado, y blanquearon las paredes de la habitación que habían ocupado. En el pueblo cercano a mi faro, también quemaban las cosas de las personas, pero de las muertas, de las vomitadas por el mundo, de los okupas de ataúdes, seguramente por miedo a ver cumplida la tradición que cuenta que algunos muertos guardan cariño de sus pertenencias y quieren volver a por ellas; de esta forma parece que se les ayuda a despegarse de la vida terrenal. En la India esto de quemar camas les parecía insuficiente y quemaban también a la mujer del difunto.

Paca, la señora que limpiaba una vez por semana la casa de Alejandro, el okupa de casetas para chuchos, había disecado a su perro para seguir disfrutando de su

compañía, quizás por eso Paca comprendía perfectamente la manía okupadora de mi amigo, aunque nunca se dieron mutuas explicaciones; las relaciones entre amo y perro son una cosa muy personal y no tienes por qué contárselas a nadie. Sin embargo algunos pastores, cuando cogen un poco de confianza, te disertan con las marranadas que les da por hacer con sus ovejas, algunos son violadores ovinos, pero otros sólo juegan con su rebaño partidas dominicales, como alternativa al mus o al dominó que en esos momentos sus amigos echan en el bar del pueblo.

El ingeniero, en su inspección, se fijaba también en la limpieza de la óptica, de sus cristales y lentes, y si encontraba en ellas la menor raya o arañazo, les caía a los torreros la bronca de turno, por guarros o por no haber preparado bien el rojo inglés. Finalmente, los jefes reconocían las habitaciones de los torreros, cuyos muebles eran de la administración y claro, tenían que estar perfectamente cuidados. Los fareros y sus familias debían tener el menor número posible de efectos personales, para no producir pesadas y complicadas mudanzas al cambiar de destino, lo cual sucedía con bastante frecuencia. Para rematar el control que se ejercía sobre los faros, y temiendo una posible complicidad entre torreros de faros próximos, los capitanes de puerto debían pedir a todos los buques el resultado del diario, respecto a los faros que habían observado durante su viaje; por aquello de la querencia oleófaga de los habitantes de faros, así si algún barco había detectado un faro con la luz más débil de lo normal, el rapapolvo no sólo recaía en los fareros directamente afectados sino también en los vecinos que, divisándolo de manera defectuosa por la noche, no lo notificaron adecuadamente.

Mi faro, como muchos otros, poseía armamento propio y municiones, pero los torreros no podían tener armas de fuego en propiedad sin el permiso correspondiente ni la autorización del Ingeniero Encargado. La desconfianza hacia mis antiguos colegas era tan profunda, que les obligaban a pintar las puertas y ventanas del edificio con colores claros para detectar con mayor facilidad la posible suciedad acumulada en ellas. La verdad es que, a pesar de no tener prácticamente nada propio, a los torreros no les faltaba casi de nada, y a todos les daban por igual, para no fomentar las peleas, ya de por sí fáciles de saltar en los faros con varias familias.

Aristóteles también creía en la influencia que los sueños tienen en la vida de las personas, incluso escribió todo un libro sobre su interpretación, aunque creo que no mencionaba nada relativo a los cabreos no identificados. Helena después de ganar una partida se echaba a dormir con su cabreo de ganadora, con su malestar sí identificado, para olvidar su victoria, para despertarse confusa y arrepentida por su ansia de jugar, sabiendo de antemano el resultado de la contienda, viendo a su lado la cara del perdedor humillado, que no sometido, esto habría tenido más gracia.

En las habitaciones de los torreros se podían encontrar cosas como sillas con asiento de cuero, cómodas de caoba, braseros de latón, fruteros de porcelana, velones de metal con pantalla, escupideras de hierro, catres de hierro, perchas de hierro y colchones, no de hierro pero sí de lana, como las almohadas; los jergones, sin embargo eran de paja. También tenían aguamaniles con servicio y sartenes, tenazas para el fuego, trébedes, espumaderas, cazos, cucharones, recogedores de hojalata, jarros para el agua, cafeteras, platos llanos y hondos, soperas, ensaladeras, tazas con sus platillos, jícaras sin sus platillos o saleros de cristal, y todo, absolutamente todo era del Estado, en otras palabras, nada, absolutamente nada, era de los torreros. Esto quieras que no, marca. Vivir continuamente en casas con objetos que no te pertenecen, te hacen sentir también un poco objeto, como ellos, perteneciendo al Estado; por eso algunos ingenieros violaban a los torreros, por creerse sus dueños, violando con sus palabras.

Con la chica del asilo también perdía siempre que jugábamos. Ella cuidaba viejos, estaba harta de verlos morir, harta de perdedores y derrotados por la vida. Los

viejos muchas veces son vampiros, pueden convertirse inconsciente e involuntariamente, pero si te dejas, te pueden chupar hasta la médula. Los gemidos de ella también los oigo, como los de la chica del pelo inefable pero diferentes, más apagados, más insatisfechos, esperanzados pero con miedo a perder, a jugar con un viejo, a gemir para ser meada o cagada. La chica del Suave, sin embargo, lo hacía con decisión, con ganas, con la seguridad de estar siendo jodida por los cuatro costados, con la ignorancia de follarse a un sidoso, con la sensación de notar su pelo inefable entre sus tetas, mezclado y amasado por un toro enfermo, por un semental lidiado y una puntilla esperándole, en una habitación con olor fuerte, en la misma habitación donde ciento treinta años atrás, dormía el Señor Ingeniero después de su aparición espectral, con aquella mesa escritorio de tres cajones, con aquella mesa de noche, con el aguamanil como el de los torreros, con las sillas de asiento de damasco, mejores que la de sus subordinados, en la misma habitación en la que se miraba el ingeniero frente a un espejo de caoba y el azogue le devolvía orgulloso su imagen, escupida fuera del cristal, por intentar esconder dentro de él pensamientos reprimidos, y los espejos no son como las paredes, no les gusta guardar recuerdos ni pensamientos, pero responden preguntas. Las sábanas en esa habitación reservada para el señor, eran de hilo, y las colchas algodónadas, los vasos de cristal tallado, igual que las botellas, las copas y el salero. Todo eso era intocable para los torreros, como los pensamientos reprimidos del propio ingeniero, a veces permanecieron sin ser usados durante meses, incluso en una época no entró allí ningún ingeniero en varios años, pero todos los objetos de esa habitación donde ahora se joden dos okupas, debían de permanecer lustrosos, dignos y distinguidos de los de las otras habitaciones, para recordar a los torreros su inferioridad, su pertenencia, su esclavitud.

En mi faro nunca se liaron a tiros, y por lo que yo sé, sólo ellas, las mujeres, llegaron a las manos. Las carabinas con sus dos bayonetas, propiedad del Estado como todo allí, nunca se utilizaron para solucionar desavenencias interfamiliares, y eso que los lavabos comunes eran una continua fuente de luchas y disputas, con lo que habría sido muy sencillo coger una de esas armas estatales y solucionar la duda de quién dejaba siempre aquella mancha de mierda sin limpiar. Cuando me tragó el faro, ya no quedaban armas de ningún tipo, el tiempo se las había comido, de lo contrario no habría pensado mucho en la manera de deshacerme del vampiro, porque al principio yo no sabía que el Señor daría la orden al faro para que lo vomitase en tierra firme.

La cuñada de Miguel el polígamo, seguro que gemía con fuerza, con hambre y con odio, con odio de hermana resentida, de hermana con distintos juguetes, de juguetes insatisfechos, gemidos que se llenarían de ambigüedad después de morirse la cornuda, con su agonía lenta y dolorosa, y su mirada delatadora. Cuidar viejos no es cosa fácil, tampoco lo es aguantarse las ganas de inflarles a pastillas y evitarles de una vez la flojera intestinal, ni jugar con un perdedor a la salida del asilo, porque jugar con un vencido es como hacerlo con la muerte, por eso se fue decepcionada de este faro, harta de vivir para viejos y premuertos, luego me escribió una carta ofreciéndome su amistad, una amistad de asilo, senil y con olor fuerte, pero no como el de la habitación de los okupa, sino diferente, otro olor, el tufillo del moho verde, pero los perdedores no pueden tener amigos, sólo compadecidos, y así me pasó como a Jonás, que las aguas me apretaban hasta ahogarme, las aguas del sudor, del sudor de mi miedo, del que no puedes salir y que entonces penetra en tu cuerpo como el frío húmedo, atravesándote la piel, la carne y los huesos para acabar buceando en tu propia sangre.

Miguel, el polígamo, llegó a mi faro primero como alumno, un ocho de agosto de 1868, luego volvió como auxiliar en 1870 y aquí se quedó por siete años, pero se mudó de faro, por último regresó en 1882 y aguantó otros siete años para luego irse y no

regresar jamás. Su mujer, la primera, la cornuda, la de la terrible enfermedad, se quedó aquí, entre las paredes con moho verde. No sé si Aristóteles clasificó el moho, lo clasificó casi todo pero el moho creo que no; el macedonio quiso ser enterrado junto a su mujer, que había muerto mucho antes que él, y así se hizo. Schubert, que no tenía mujer, se empeñó en yacer junto a Beethoven pero no le hicieron ni puñetero caso; entonces lo de pillarse una sífilis tenía más riesgo que ahora y por eso el bueno de Franz no pasó de los treinta y uno, aunque la culpa más que de la sífilis la tuvo el ser un incompleto como esos otros de los que hablé antes.

José fue el primer muerto de mi faro, aunque en realidad no falleció entre estas paredes mohosas, sino con sus padres. Le habían destinado al faro de Estepona, pero el traslado se quedó sin efecto porque ya no vio ningún faro más, a no ser que contemplase la hoguera esa que los romanos llamaban rogos y que esculpían en los sarcófagos de piedra, para intentar guiar a los muertos; es siempre la misma obsesión de impedir que los difuntos vuelvan a charlar un ratito con nosotros. En una ocasión apareció flotando, en la orilla cercana al faro, un ataúd con okupa dentro, los fareros ya no podían hacer mucho, así que decidieron llamar a la autoridad local que seguramente ellos sabrían más de estas cosas. A José, mi primer muerto, no le veo nunca, se conoce que murió con la idea del traslado a Estepona y no le quedaron ganas de volver por aquí, quizás debería preguntarle yo al farero de aquel lugar, a ver si por casualidad se le puede contemplar al bueno de José por alguno de aquellos pasillos.

Con las monedas hubo sus más y sus menos, después de los reales de vellón vinieron los escudos y después las pesetas, con lo que para entonces ya se había formado un buen batiburrillo. Es curioso cómo oigo la voz de José, el Catalán, no el primer muerto, mientras lee en voz alta lo que escribe con motivo del jaleo este del dinero: Pasa de dos años que estamos recibiendo los empleados de este faro, el importe de nuestros haberes y demás atenciones que gravitan sobre el mismo en metálico o llamado calderilla, no solamente en moneda decimal sino con mezclas de quincenas que llaman por aquí y piezas de dos cuartos antiguas. A las muchas privaciones que nos da la vida de torrero, se ha unido esta más, que si no se remedia concluirá con hacer imposible atendamos a su servicio por tantos conceptos humanitarios. En la circular se nos recuerda que es muy justo la importancia de nuestro servicio, a pesar de que continuamente nos lo está recomendando nuestra propia conciencia, porque el torrero debe hallarse persuadido de que un leve descuido de su obligación haría peligrar tal vez, la vida de muchos infelices, que fían en su vigilante, y esto sólo les basta para que de tantas privaciones atiende siempre con esmero el inmediato servicio, como así la experiencia lo demuestra. Las consecuencias que nos produce el cobro de la expresada calderilla, son privarnos de poder girar ninguna letra para pagar atenciones que tengamos fuera de aquí, porque no se nos admite nuestro dinero, si se nos ofrece mandar encargo o pasajes, nos sucede igual porque no tiene valor nuestro dinero, y lo más peligroso es que hasta los propietarios de esta zona se niegan vendernos el grano para nuestro sustento, sin que abonemos al menos, la mitad de su importe en plata u oro, porque así se lo exigen a ellos al pagar sus contribuciones. De consiguiente, si la ley debe ser igual para todos ¿por qué no se nos paga a lo menos, la mitad en otra clase de moneda?. No concluye en esto, pues todavía nos acarrea más perjuicios aumentando nuestro desencanto y es que no viene ninguna remesa de dinero a este faro que coincida con la factura, pues son muchas las veces que me he visto obligado a reclamar a los peones del servicio para que abrigaran estas faltas. Hoy mismo se han recibido las seis indemnizaciones de septiembre y en doce duros han faltado una peseta veinte céntimos. En vista de lo dicho me dirijo a usted con la convicción de que se sirva dar curso a esta comunicación, para que sabedores nuestros celosos jefes de la situación en que nos

coloca, tal vez, el monopolio de algún individuo, pongan pronto remedio a tan penosas privaciones.

Su voz no suena quejumbrosa, sino más bien firme y seca, se conoce que el moho de las paredes evita que resuenen las palabras. Este José, el catalán, llegó aquí más tarde que el otro José, mi primer muerto. El dinero es lo que tiene, que te puede convertir la vida en un camino de rosas o, por el contrario, traerte por la calle de la amargura. Quizás tendría que haberles dado un poco de dinero a mis vencedoras en el juego, para que se sintieran un poco putas y así encontrarle su gracia a lo de jugar con un perdedor; a algunas les gusta sentirse putas, aunque no lo sean, pero el caso es que no se me ocurrió; lástima. Además, pagándoles posiblemente tendría menos miedo a la derrota o me sentiría con algo más de derecho a ser humillado, lo cual habría facilitado las cosas. Quizás la okupa se sentía un poco fulana cuando salía a tender ropa, recién duchada, con el pelo mojado, sabiendo que yo hacía simultáneamente lo propio con mis calzoncillos de olor fuerte, que ni el jabón lograba arrancar, imaginándome lo fácil que resultaría acercarme y desabrocharle, sin explicación alguna, su bata de botones azules.

Los Nambiquara de Levy Strauss se volvieron un poco putas, porque al principio el antropólogo les daba algún obsequio a cambio de una pose para la cámara fotográfica; a los salvajes no les gusta que se les fotografíe porque dicen que roban su alma, pero cuando le cogieron el gusto a la recompensa monetaria, comenzaron a ofrecerse como prostitutas de barrio, para obtener algunos milreis, que así se llamaba la moneda del Brasil allá por los años treinta; los que sí estaban rodeados de mujeres alegres eran los garimpeiros, los buscadores de diamantes. En los garimpos olía fuerte, a barro y venérea. Schubert era un poco garimpeiro, buscaba diamantes y cogió la sífilis, los diamantes que él encontró no se pueden ver ni tocar, pero sí escuchar, y cuando lo haces no puedes permanecer impasible, no te producen exaltación, ímpetu o tristeza, como las piedras preciosas de otros compositores, sino que estos diamantes te dejan en un estado parecido al de la estupidez infinita, adquieres una mirada vacua, vislumbras por unos momentos el tiempo perdido, el que sólo se conserva en los monasterios y entre algunos pastores. En ocasiones, después de escuchar el monólogo de un pastor con clase, acabas en ese mismo estado, ¿el nirvana?, no sé, también después de cagar te ocurre una cosa parecida, pero de manera fugaz y se escabulle rápidamente, con lo que en cuestión de segundos vuelves a encontrarte sentado en frente de la cotidianidad, con prisa y sin tiempo, que lo viste pasar entre tus piernas sin poder retenerlo de ninguna forma. Schubert, las vacas y algunos pastores, pueden retener el tiempo. En los monasterios muchas veces no hay vacas, ni escuchan al vienés, pero guardan el tiempo perdido entre sus muros, como una caja fuerte con su tesoro dentro.

El diecinueve de enero de mil ochocientos setenta y seis, apareció en las cercanías del faro una embarcación zozobrada, y que según el movimiento que la provocaba el oleaje se descubría una mano y parte del brazo de un cadáver. Allí había dos muertos, el uno como de cincuenta años, y el otro más joven, como de catorce. Estaban amarrados por sus piernas a uno de los bancos del bote con una cuerda que unía las cinturas de ambos, enfrentándolos cara a cara. Se conoce que se levantó mala mar y con el miedo de caer al agua se ataron de aquella manera, aunque no les sirvió de mucho y acabaron como Jonás, envolviéndoles el abismo y enredándose las algas en sus cabezas. Por lo menos el lugar donde aparecieron, se llama ahora cala de los muertos, en su honor. Nadie conocía sus nombres pues venían de alguna distancia y quedaron allí enterrados de sencillos muertos, juntos, como padre e hijo que parecían ser, que eso siempre gusta, igual que a Aristóteles con su mujer; a Stravinsky le enterraron en Venecia, junto a Diaghilev, ahí es nada, y eso que en su día acabaron tirándose los platos entre ellos. No sé como se quedaría el de La Consagración de la Primavera, al verse

puendiéndose cerca del maricón que le descubrió al mundo. Parece ser que la cosa tenía una explicación diplomática, pues los rusos lo querían ver decomponiéndose en la URSS y los americanos estaban interesados en que se lo comieran los gusanitos del tío Sam. Solución: ni para unos ni para otros y acabó en la isla de San Michele, donde huele muy fuerte, pero no al olor de la habitación de los okupas, ni al de la propuesta de amistad que una vez me hizo la chica del asilo, sino al olor del espejo.

Parece ser que la Guardia Civil andaba un poco mosca con los torreros y el asunto ese de los muertos atados, con lo que se presentaron en el faro el seis de febrero para registrarlo todo. Quizás se pensaban que habían robado algo, digo yo. José, el de los problemillas con las monedas, que por otro lado los tenía muy bien puestos, les dijo a los civiles que no podían entrar allí, y los guardias sorprendidos con tamaño desplante a la Benemérita se largaron por donde habían venido, pero se conoce que su orgullo maltrecho les recomía las entrañas y al día siguiente volvieron a aparecer por el faro, alegando esta vez que ellos tenían la suficiente autoridad y que no necesitaban el permiso de ningún ingeniero para entrar allí. Las armas es lo que tienen, que al final vuelven convincentes los argumentos más necios; así que allí entraron los señores agentes sin llegar la cosa a tener mayor trascendencia.

Por aquella época Miguel, el polígamo, ya andaba entre estas paredes mohosas como torrero auxiliar, montando de vez en cuando unas buenas grescas para entretenimiento del personal. Esta palabreja, gresca, parece que viene de los romanos que la utilizaban para significar a los griegos y para ellos hacer el griego era pelearse, montar barullo y todo eso. Hoy, lo de hacer el griego tiene otro olor. Por mi faro también ha pasado gente haciendo el griego.

José sigue escribiendo en voz alta, pero ahora suena diferente, más nerviosa y entrecortada, como empujada por un cabreo, impotente, impotente por no poder evitarlo. Desde que di parte a usted, en nueve de febrero del año último, de la poca armonía que reina en este faro entre los torreros segundo y tercero, y sus consortes, podía haberle dado cuenta de varias desavenencias ocurridas entre ellos, pero no lo he efectuado por atenerme a su contestación de dieciocho de los mismos, en que me ordenaba usted que procurara, como encargado del establecimiento hacerles las observaciones convenientes, a fin de evitar que los jefes se vean en el caso de tomar una resolución que les sería sensible. He apurado toda mi paciencia en dictar reglas, hacer observaciones y dar consejos, tanto por no molestar a nuestros jefes con chucherías mujeriles, como por ver si de un modo o de otro llegaban a la conciliación; hasta aquí he podido llegar de este modo, pero no puedo por menos de volver a dar a usted parte contra las mujeres de dichos torreros, por no poder conservar en este establecimiento el orden y limpieza que son indispensables para el buen servicio.

A José le sudan las manos y de vez en cuando se las seca en el pantalón de pana, que para eso sirve muy bien; le gustaría poder decir lo mismo que Jonás: Desde el vientre del abismo pedí auxilio y escuchaste mi voz.

Llevo dos años estudiando la conducta de estas dos mujeres y tan idéntico genio y modo de proceder encuentro en una como en la otra, en términos que a no haberlas cogido infraganti varias veces, no hubiera podido cerciorarme de ello, la misma envidia, el mismo odio y la misma ocupación porque ninguna tiene hijos y han de emplear el tiempo en cuidar de la casa ajena; para ocuparlas tuve que señalar a cada una, parte de las habitaciones que son comunes para que conservasen la limpieza, pero de poco me sirvió. Quejas cada día de que la una ensucia lo de la otra: los excusados han sido causa de cien riñas por encontrar poca limpieza en ellos y no poder saber nunca la culpable; a la coladura he tenido que acudir varias veces por desavenencias con respecto al lavado y por fin, porque nunca acabaría, hoy hallándome en mis habitaciones oí un tumulto y al

querer salir, me encontré con las dos expresadas mujeres que venían disputando para darme cuenta de sus desavenencias, pero al interrogarlas se acometieron como dos leonas, arañándose, mordiéndose y ensangrentándose ambas, sólo por la ocupación de un balde. Por lo mismo veo, que bien examinado todo, merecen igual castigo y que mientras subsistan en el establecimiento, me es imposible responder del orden. Lo peor es que por su causa, los maridos no se pueden ver y cada vez que ellas arman camorra, ellos están próximos a venir a las manos, que si ya no se ha efectuado es por el genio pacífico del torrero segundo, pues el tercero lo tiene más altivo e insultante.

Mientras, en el otro extremo de la habitación, la chica del pelo inefable gime aplastada por su toro, enfermo pero con el sexo duro, sin preocuparle el futuro, lo único que pretende es estirar el pasado, prolongar la rigidez, montar a una vaca que detenga el tiempo, pero ella no es una vaca, la chica no sabe, su pelo es precioso sin embargo no sirve para eso, aunque termine tiñéndolo él seguiría muriendo y ella con canas pintadas. Es lo que tienen las cuatro dimensiones, a José no le importa que los okupas anden jodiéndose mientras él pide ayuda desesperado. Para Pedro, el apellidado Bienvenida, tampoco supone ninguna molestia todo ese metesaca, toda esa polifonía vital que resuena en las verdiblanco paredes mientras él agoniza en la habitación contigua, en la otra parte del tabique donde se apoya la mesa en la que escribe en voz alta José, reiterando su llamada de angustia, desde este faro olvidado y temiendo que un día alguno de sus compañeros acabe por coger las carabinas sin dueño, y solucione de una vez por todas esas malditas desavenencias, las desavenencias que interrumpen una tranquilidad de torrero añejo, que ha dejado de luchar contra la molice y la indolencia, que sigue arrastrando la caída un tanto depresiva de sus pensamientos y al que le gustaría caer definitivamente en la inactividad y en la dejadez, aún sabiendo que no puede ni pensar en ello porque en cualquier momento puede tener lugar una aparición espectral del ingeniero, esas desavenencias que no le dejan leer porque ha de escribir en voz alta, una y otra vez, las mismas quejas mientras los okupas se joden por los cuatro costados, mientras Bienvenida agoniza, mientras el moho verde se empeña en emular las idas y venidas de las mareas, mientras la chica del asilo sale al pasillo buscando un excusado donde lavarse la derrota del viejo prematuro que intentaba jugar con ella, mientras el vampiro vuela por el interior y el exterior del edificio, desnudo, con su picha colgando, en busca de una víctima a la que desecar y el faro contempla elegantemente su ineluctable priapismo. Las consecuencias que traerán las desavenencias y odios que pasan de dos años reinan en este faro, entre los torreros segundo y tercero y sus familias, y lo imposible de su armonía, que yo le tengo a usted pronosticado en mis anteriores partes llegamos a tocarlo con la mano; desde su última visita a este faro, que en vista del estado de la cuestión se vio usted en el caso de reprender y aconsejar a ambas familias por igual, porque por igual parecían culpables, he venido observando que no habían servido de nada aquellos consejos por parte del torrero tercero, antes bien al contrario, pues no sólo ha seguido él y sus mujeres insultando y maltratando a la mujer del segundo, sino que me han demostrado a mí el mismo odio que aquellos, seguramente porque informé a usted según me dictaba mi conciencia; el día pasado de San Pedro, salí por la tarde a dar un paseo por las inmediaciones del faro, acompañado del torrero segundo, al regresar y antes de llegar sentimos escándalos que comprendimos que eran las mujeres que volvían a las suyas, al notar nuestra aproximación callaron y encontramos que se entraban en su caserna el torrero tercero, su mujer y su cuñada, le detuve en el acto preguntándole qué había sido ese escándalo y me dijo que no era nada, que sólo había sido una corta disputa de las mujeres, pasé a interrogar a la mujer del segundo, y esta me dijo que como la habían encontrado sola la habían acometido, no sólo la mujer y cuñada del tercero, sino él mismo que la amenazaba con ahogarla y que

por eso gritaba; como conocí que era confuso el aclarar la verdad por no haberlo yo presenciado, me contenté con reprenderlos, pero por eso no se han detenido, pues más o menos cada día la dan con el que pueden, buscando siempre ocasión para comprometer a uno u otro. Ayer mismo pusieron una manada de pollos dentro la cerca del faro con el fin, tal vez, de que estropearan los jardines y demás arbustos que tenemos criados. Porque uno de mis hijos les espantaba, para evitarlo, salieron como tres fieras cuadrándose ante mí el expresado torrero, porque quiso saber los motivos del escándalo, diciéndome que tan torrero era él como yo, que en asuntos de su familia nada tenía que ver con él, porque tenía la misma responsabilidad que yo y que diese parte que él también lo daría contra mí. Ya ve usted el fruto que he recogido de sus contiendas, de consiguiente debo cesar de mediar en estos asuntos, una vez que se me falta al respeto y que el indicado torrero se constituye tan encargado y responsable como yo, por lo mismo lo pongo todo en su conocimiento para que obre en justicia.

Paca, la del perro disecado, decía que los perros y los gatos atraen a los rayos, y la verdad es que cuando uno de mis rayos entró por el grifo de la cocina, Frodo estaba a mis pies, eso fue el día de los tomates, cuando me desperté escuchando esa música de Smetana que no podía arrancarme de los oídos como Levy Strauss con su Chopin, cuando pensaba en mis partidas perdidas, cuando el mar aparecía disfrazado cada amanecer, cuando apagar el faro con la luz del alba era el final de un viaje emocionante y el triunfo de una partida ganada; desde que mis perros han ido cayendo por el acantilado, los rayos intentan evitarme, el mar se ha puesto su ropa de trabajo y permanece con ella amanecer tras amanecer, el faro no se deja ni encender ni apagar, y realiza orgulloso y solitario los movimientos de su vida, de su autónoma cotidianeidad.

Al fin José tuvo la suerte de Jonás y su oración llegó hasta el Señor, hasta su santo templo, desde donde la secretaria le leía los comunicados, escritos en voz alta por el torrero de ese faro aislado con desavenencias en su interior; Miguel el polígamo sería trasladado.

Pero al cabo de cuatro años Miguel reapareció, había una especie de resorte que lo devolvía al faro, a mi faro, al lecho mortuorio de su mujer oficial, la cornuda, la hermana de la amante, la que murió tras una larga y penosa enfermedad. La historia se puede escribir de muchas maneras, pero siempre hay que agarrarse a un eje, a un punto de referencia, a un puntal con el que apoyarse. La historia de mi faro podría escribirse en función de las familias que por él han pasado, o de los rayos que le han sacudido, también las camas pueden ser una referencia histórica no sólo para los faros sino para la humanidad en general. La era del suelo, la de la esterilla, la del catre, el jergón, el somier y el canapé. Cuando la parafina llegó de su largo viaje, procedente de las bajas tierras escocesas, mi faro estaba en la era del jergón de paja y colchón de lana, de lana de las ovejas de los alrededores, apaleada y aireada en el jardín del faro, donde criaban algunos arbustos. Los santanderinos fueron los primeros españoles en utilizar ese combustible extranjero, corría el año mil ochocientos setenta y siete y todavía faltaba algún tiempo para la caída de personas por los acantilados del faro de Cabo Mayor, como les paso a mis perros sólo que con la diferencia de que aquellos antes de dar el salto aún estaban vivos, pero el final sí que era el mismo: las gaviotas y los peces engordados y el faro callado, observando extrañado y confuso. Con ese faro tuve mucha amistad en su día, él fue quien me convenció para convertirme en torrero, el que me hablaba de los que un día tiraron abajo de las rocas, de los caídos, porque aquellos sí que fueron auténticos caídos, este faro era el que me susurraba cosas al oído para evitar el vuelo de sus palabras empujadas por el viento, el que por las noches se encendía para explicarme su luz, el que callaba mucha historia, el que me contó de sus vampiros y muertos pero a los que yo no vi nunca, porque nunca entré en su interior. Tres años

después de que el faro de Cabo Mayor demostrara a toda España que la parafina podía ser utilizada para alumbrar nuestras costas, y que los torreros no se la comían, entonces llegó a mi faro metida en bidones, ahora el torrero ya no tenía que comprobar su sabor ni su olor.

Los cabrones de los escoceses se debieron de forrar a nuestra cuenta. Porque todos los faros españoles empezaron a utilizar la parafina esa, que procedía toda ella de una fábrica situada en Glasgow, cerca del pueblecito donde nació Livingstone, y cuyo rimbombante nombre era: Joumg's Paraffin Light and Mineral Oil. CO. Limited. Pero no todos los países utilizaban por aquel entonces el mismo combustible, en esto como en muchas otras cosas había sus diferencias, la colza, el lino, el cacahuete, las aceitunas, el coco, las ballenas o el tocino, todo valía para hacer aceites con las que empapar unas mechas de algodón, prenderlas fuego y comenzar así a emitir unas lucecillas que las ópticas se encargarían de amplificar y los navegantes de divisar.

La mesa donde José escribía en voz alta sus angustias, estaba llena de cosas, cosas que hoy nos parecerían absurdas y que seguramente no sabríamos como emplear, porque ya se han perdido, junto con el tiempo, y que sólo las vacas nos podrían enseñar su manejo, bueno también algunos monjes de monasterios con paredes mohosas y vampiros con hábitos. Arenilla, caja con sello, lapiceros, hojas obleas, plumas metálicas, papel cuadernillo, porta plumas, reglas, un tintero de bomba, todo ello se distribuía por los cajones de su escritorio, ordenados como soldaditos de un ejército dispuestos a saltar al campo de batalla en la hoja blanca de papel, donde José se encargaba de ubicar estratégicamente sus palabras, respetando la jerarquía de estas y poder así enviar al enemigo un mensaje de rendimiento, o de ofensiva, dependiendo del grado de inclinación en la caída de sus pensamientos, dependiendo también del estado de su molicie y dejadez, o de las lecturas que por esos días le desviaban la mirada de la pleamar mohosa y le hacían olvidar su querencia a beberse, no sólo el aceite de oliva que todavía quedaba de reserva en algunos recipientes, sino además, el espíritu de vino, confiado en que ningún zopilote le comería sus ojos.

Un día la cornuda parió un hijo, pero no andaba muy bien de leche por lo que tuvieron que contratar a una nodriza con las tetas infladas de maternidad, y pedir un permiso al Señor Ingeniero, un permiso para dejar entrar en el faro esas dos enormes tetas, que no lograban la misma persuasión que las carabinas de los civiles. José se fue a un faro de descanso, por tener la edad y los informes médicos necesarios que se requerían para poder acceder a uno de esos faros, donde la torre no era de altura y los haces de luz que salían de la óptica, acababan chocando contra los edificios de la ciudad, de una ciudad con farmacias, médicos, mercados con alimentos frescos, electricidad, agua potable en abundancia y hasta putas, aunque para cuando un torrero conseguía uno de estos faros, esto último no significaba un aliciente. Esos faros todavía intentan demostrar un valor que ya nadie se lo reconoce, como los acomplejados que gritan a voces poseer aquello de que carecen, engreídos, egoístas, aterrorizados ante la idea de su cercana mutilación, de su inexorable decapitación, de una vergonzosa castración, envidiosos del perenne priapismo de esos faros aislados, mudos y leprosos pero erectos y útiles, servidores de pobres, de pescadores de pequeña red, de marineros de domingos.

Hacia tiempo que los torreros se hartaron de soportar la humillación en sus cargos, que odiaban parecer inferiores aunque de hecho lo fueran y por ello cambiaron las palabras por los números, la crudeza del ordinario y el auxiliar se dulcificó con la tibieza del segundo y tercero. Eso no ayudó a la cornuda en nada, ni siquiera en soportar mejor su agonía acortándola o evitando los dolores que la hacían primero gemir y luego gritar, en una habitación intermedia entre aquellas donde también gemían por diferentes

motivos otras dos hembras, una por exceso y la otra por defecto, una debajo de un toro enfermo y la otra encima de un derrotado compulsivo; murió siendo la mujer del torrero segundo, que no del ordinario y mucho menos del auxiliar, pero dejando un hijo que se alimentaba de unas ubres extrañas, con leche mercenaria, y lanzando su última mirada al vientre de su hermana, la puta, la preñada a escondidas, la que no se muere. A Pedro Bienvenida, el que duró dos meses en mi faro porque no le sentaron bien estos aires, no le sirvieron de nada ni el anís estrellado ni el agua oxigenada, ni las ampollas de tintura de yodo, ni el agua de timol, ni el agua de azahar, ni el aceite de ricino, ni el algodón hidrófilo o el alcohol rectificado, ni tampoco las aspirinas Bayer que estaban junto al bicarbonato de sodio y el coaguleno Ciba, en la repisita de encima que siempre se venía abajo cuando alguien abría el botiquín, el mismo botiquín que contenía otra puertecita en su interior, como un sagrario guardando el secreto de la vida, sin hostias pero con hojas de eucalipto y éter sulfúrico, con hierba luisa y hacelina, que en las indisposiciones ligeras eran preferibles a la sagrada forma, la cual quedaba mejor reservada para el final, para el por si acaso, para el ya no hay nada que hacer, para el aliento fétido y los ojos vidriosos.

Paquito sigue sentado en el excusado, donde estaba entretenido cuando cayó aquel rayo que justo derivó por el water y le dejó el corazón mal parado, aunque no murió allí mismo se conoce que le impresionó tanto que de vez en cuando vuelve y se sienta allí, como José escribiendo en voz alta; a nadie le importa, por aquí se respetan mucho ya que no es lo mismo convivir en tres que en cuatro dimensiones, hay como más espacio, si quieres te haces el loco y pasas desapercibido, como te dedicas a charlar por cada esquina allí donde te encuentras al vecino de turno. El complejo de inferioridad siguió aumentando cuando terminó el follón del treinta y seis, y los fareros aprovecharon la euforia de la mitad que se salió con la suya para decidir quitarse de encima la marca diferenciadora de los numeritos, que si torrero primero o segundo y además, eliminar eso de torreros que parece que no pero daba una imagen un tanto rebajada del oficio, así que a partir del treinta y nueve pasaron a denominarse con un término algo más denso como es el de Técnicos Mecánicos de Señales Marítimas, como para conseguir un toque aristocrático con tanto apellido y parafernalia. Ahora ya no había diferencias entre unos torreros y otros, al menos en teoría porque en la práctica seguía habiendo un encargado del faro, que asumía la mayor responsabilidad, pero el sueldo igual para todos. En mi faro se pasó, por aquel tiempo del cambio de apellidos, de tres técnicos a dos para el mantenimiento del servicio, no sé muy bien por qué lo hicieron, aunque me puedo imaginar lo atractivo que era disminuir el número de familias y con ello las desavenencias posibles, pero no se dieron cuenta que para eso tres son siempre mejor que dos, pues con la modalidad binaria nadie puede actuar de moderador como lo intentaba José, y no se suele tardar mucho en llegar a los insultos, que en mi caso bastó sólo un año. Algo bueno es que ya no había carabinas sin dueño con las que poder solucionar las desavenencias binarias.

IV- Mi mundo se reduce por momentos, mis muertos no paran de hablar, de gemir, de gritar, de llorar, de reír. Cuando en un lugar has sentido determinadas emociones, donde has podido sacarte un poco del venenoso cariño, donde algún vampiro ha succionado parte de tu vida, donde realmente has olido, cogido, probado, visto u oído en profundidad, entonces mueres un poco en ese espacio, que no en el tiempo, te conviertes en un muerto de ese lugar, y sus paredes se empapan de nuestra esencia porque las paredes actúan como los vampiros, cuanto más gruesos son sus muros más capacidad tienen de almacenar almas. Las esencias de los succionados intentan salir del emparedamiento, pero sólo logran como máximo aflorar en forma de moho, verde, blanco, amarillo... Castillos, monasterios, cárceles y faros, sus gruesos muros húmedos

de otras vidas, retienen el tiempo perdido, allí se encuentra el secreto que Proust encontró por casualidad en una magdalena recién mojada en aquel té, esas paredes son infusiones de almas. Pero los techos, sin embargo, no poseen esa característica porque su vida es muy limitada, mucho más que la de los muros, y su visión aérea de las cosas les hace más jueces indecisos que cómplices multidimensionales. En mi faro todo ha ido desapareciendo, los jergones, los colchones de lana, las sillas con asiento de trama, los sacabocados, las piedras de afilar, los aguamaniles, los braseros de hojalata, las teteras y los saleros de cristal... todo menos el moho de las paredes y los libros, esos libros que reflejan como espejos viejos de cristal cuarteado, una historia oficial, una historia escrita en voz alta, la historia de los torreros principales, primeros y encargados, la historia de las visitas espectrales de los Señores Ingenieros, la historia del aceite, de la parafina y del petróleo, la historia del hambre y de la picaresca, de las jerarquías y del compañerismo, de la envidia y de la generosidad, la historia de las contradicciones, la historia del ser humano reducido a su esencia, envasado al vacío en un simple faro, aislado en el espacio lo mismo que en el tiempo.

Manuel, el que sencillamente se murió, coge los libros de manera sencilla y lee y relee sus escritos antes de enviárselos al jefe mediante copia manuscrita en cuartilla y metida dentro de un sobre cerrado con un trozo de oblea. Siempre hace esto, inseguro por sus faltas de ortografía que al final invariablemente comete, por muchas veces que revise su comunicado. No era como José que escribía en voz alta, Manuel los leía después de escritos, a voz en grito para que resonase en las paredes y aquí residía el problema, le gustaba tanto oír su potente voz de barítono, su propia voz, que acababa por leer de manera automática sin percatarse de la gramática. Algunos son presumidos de su imagen y entonces tienen que mirarse por los espejos que se cruzan en su camino, otros son presumidos de su olor y guardan permanentemente con ellos un frasquito de perfume, colonia, desodorante o elixir bucal, para evitar cualquier efluviio trascendente, como el de las orejas de Francisco el carpintero, pero Manuel sólo era presumido de su voz y utilizaba la resonancia de los pasillos como espejos de palabras, palabras que habían sido escritas en una cuartilla y que entonces se transformaban en sonidos evocadores. El agua que contiene la cisterna de este faro debo manifestarle que existen muchos microbios, pero si quiere que haga la prueba de echar un par de arrobas de cal, a fin de ver si desaparecen estos insectos, lo haré toda vez que a usted le parezca bien, por si se puede dar un resultado algo favorable. Dicha cal hoy la tengo buena y creo sea a propósito para dar dicho resultado, la existencia que hay de la ya citada agua es de un metro ochenta centímetros, cantidad que sería suficiente para el año y debiendo en caso de sacarla, habrán de trabajar muchos días.

No me parecen bien las pajas de Paco, el ecologista, me refiero a las que se hacía sentado en la misma mesa camilla donde trabajaba sus labores la sorda tía Lola; aunque la mujer no se enterase, siempre le podía salpicar una gota del semen de su sobrino y no me gusta la idea de la pobre tía Lola, paseando por aquellas calles frías y provincianas, con la gota de semen de Paquito, su sobrino ecologista, agarrada a una de sus medias negras como garrapata otoñal. Lo de su hermana ya me parece diferente, igual que el invento ese de los radiadores. Paco no sabe que todo eso ha quedado registrado en las paredes de su vieja casa, las mismas que vieron morir en una caja de silencio a la sorda Lola. Paco no sabe que los gruesos muros ven, oyen, y tragan, tragan almas; Paco no sabe que parte de su alma, su alma onanista, está allí encerrada, emparedada, intentando aflorar y desconchando la vieja pintura, sudando moho de manera omnidireccional pero bajo las órdenes de las lunas, la plena, la nueva, la menguante o la creciente, por todas esas caretas y disfraces de las que gusta lucir ese primer faro del que gozaron los

hombres. Paco no sabe que tendrá que ir a buscar su alma o quedarse junto a ella, emparedado en seis dimensiones.

Paco se hubiera masturbado viendo a la chica del Suave tender la ropa, imaginándose cómo le desabrocharía los botones azules de aquella bata, de aquella maldita bata que había que quitar a toda costa pero a su vez necesaria para sentirla tentadora. Sin bata sería virgen, intocable, peligrosa, intemporal, fría, bella, desgarradora, protectora, incognoscible; con bata no podría ser más que carne, puta, desnudable, caliente, víctima, sabrosa, aunque también peligrosa e incognoscible. Pero Paco no podía ser farero, él ya tenía una fuerte inclinación en la caída depresiva de sus pensamientos, nunca llegó a luchar contra la molicie ni contra la dejadez o la inactividad, que siempre fueron sus amigas y amantes, y esas cosas no las puede poseer un torrero antes de meterse en el oficio, que le tienen que sobrevenir con los años, con el tiempo, con los sucesivos apagados y encendidos del faro, con la rutina integral y el minimalismo en su vida.

La chica del asilo se cruza por los pasillos con Helena, la otra ganadora, la morena de pelo corto, la delgada de piel áspera con ojos cambiantes y parlanchines, la que me enseñó a jugar y me descubrió mi condición de perdedor; pero no se ven, sólo se miran.

Quizás debería haber disecado a mis perros en lugar de arrojarlos acantilado abajo. Quizás en Cabo Mayor tendrían que haber hecho lo propio con los que tuvieron que saltar todavía vivos, ellos ni siquiera pudieron quedarse entre los muros de aquel faro, y las piedras de los acantilados son demasiado duras como para meterse dentro, por eso deambulan como alma en pena buscando un muro, una pared, un mísero tabique de delgados ladrillos, pero ya es tarde, el faro no puede hacer nada para dejarlos nadar en el moho salado que guarda como un tesoro en su interior, ni dejarles beber de la fresca humedad que rezuma por aquellos pasillos decimonónicos, allí tienen over booking, como en mi faro, como en los muros monacales y paredes carcelarias, como en las piedras pulidas y de pátina centenaria que gritan su alcurnia en los castillos del mundo. Hay que hacer nuevos muros para guardar almas, pero como los de antes, gordos y acogedores, como el de Berlín que estaba repleto pero que al tirarlo abajo por aquello del odio, todas las voces, pensamientos, y trozos de alma que contenía se esfumaron y volaron de allí para siempre, y eso no está bien, se pueden abrir puertas sin tener que derribar muros, cuando estos tienen edad hay que respetarlos, los judíos saben mucho de eso, y Goya, que gracias a ellos pintó almas, solo tuvo que dejarlas salir de las paredes de su quinta y perfilarlas un poco, pero ellas ya estaban allí dentro hacía tiempo. Yo tenía miedo de que Tomasín quisiera imitar por voluntad propia a los de Cabo Mayor. Muchas veces al caer la noche y esperar que volviera del trabajo, me preocupaba por su tardanza y me lo imaginaba reventado cien metros abajo, con las gaviotas haciendo lo mismo que los zopilotes de Revueltas. Quizás no tendría que haberse ido de mi lado, aquí sólo pensaba en las estaciones de trenes, allí las buscaba, aquí lloraba pero allí enmudecía. Su Majestad la Reina (que Dios Guarde), se ha servido disponer que el día treinta del mes de noviembre próximo se ilumine ese faro. En su virtud y sin esperar nuevas órdenes el expresado día y a la hora marcada por el Reglamento, encenderá usted el mismo, continuando así en lo sucesivo. El sonido de la torre no ha dejado de enloquecernos a todos los que hemos pasado por aquí, a unos más que a otros, claro, porque no todo el mundo escucha por igual, les hay más y menos sordos, y ya no de oreja sino de mente, pero ella lleva ciento cuarenta años interpretando su repertorio con el virtuosismo de una gran diva, ciento cuarenta años cantando la misma canción, torturando las mentes de los torreros emparedados, incitando a sus aislados moradores a la caída bastante depresiva de sus pensamientos,

animándolos a la dejadez más absoluta y lo que es peor, interrumpiendo sus horas de lectura con sus chillidos, con sus frecuencias graves que enervarían al mismísimo santo Job y le harían decir: lo único que me quedan son mis gemidos, como el agua se derraman mis lamentos; porque me sucede lo que más temía y lo que me asustaba me acontece. No tengo paz, ni calma, ni descanso y me invade la turbación. Tan luego como reciba usted orden del Señor Alcalde del distrito a que pertenece, se presentarán en el punto que dicho señor les designe a prestar juramento a la constitución promulgada en seis de junio último, debiendo hacer presente a usted que podrán verificarla simultáneamente todos los torreros y alumnos, a fin de que el servicio no quede abandonado; las puertas se alían con el viento en el ostinato de golpes y bufidos, aquí no hay ningún Kerz Kuit, aquí nadie mandó a ningún cura para exorcizar el faro, pero el perpetum móbile que la torre se empeña en hacer oír, taladra nuestros oídos y mentes, las puertas y ventanas golpean y golpean como si todo el edificio estuviera formado por piezas, encajadas por un niño de manos regordetas y torpes, todo grita, todo se lamenta, las ventanas viejas de madera podrida y las otras más pequeñas de los excusados, también desvencijadas e infladas de humedad y salitre, las tres ventanitas de la torre están chillando como los cerdos el día que les clavan el gancho por el pescuezo, las cinco puertas grandes se abren y cierran igual que si el faro navegase enfrentado a un temporal, y las dos gigantescas puertas que ahora dividen el edificio en las viviendas de los Técnicos Mecánicos de Señales Marítimas, que aunque cerradas, percuten una y otra vez de manera arrítmica, inesperada, enervante, todo grita y vocifera mientras mis muertos se esconden en las paredes para intentar escapar del enloquecedor desconcierto, hasta Tomasín sale de su cama, donde soñaba con estaciones de trenes, para cobijarse entre el moho y el salitre arropado con la densa humedad de olor fuerte, diferente de aquel otro olor de la habitación donde los okupas se jodían por los cuatro costados y se refugiaban como niños traviosos, donde perdieron su partida con la vida; no, Tomasín se arropa con el olor del moho que es más tupido y abriga mejor del ruido, el mismo moho que creció en los oídos de Beethoven y Goya, por querer dejar de escuchar a la ensordecedora estupidez externa, charlatana compulsiva, mentirosa y embustera, pero sobre todo analfabeta, los dos se refugiaron entre los muros de sus quintas, la una levantada con ladrillos de acordes y la otra con adobes de colores.

A las cero horas veinte minutos de la madrugada, se produjo un corte del fluido eléctrico apagándose la luz del faro, al sonar la sirena se puso en funcionamiento el grupo electrógeno durante el tiempo que duró el corte, quedando restablecido el alumbrado normal a las cero treinta horas. El resto del turno sin novedad. La puta electricidad, nunca me gustó, está educada y es peligrosa, traicionera, falsa y atrae los rayos como los perros o los gatos. Paca, la del perro disecado, tenía la fantasía de hacer cola junto a otras nueve señoras sesentonas del pueblo, para que las violaran. Francisco el carpintero nunca atinaba con el verbo ciscar y se lo aplicaba a personas que andaban a la gresca, sin ser consciente de su maloliente significado. Paco el ecologista sigue con sus masturbaciones un tanto incestuosas, pero lo de la tía Lola ya no lo practica desde que se murió, quizás la última paja se la hizo delante del ataúd, con la sorda de cuerpo presente, también tuvo que dejar aquello de los radiadores; en la nueva casa donde se mudaron son de placa, y por ahí no la puede meter, así que sólo le queda su hermana, la del muñón en el brazo, sus tetas y su cuello es lo último que al pobre Paco le ha dejado la vida de onanista, su reducida vida en la que ya no cabe ni la naturaleza, esa naturaleza que al menos le permitía definirse como ecologista. Con el tiempo todo se reduce, el cuerpo, las ideas, el juego. A mi vampiro no se le ha reducido su picha larga, siempre la lleva colgando en sus vuelos de reconocimiento a media altura por los pasillos y habitaciones del faro. Julián, el que se pasó tres años encerrado en el altillo donde

colgaban la matanza, sigue sin querer bajar de allí. Las pasó jodidas, siempre con miedo a que alguno del otro bando lo descubriera y se lo cepillase, pero no como el vampiro se cepillaba a Helena, o por lo menos no sólo así, también el torrero que decidió mezclarle con los embutidos pasó miedo, miedo de sangre, miedo de que violaran a su mujer y a él le hicieran saltar como a los de Cabo Mayor, por aquellos días el faro estaba triste y enojado, tres años sin iluminar son muchos y el torrero primero llevaba escribiendo desde hacía ochocientos veinte días: el faro continúa sin alumbrar, el faro continúa sin alumbrar, el faro continúa sin alumbrar, el faro continúa sin alumbrar, todo un diario de servicio minimalista. Desde este faro, uno de los más aislados de España, saludo al cuerpo de torreros que componen el de todo el litoral e islas de nuestra patria, con el mayor afecto. Tengo el honor de comunicar a usted, que a las veinte horas cuarenta minutos del día de ayer, un avión de nacionalidad alemana ha caído al mar a una milla aproximadamente del faro. Procediendo rápidamente a examinar a sus ocupantes por señales de linterna contestaron en demanda de auxilio. Rápidamente encargando al Técnico Mecánico subalterno del servicio de la señal, procedí a prestarles socorro, teniendo por lo tanto que abandonar el faro, y con la ayuda de dos marineros salimos en un bote pudiendo al fin localizar uno de dichos pilotos, que era el único superviviente de la catástrofe según sus declaraciones. Una vez en tierra fue conducido al faro, donde se le practicaron las curas de emergencia haciendo uso de los medicamentos existentes en este botiquín, de cuyas bajas le enviaré relación a su debido tiempo. Lo que no cuenta el escrito oficial es cómo salió hecho una fiera el jodido alemán ese, con pistola en mano y apuntando al pobre Rafael que había ido en su auxilio; preguntaba a voces cosas que nadie le entendía, amenazando con su Luger, hasta que alguien le gritó ¡España!, y parece que se calmó. A Rafael, luego de este suceso le dieron mil pesetas de entonces, por parte del gobierno alemán, y más tarde como para no ser menos, le cayeron otras mil de las de Franco. Para Apolonio, el subalterno, no debió de haber ninguna recompensa. No sé si Paco el ex-ecologista irá alguna vez al cementerio para cascársela ante la tumba de la Lola, imagino que no, pero de eso nunca me ha hablado, así que prefiero no conjeturar, como con lo de la chica del Suave, que nunca supe si se pilló también el sida, por aquí sólo la veo gimiendo debajo de su toro sentenciado, y tendiendo ropa con su bonito pelo mojado cayendo sobre aquella bata de botones azules que cubría una desnudez deseada por un vecino derrotado, aquí nadie me cuenta que pasó con su vida, el Suave tampoco, ni el vampiro, que incluso al final se hizo amigo de ellos aún a sabiendas de que un okupa no se deja chupar fácilmente la vida, no se dejan vampirizar, en eso son muy listos; se pueden colgar del caballo o pillar una anemia del poco comer, pero succionarles es verdaderamente difícil y a pesar de eso a mi vampiro le cayeron bien. No creo que se alimentara mucho de ellos ni que se cepillara a la chica del pelo inefable, como se cepilló a Helena. Sólo el viento puede con todos, incluso con el holandés, el quemador de ventanas, el de dos metros de altura, el metepichas por excelencia, el desertor valiente, el rebelde con causa, incluso con él puede el viento. El viento te puede matar y el silencio también te puede matar. ¿Y cuando ya estás muerto?, entonces el silencio te tortura y el sonido te atormenta, sólo hay refugio en los gruesos muros de monasterios, castillos, cárceles y faros, pero hay over booking, los muertos se lo han aprendido y todos quieren emparedarse por igual, algunos incluso lo hacen entre las piedras de alguna cabaña de vacas o en los recodos de las viejas tenadas de ovejas, esto sobre todo los pastores difuntos que gustan mucho de estos lugares. Los monjes lo tienen fácil y los fareros también, por mi faro pasaron más de setenta torreros, sin contar alumnos, pero no todos están por estos muros ni gustan de estos mohos verdiblanco, de estos gemidos de hembras sometidas y de hembras decepcionadas por sucesivas victorias, no todos quieren un vampiro pichalarga revoloteando en busca de presa fácil,

ni los escritos en voz alta de José pidiendo ayuda al Señor. Pero sobre todo es el viento lo que no quieren, aún encontrando un acogedor hueco entre las paredes, aún con esa suerte no quieren soportar los golpes de las ventanas ni de las puertas, o las bajas frecuencias de la torre, ni las llamadas de los que saltaron voluntariamente por el acantilado, que trepan como pueden, sorteando a mis perros y aporrean las paredes del edificio desde fuera, suplicando un refugio, rogando un trocito de pared por pequeño que este pudiera ser; pero el faro, impenetrable, niega la entrada a quien no pasó en vida por dentro, sólo ellos tienen acceso al descanso entre muros, farero u okupa, ingeniero o vampiro, nodriza o puta, maricón o suicida, es igual para él, únicamente admite a quienes sintieron algo aquí dentro, terror, miedo, angustia, placer, alegría, ira, amor, odio, también eso le es indiferente u inusitado como diría Francisco el carpintero, sólo pone como condición el sentimiento, por eso tampoco habitan estas paredes todos los que por aquí pasaron, porque algunos llegaron ya con la caída tan pronunciada de sus pensamientos depresivos que les llevó a la inmediata dejadez e inactividad, y al faro no le gustan los que llegan así, a él le encanta transformarlos poco a poco, a su manera y gusto, si es posible en estado virgen sin que otro faro haya mediado antes que él; el que aquí encuentra refugio lo hace conforme al sentimiento que entre estas paredes un día le desbordó, unas gimiendo de una u otra forma, Paquito sentado en el water, Julián mezclado entre los chorizos y butifarras, el Suave montando a su vaca, José escribiendo en voz alta sus súplicas, la cornuda muriendo lenta y angustiosamente, la puta preñándose a escondidas, los maricones haciendo el griego, los perros rebotando por el acantilado, el vampiro oteando y contemplando su cuerpo, su picha, su estupidez, Tomasín siempre en la cama sin querer levantarse para no tener que ir en busca de una estación y emprender un largo viaje, la chica del asilo lavándose las manchas de la derrota o de su victoria según se mire pero siempre las manchas de la decepción, de la vejez prematura, Manuel tan sencillo como siempre. A Paquito, sentado eternamente en su water, petrificado por el susto pero en ese estado de placidez que a veces logramos alcanzar en dicho lugar, le sorprendió el rayo y le dejó el corazón mal parado, y en ese mismo estado le gusta permanecer, los Alemanes que murieron en el avión golpean las paredes por el exterior junto con los caídos voluntarios, pero ellos no tienen derecho a entrar, sólo pueden contemplar los haces del faro, su sempiterna rotación, sus destellos de lejanía, su llamada y luego su rechazo, ellos sólo pueden ocultarse del viento dentro del mar, allí hay mucho espacio, mucho suicida y mucho naufragio, allí no llega el viento ni su sonido ni el canto maldito del faro, allí se refugia Ulises, junto con las sirenas, huyendo del viento y del canto de los faros, de los rayos y de los perros y gatos que los atraen. El artículo cincuenta y uno del nuevo reglamento de faros, aprobado por el Gobierno de la República en treinta de abril de los corrientes, faculta a los ingenieros jefe de las provincias para poder conceder a los torreros de faros, cinco días de licencia para ausentarse del establecimiento con motivo justificado y siempre que quede en dicho edificio más de un torrero. Para poder tener efecto estas peticiones deberán los interesados dirigirse de oficio a los encargados del local el que después de informado las pasará al Señor Ingeniero encargado del servicio o para la resolución que crea de justicia. Además proviene dicho artículo que ningún torrero podrá disfrutar más de dos licencias en un año. Al alemán que rescató Rafael y que casi le pega unos tiros con la Luger, nunca le he visto por aquí y eso que tiene derecho a un trozo de pared, pero se conoce que ha sentido cosas más fuertes por otros sitios, al fin y al cabo no era la primera vez que se caía con el avión sino la séptima según me confesó el mismo Apolonio, el subalterno que se quedó cuidando el faro mientras Rafael se largaba al rescate, el que no cobró ni un duro de recompensa ni del gobierno alemán ni del español, el que se tiró cuarenta y tres años escuchando la misma canción del faro sin

enloquecer, el que observó durante esos mismos cuarenta y tres años cómo se pudrían las ventanas de madera a la vez que pactaban con la torre un plan para desquiciar de los nervios a los habitantes del faro con su ruido, con el ritmo arrítmico inesperado y sorprendente de las puertas pero que Apolonio soportó estoicamente, como Beethoven su sordera, sujetando fuerte los pensamiento para que no adoptaran una caída demasiado pronunciada, un tanto depresivos, haciendo sus trabajillos aquí y allá para no ser devorado por la molicie, trocando con el petróleo para no estar inactivo durante las horas en las que no leía, el que quiso que le enterraran en el cementerio cercano al faro para que los haces iluminaran su tumba rítmicamente, a intervalos de cinco segundos, para sentirse activo y ocupado; él no aparece mucho por estas paredes aún sabiendo que tiene más derecho que nadie a emparedarse, porque nadie aguantó cuarenta y tres años respirando esta humedad y escuchando la arritmia de las puertas, a veces sí que se da un paseo por estos lares y sube a limpiar la óptica en días de invierno, cuando no hace tanto calor dentro de la maldita linterna, pero la tumba que lo aloja está más cerca de sus vivos y por otra parte le gusta sentir el roce sensual, las caricias que el faro le hace rítmicamente, cada cinco segundos, para tranquilizarle, para dormirle, para cantarle, pero no la canción del viento sino la de la luz, que es diferente y no enloquece, que le gustan los niños y los viejos, que cada cinco segundos le susurra al oído: gracias. Dispuesto por órdenes de la presidencia del gobierno de nueve y doce de junio últimos, que los funcionarios de los servicios de la Administración que desempeñaban destino en poblaciones liberadas con anterioridad a la publicación de la ley se determina: este Ministerio ha dispuesto que la instrucción de las diligencias para depurar la política social de los funcionarios dependientes de la sección de Cuerpos Especiales, se lleve a efecto por los Inspectores Regionales la correspondiente a los Ingenieros de Caminos Canales y Puertos que se encuentran afectos a los servicios de su Demarcación, así como los que hallándose separados o supernumerarios lo estuvieran al tener lugar su baja, y por los Ingenieros Jefes de Obras Públicas para el resto del personal que haya presentado declaración jurada. A José le depuraron, no al José de los oficios escritos en voz alta, no, ese se libró de la mierda del treinta y seis, ni a José el primer muerto del faro, me refiero al pobre José que aguantó aquí esos tres míseros años, escribiendo con un pensamiento bastante caído hacia la depresión y el minimalismo: el faro continua sin alumbrar, el faro continua sin alumbrar, el faro continua sin alumbrar, el faro continua sin alumbrar, durante más de ochocientos veintitrés días, el que mezcló a Julián con la matanza sin la intención de rebajarlo a la calidad de embutido sino para librarlo de la otra matanza, la de afuera del faro, la de los locos, la de los vengativos, la de los analfabetos, la de los rencorosos, la de los fachas y anarquistas, la de los hombres y la de las mujeres, el pobre José que tuvo que llevar el faro sólo porque su compañero pidió cinco días de licencia y no volvió a su puesto de trabajo por aquello de estar en la zona de un color que le pareció ser el de los perdedores y que por ello se libró de la depuración, el pobre José depurado por haber luchado victoriosamente contra la locura de la arritmia en las puertas y su percusión sin sentido, por haber escuchado la canción del viento y por haber pasado hambre entre paredes mohosas repletas de almas ahogadas en la humedad, la humedad de la derrota, pero no la derrota de la chica del asilo, delgada pero de tetas densas, la que intenta lavarse cuando sale a los pasillos del faro, ¡no!, aquella humedad es de otra derrota, del engaño, de la tristeza como la que cubre el cuerpo de la cornuda, sabiendo que su pequeño hijo quedará en manos de la puta de su hermana, hermana preñada por la misma picha en la que ella confiaba antes de su enfermedad, cuando la retenía entre sus piernas esperando que soltara el último chorro caliente de un Miguel monógamo, pero picha polígama en la oscuridad. Los señores torreros de este faro elevan a Vuestra Excelencia por conducto del que suscribe,

como inmediato jefe de aquellos, respetuosa súplica de que puesto que se provee de pan a la fuerza militar allí destinada, se les conceda por vuestra excelencia la gracia de que mediante el pago de su importe se les provea también del pan que necesitan para ellos y sus familias para tres o cuatro días por semana. Fundamentan su petición en la circunstancia de que sólo se los puede abastecer un día por semana, de modo que dada la humedad del faro, el pan sólo pueden conservarlo tres o cuatro días a lo sumo, pues pasado este plazo se les pudre y por otra parte no se les concede, debido a las actuales circunstancias, el adquirir harina para amasarlo ellos. Los torreros de este faro solicitan que se les provea, el primero de una lata de leche condensada semanalmente y el segundo que tiene cuatro hijos de corta edad, de cuatro semanales, pues gran parte del año no pueden proveerse de leche en la zona. Así mismo estos torreros piden que se les facilite el que el día de abastecimiento, un solo día semanal, se les pueda vender todo el pan que necesitan para la semana pues al parecer alguna vez se les ha consentido comprarlo sólo para un día, como a veces se hace con el público en general, habiendo de abastecerse en un solo día para toda la semana, no podían disponer de pan que tampoco pueden amasar por no poder adquirir harina. El Suave hubiera muerto fusilado en aquel tiempo y su chica se tendría que haber ido en busca de otro toro que la sometiese, pero la lucha de aquel no fue contra nadie sino contra la ignorancia, y esa batalla se pierde muy a menudo, porque no todo el mundo tiene la suerte de encontrarse a la mujer celta, y ya no digamos de que esta venga a tu casa y cene contigo, como me ocurrió a mí. El vampiro le contestó al faro como Jonás al Señor y le dijo: me has arrojado de tu presencia, ¿como podré volver a contemplar tu santo templo?... y siguió ... yo te alabaré, te ofreceré sacrificios y cumpliré las promesas que te hice, pero el faro le escuchaba impasible, no le contestó y el Señor Ingeniero se lo llevó, lo arrastró, lo humilló, pero el vampiro se alimentó de nuevos mediocres y resurgió y volvió a contemplar y admirar su propio cuerpo, y a chupar por aquí y por allá, y regresó a la humedad del faro donde es feliz entre estas paredes, donde descansa del esfuerzo que supone desvitalizar chusma, donde se confunde su estupidez con el moho, donde de vez en cuando vuelve a cepillarse a Helena sin conseguir con ello un ápice de optimismo, él nunca tuvo un electroinfarto, a pesar de haber sido farero, pero su egoísmo le inmunizaba contra muchas enfermedades menos contra la estulticia y la ciática. Por considerar han desaparecido las causas que motivaron el apagado de todos los faros y farolas y con el fin de facilitar la navegación, intereso a Vuestra Señoría tenga a bien dar las órdenes o tomar las medidas oportunas para que en el más breve plazo posible se enciendan todos los faros y farolas con sus luces y características dando cuenta del día en que se enciendan. Pero Julián sigue mezclado entre la matanza, la de comer, no la de llorar, le cogió el gusto a las corrientes de aire a la compañía tranquila y fiel de los embutidos, al olor a pimentón, a la soledad del cerdo troceado, a la visita sorprendente de quien sube a por un trozo de tocino aprovechando para intercambiar algunas palabras, algunas noticias o simplemente algunas miradas, Julián es feliz entre la matanza porque las salchichas y los lomos embuchados ya no chillan, que eso sólo pasa antes del troceado y dura poco, luego viene el silencio, silencio de embutido, de ristra colgona, Julián se sentía como una más de aquellas sartas esperando el turno, esperando la visita no de quien sube a por comida sino de quien encuentra al escondido, del cazador, del torturador, de quien hace convincentes sus necias palabras mostrando un fusil o una pistola, del que viola con palabras y con ideas; Paquito por el contrario no espera a nadie allí sentado, él encontró su nirvana particular momentos antes de recibir un rayo por el culo, y así quiere permanecer, como estilita de water, meditando y deteniendo el tiempo con la misma habilidad de una vaca, y sin esfuerzo alguno, cuando José el minimalista había dejado felizmente de escribir el faro continua sin alumbrar, el faro

continúa sin alumbrar, el faro continúa sin alumbrar, lo depuraron, fue una pena porque aguantó ochocientos veintitrés días haciéndolo y se hubiera merecido otros tantos de poder escribir novedades, porque las novedades aunque obligaban al trabajo daban un poco de color a la rutina y hacían olvidar por algún momento la canción del viento, los temblores de las ventanas y las percusiones arrítmicas de las puertas, todos esos sonidos que ahora se ceban y ensañan en mi persona, como con rencor, como viendo en mí a alguien digno de martirio, a un perdedor, a un reo ante su patíbulo, a una cabeza recién cortada que contempla el mundo dando vueltas y saltos a su alrededor, creo que voy a enloquecer, no puedo aguantar por mucho más tiempo este sonido, estos gemidos, estos escritos en voz alta, esta moribunda angustiada y engañada, esas frecuencias graves con las que la torre se empeña en atravesar mis oídos hasta llegar al cerebro, para torturarlo como haría el mejor de los inquisidores, no soporto más los roces de la picha colgona del vampiro cuando sobrevuela a pocos centímetros de mi cabeza, silencioso, desnudo, delgado y estúpido, las puertas tamborilean en un crescendo progresivo, lento pero progresivo, los aviadores alemanes están golpeando algunas ventanas desde fuera, multiplicando el ya enervante ruido producido por el viento, por el otro lado del edificio los caídos del acantilado intentan traspasar los muros y chillan de desesperación, son chillidos agudos, de rata, son chillidos de impotencia, pero las paredes se vuelven impermeables para ellas, ¡qué tranquilo está Apolonio en su agujero!, con esas caricias repetidas de cinco en cinco segundos, qué privilegiado por no tener que soportar los paseos de la chica del asilo buscando un excusado donde lavarse las manchas de derrota o de victoria según se miren, por no soportar más su cara ambivalente, sus tetas densas y sus piernas confusas, en telegrama del Señor Gobernador de la provincia a fecha diez del actual mes, dice que consulte a los torreros de ese faro por si quieren contribuir con dos días de su haber para el armamento Nacional y deseoso de cumplimentar las órdenes de mis superiores me apresuro a participárselo a usted esperando lo haga presente a los demás empleados de ese establecimiento y me diga con toda premura si se avienen a ceder a favor del gobierno de la Nación los citados días de haber que les indican; la cornuda chilla de dolor, debe faltarle poco para acabar, pero le duele, le duele la poca vida que le queda, a Miguel se le ocurre la idea de coger una de las carabinas sin dueño pero con bayoneta y terminar el suplicio de su mujer oficial, sin embargo le frena la preñada, con una expresión también ambivalente, el pequeño de la cornuda que hacía poco que dejó de chupar de las tetas mercenarias quiere esconderse entre el moho verde pero todavía es muy pronto para él, las paredes graban los gritos de su madre con fidelidad con identidad con seguridad pero eso no le alivia el dolor a la mujer de Miguel, la oficial la hermana de la puta preñada a escondidas que siente como los gritos de aquella se meten por entre las húmedas paredes esperando el resto del ser que ahora yace también húmedo empapado de sudor mirando el vientre relleno de su hermana mientras Helena busca al vampiro para jugar una partida ansiosa de perder incluso de ser humillada porque le quema por dentro un fuego muy antiguo, los rayos empiezan a sacudir el edificio como si una guerra hubiera estallado, las explosiones acallan la arritmia de las puertas y Julián solloza entre la matanza caído en postura fetal mirando las ristras colgonas con miedo a recibir una visita sorpresa allí en su altillo, José oye el timbre alarma que ha disparado su compañero de turno y deja de escribir en voz alta echa un vistazo por la ventana y ve el faro apagado se dirige por el pasillo a la puerta que da acceso a la torre y se cruza con Helena buscando con su quemazón interno al vampiro, se miran pero no se ven, José sube las escaleras de caracol preocupado por la tormenta tan aparatosa que se ha originado le marea subir tan rápido esas espirales se para justo al lado de una de esas ventanas detrás del cristal están el padre y el hijo atados por una cuerda que han trepado por la torre para intentar entrar al faro por una de

esas pequeñas ventanas desvencijadas que para ellos se convierten en fronteras de acero José tampoco los reconoce durante los segundos en que toma algo de aliento antes de continuar el ascenso helicoidal los atados fuerzan el ventanal pero no consiguen nada le gritan a José pero no pueden hacerse oír finalmente una ráfaga fuerte de viento los devuelve a su sala a la sala de los muertos Paquito se ha puesto nervioso pero no quiere levantarse de la taza del water los tremendos truenos le recuerdan el final de su nirvana pero no hace nada por despegarse la porcelana del culo le retiene una fuerte diarrea provocando así una lluvia fecal igual a la que tuvo cuando aquel mal rayo le violó traicioneramente por detrás haciéndole el griego, Antes de que José alcance la cámara de servicio donde le espera su compañero con la tez pálida iluminada por una fluctuante llama de candil se vuelven a escuchar los gemidos de la chica sin bata montada por un toro al que van a apuntillar y que quiere despedirse con el rabo duro y mojado los chillidos de ella no se quedan atrapados entre el salitre y el moho de las paredes sino que las traspasan como a boyeras estáticas mironas que asisten al paroxismo de un apareamiento premortuorio como el de la mantis religiosa sólo que aquí no será la hembra la que se coma al macho ¡no! la hembra se pondrá su bata de botones azules y secará su pelo con un secador para no sentirse puta y llorará su soledad y se tumbará en la cama sin nada que le reviente en su interior sólo con su pelo inefable tapándole los pechos algo más desinflados y secos deshidratados por las lágrimas y por el dolor de una separación hecha con cuchillo sin delicadeza ni anestesia abriendo en canal a una pareja que okupaba una habitación del farero como el aceite lo hacía a través de las mechas por capilaridad antes de apagarse la llama y sonar la alarma antes de que José dejara de escribir en voz alta y viera a través de los cristales trémulos y arrítmicos de su ventana que el patio estaba muy negro que el faro se había apagado antes del rayo que le produjo un río de diarrea a Paquito de puro miedo de puro susto Paquito tenía cincuenta años pero siempre fue Paquito por eso se cagó del susto y por eso le quedó el corazón mal parado también por eso volvió a su water y se quedó allí sentado intentando recuperar su tiempo perdido por eso continua allí llorando como una magdalena mojada mojada de miedo de mierda líquida de horror a los truenos que retumban y hacen temblar todo el edificio tiembla la cama de la moribunda sin poder saber si es a causa de la tormenta o de la fiebre que la abrasa que la quema con un fuego también muy antiguo, tanto como el que soporta Helena en su búsqueda de macho con miedo de quedarse vencedora para siempre y no poder ser sometida y humillada buscando un toro para ella aunque sea lidiado al día siguiente porque eso no importa cuando se quiere ser mantis religiosa y tener miedo de morir quemada en la hoguera en su propia hoguera inquisitoria Helena quiere jugar y perder jugar y perder jugar y perder una vez tras otra de manera repetitiva como el diario de José el depurado la lluvia que ha empezado a caer no apaga su incendio ya no busca corre desesperada por los pasillos chocándose contra las paredes y las puertas gritando del dolor que empieza a sentir entre sus piernas allí las quemaduras duelen mucho también le duele a José la que se acaba de hacer al quitar la chimenea para despabilar pero esa se arregla con una pomada la de Helena sólo un tronco puede sofocarla la de José no arde la de ella ha prendido en un bosque sin cortafuegos y con vaguada que son los peores incendios José y su compañero desmontan el mechero para sustituirlo por otro de reserva no quieren estar mucho tiempo allí en la linterna mientras dura esa maldita tormenta con los rayos cayendo en rededor suyo sabiendo que el metal del suelo donde están les podría jugar una mala pasada una explosión ensordecedora les asusta y dejan caer la chimenea de cristal al suelo haciéndose añicos el compañero de José baja a por otra el estruendo no ha despertado a Tomasín que sueña con una estación de trenes en la que está despidiendo a alguien que acaba de subir en uno de los vagones la chica del asilo tiene los muslos

ensangrentados de tanto frotárselos para quitarse sus manchas húmedas se asusta pero sigue frotando compulsivamente la sangre le gotea por los muslos blanquecinos hay bocas abiertas a sus pies esperando recoger con sus lenguas el goteo vital del color del rojo inglés pero que no pule cristales sino que raya conciencias, una chispa ha tocado el edificio Tomasín sigue despidiendo al desconocido el tren comienza a soltar sus resoplidos de búfalo artrítico y los vagones comienzan a moverse por fin su amigo se asoma a través de una de las ventanillas que está abierta yo tengo que entrar en el taller por culpa del último chispazo todo está a oscuras pero mi linterna de espeleólogo encintada en la cabeza me deja tener las manos libres abro el cuadro de automatismos para ver que ha pasado el Suave se ha quedado unido a su chica sin bata como los perros después de la jodienda la cama de la cornuda patalea en el suelo ante la mirada fosilizada de los amantes ante los oídos tapados con sus propias manitas del niño sin tetas que chupar Helena se golpea en la esquina de una habitación mientras las llamas que empezaron en sus ingles han devorado ya medio cuerpo las paredes se aprestan a impregnarse de carne quemada y de olor a bruja en la esquina de la habitación contigua la mujer de la mancha se desgarran los muslos con uno de esos cepillos de púas metálicas que encontró en el taller y su sangre se mezcla entre el moho verdiblanco que adquiere progresivamente unos tonos morados con bordes rosáceos Julián prefiere ahogarse metiéndose una de esas ristras por la garganta antes de ser descubierto por los fachas empuja hacia dentro de su garganta notando el destrozo que a su paso hace el embutido mientras escucha la pisada de las botas las voces los gritos los disparos de algún mauser empachado de sadismo al tercer chorizo se le nublan los sentidos pero adivina que la puerta de su escondite se entreabre y siente de lejos unas patadas en sus brazos en su cabeza y ya muy de lejos en su sexo repitiéndose al mismo tiempo que alejándose al mismo tiempo que Tomasín se despierta sobresaltado al ver a su amigo viajero asomado por aquella ventanilla al verse a sí mismo despidiéndose a sí mismo al mismo tiempo que los futuros padres contemplan cómo la cama mortuoria deja de patalear y el niño destetado sale corriendo al mismo tiempo que el Suave adelgaza sobre su hembra la del pelo inefable la okupa la que se sentía algo puta cuando salía a tender la ropa con su pelo mojado y la bata de botones azules la que ahora chilla viendo cómo su toro se consume sobre ella la que nota desinflarse la picha dura que poco antes le reventaba el vientre convirtiéndose ahora en un témpano de hielo que le impide respirar al mismo tiempo que la chica del asilo se arranca ella misma a mordiscos en un alarde de contorsionismo los trozos de carne que le quedan pegados a los fémures de sus muslos descubriendo en los huesos la misma mancha de derrota que le ensuciaba el alma con los seres engordados a sus pies alimentados con sus despojos recién arrancados al mismo tiempo que Paquito decide meter la cabeza dentro de su eterno asiento para dejar de escuchar esa maldita tormenta al mismo tiempo que esa maldita tormenta lanza un tremendo rayo enemigo de la electricidad enemigo moderno de los faros y fareros revientaculos violador de perrosygatos provocador de electroinfartos al mismo tiempo que mi electroinfarto el que me hizo gritar de dolor el que medejó unas manosnegras pegadasaunoscables de plásticoderretido el que meimpregnó deunolor que lasparedesansiabanaspiraresasparedesqueseabalanzabansobremíesasparedesquediscutían entreellasporverquienellevabaestebocadomientraseltechocontemplabaimpasibleesariña demujerzuelashambrientasdeesponjasinsociablesdesuccionadorasinfinitas V dehotelpa raalmsderefugiosenlosqueperdersedebalneariosdondereposarmurossabiosamigosdeltie mpo paredesmaternalesconocedorasdelmundo espaciosinfinitosconotradimension ladimensióndeentremuros eltiempoperdido y el todavíapordescubrir emparedamiento bocadillomohoso templodelsilencio siempre ocurre lo mismo después de un fuerterayo la tormenta salecorriendo consciente de su travesura y deja un silencio penetrante sólo el

mar de fondo queda retumbando abajo, percutiendo los acantilados demaneraritual consagrando el tiempo y el espacio las vibraciones suben por los riscos y llegan hasta el faro, cada vez que una de esas olas gordas espesas sin espuma decide estrellarse y pulverizar su agua al contacto de la roca transmite casi telegráficamente un sonido sordo opaco, puedo notar sus vibraciones ahí tirado en el suelo mientras el vampiro se cierne sobre mí apuntándome con su colgajo dudando de la visión hasta que decide doblar su espalda hacia arriba y salir de la habitación como esos aviones acrobáticos, con la panza mirando al techo y la picha caída sobre una pierna.

Las ventanas han dejado de temblar, igual que la cama de la madre agonizante, que ya no lo es porque ya no agoniza, su cama está quieta y rígida como ella, se quedó fría con la mirada clavada como un puñal en el vientre de su hermana, que ahora permanece de pie con una sonrisa ambigua, sintiendo en sus entrañas dos pesos, el del niño que luchará por salir y el de la mirada que intentará penetrar hasta quedarse atravesada. La mirada de Miguel el polígamo, que ya no lo es porque oficialmente ahora está viudo, también es ambigua y se balancea entre el remordimiento y la cobardía, el vampiro no tiene ese problema, sus ojos son transparentes dejan ver todo lo que hay detrás de manera clara y diáfana, como peces nadando por aguas caribeñas, pero sin nadie que quiera pescarlos, ¿quien querría lanzar la caña para atrapar un egoísmo de veinte kilos, o un inútil de doce, lo mismo que un pez vago de treinta o al rey, el ballenato, todo un estulto de ochenta kilos?

El faro vuelve a lucir después de que José y el otro torrero le colocasen el mechero de repuesto y la chimenea nueva, los cristales de la rota se quedarán en el suelo, que mañana será otro día. José vuelve a su habitación para pensar en lo que escribir, en lo que contar a las paredes, en qué súplica poder redactar. El silencio repentino, que aparece como los ingenieros en sus visitas, sin avisar, cuando lo hace después de varios días de temporal, desconcierta, te desubica, te hace preguntas a las que no sabes qué responder, te muestra espejos donde no quieres mirarte y te cuenta historias que no quieres oír.

No me importa ver las cenizas que duermen esparcidas en el suelo de una de las habitaciones, ni sus paredes ahumadas por el incendio que provocó aquel fuego antiguo, tan viejo como el mundo, que el ansia de derrota lo había reavivado y el viento de la búsqueda esparcido hasta arrasarlo todo, sólo el olor a mujer quemada permanece agarrado a las paredes, como una lapa a su roca y costará sacarlo de allí, sólo la marea alta, la mohosa y verde pleamar lo desprenderá, llevándose el último recuerdo de una jugadora que no supo ganar, tampoco me importa contemplar a la mujer del asilo en otra de las seis habitaciones del faro, escupiendo trozos de músculos para intentar recomponer su pierna descarnada, convencida de la inútil lucha que mantenía contra la mancha que le dejó un viejo prematuro, un perdedor ignorante, los muros que la rodean absorben como esponjas la poca sangre que sale ya de una arteria seccionada a mordiscos y que ahora cuelga bajo el resto de lo que fue un muslo blanco y suave, muslo transformado en trozos desgarrados y masticados de carne cruda, de comida ancestral, tan ancestral como el fuego que ahumó la otra cara de una de esas paredes de la habitación, ahora roja por un lado y negra por el otro, roja por el lado donde la sangre baña el suelo y trepa por el tabique como el aceite del faro lo hacía por las mechas, esa sangre que subirá luego hasta la terraza, desde la que se tiró uno de esos perros que ahora pertenecen al acantilado, esa sangre que se esparcirá y alcanzará la base de la torre por la que ascenderá tranquilamente transformando el blanco faro en rojo torreón, hasta encontrarse con los cristales de la linterna por los que no podrá subir más, porque el faro no permitirá que obstaculice su luz y la sangre se resbalará y se secará, y caerá en forma de polvo, en forma de arena contemplativa como el desierto en el atardecer,

esa arena del tiempo inmediato al encendido de un faro en el desierto, de uno de tantos faros del desierto que esperan la llegada de las aguas o un diluvio providencial que dé un sentido a su vida, pero constante en su pensamiento, sin dejar de alumbrar ni un sólo día, consciente como Jonás de que los que adoran ídolos vacíos abandonan al Dios que los ama, sólo tienen que esperar, esa es la única solución: esperar.

Lo que no puedo soportar es ver llorando a la mujer celta, allí, agachada, en otra de esas seis habitaciones, en otra dimensión, separando los cables pegados a mis chamuscadas manos, llevándose con ellos trozos de piel inefable, refrescando mi cara con sus lágrimas celtas, lágrimas que se cuelan en mis ojos que permanecen abiertos y secos con los que no puedo mirar hacia atrás por donde me sopla un ligera brisa en la nuca y a la que no me es posible emproar, sólo consigo dejarme llevar por el oleaje, con ese extraño viento en popa.

No me parece bien que mi amigo Paco, el que fue ecologista, el de los radiadores, el que ya no siente nada cuando se cruza con el cuello y las tetas de su hermana, vaya cada tarde al cementerio con su pantalón especial, el que se pone después de comer y echarse en el sillón una pequeña siesta de funcionario, ese pantalón al que rompió el forro del bolsillo derecho, no me parece bien que dejara de contarme su vida como lo hacía antes porque eso es mal síntoma, como también es mal síntoma su paseo vespertino entre lápidas hasta llegar a la setecientos ochenta y tres, la de su tía, la Lola, o que se quede allí de cara al mármol esperando que no haya nadie al rededor para meterse la mano en su bolsillo derecho y como en un truco de magia, convertir su pantalón en las faldas de una mesa camilla, igual a aquella de la que sí me hablaba. No me parece bien que ya no busque las tetas o el cuello de su hermana y que reduzca su mundo al trabajo y al cementerio porque eso es mal síntoma, como la mirada que empieza a pintarse en sus ojos o la caída un tanto depresiva de sus pensamientos porque Paco no es farero y nunca se acostumbró a soportar el sonido del viento ni las puertas arrítmicas como tampoco el silencio que sigue a las tormentas o el que sale de las tumbas.

En otras de las habitaciones ha aparecido, y como siempre sin avisar, un ingeniero; no sé que le ha traído por aquí, algo tuvo que ocurrirle entre estos verdes muros para anhelar su humedad, está sentado frente a su mesa de caoba escribiendo algo, con una mirada que refleja en un ojo la llama del quinqué y en el otro una luz más vieja, del mismo tipo que ahumó una de estas habitaciones, pero en su ojo no es peligrosa, está contenida, fría, triste, sin quemar y apenas iluminando porque el miedo no le deja oxígeno para la combustión; algo prendió ese fuego en el ingeniero, algo que provoca su gusto por la humedad, por esta humedad.

No queda ninguna habitación vacía, todas tienen su torrero, su okupa, su mujer, su niño, su ingeniero, a Miguel el sencillo le gustan más los corredores del edificio y prefiere estar allí, tranquilo como siempre, feliz del tiempo, ¡es lo que hay!, como le gustaba decir a menudo, a lo que se reducía su filosofía, sus creencias, su religión, su sexo.

El cabreo se me pasó; efectivamente, hablar me ha servido para quitarme de encima aquel malestar incómodo, pero ya no sé si hablo o pienso, la diferencia es tan pequeña que cuesta mucho poder determinarlo, pero ni una cosa ni otra es tan vieja como la llama del ojo izquierdo del ingeniero.

El cabreo se fue pero ha dejado paso a la tristeza, que es diferente, más tranquila, no tiene prisa como aquel, que te empuja y te hace caminar de forma apurada y torpe.

La tristeza es como el perezoso, ese animal de uñas largas y cara de perdedor, la tristeza trepa como él con una lentitud olvidada, tan despacio que no puedes darte cuenta de su avance, igual que los vampiros expertos chupan a sus víctimas, pero si llega al final, a la copa del árbol, se acomodará y ya no habrá forma de hacerla bajar. Tengo que esperar para ver el lento avance de la tristeza y así poder acompañarla sin dejarla sola ni un instante, sin permitir que se instale en lo alto, en lo profundo, entreteniéndola y si es posible divirtiéndola, porque si esto consigues se detendrá y formará un capullo, una crisálida de la que saldrá una bella mariposa: la esperanza.

El baño se quedó vacío, maloliente pero vacío. Paquito decidió meter primero la cabeza y después, de puro pánico, continuó con el resto del cuerpo, viajó por los desagües buceando en su propia diarrea, tragándose los despojos de su miedo, capeando el temporal de un mar denso y espeso, sin sirenas para guiarle, sin estrellas en el cielo, sino en la oscuridad, en la ceguera, pero sin dejarle a la tristeza hacer nido en lo alto de su tronco y manteniendo la esperanza de salir en algún lugar, en algún tiempo perdido o inexplorado, con la ilusión de gritar como Jonás mirando a un cielo infinito: pero tú sacaste mi vida de la fosa, Señor, Dios mío.

Las paredes me han estado escuchando, ellas han estado guardando mis pensamientos entre el salitre y el moho. Sé que alguien algún día lo escuchará todo y lo escribirá. Las paredes le contarán sus secretos como lo hicieron conmigo, como lo han hecho siempre en los monasterios, en los castillos o en las cárceles. Sólo necesitan alguien que escuche, que todavía no se haya quedado sordo, que hable con las encinas y los chopos.

Ya sólo me queda esperar a la mujer celta, la que me enseñó a ganar en el juego, la que me descubrió el amor, la que viajaba a través de los bostezos, la que conocí en una cena, la que venía de un tiempo perdido, la que vivió muchos años con un trilobites loco y enfermo, la que acudió a mi llamada cuando grité en mi angustia, la que me auxilió desde el vientre del abismo y escuchó mi voz.

En un faro has de soportar el silencio y el escándalo, la quietud y el temporal, la nada y el todo como las temperaturas extremas de los desiertos.

Los faros del desierto esperan al mar y a la lluvia, al agua que dé sentido a sus vidas, pero creyendo en ellos mismos, olvidándose de la espuma y pensando en las dunas como olas de arena, algo más lentas, como la tristeza, pero esperando, esperando y esperanzados.

Conozco faros en el desierto, son austeros, son extraños, su humedad es diferente, dulce y no salada, con mohos rojos y no verdes ni blancos.

El silencio cae como un diluvio. Una vez más he sido tragado, siempre es lo mismo, salimos de una barriga para entrar en otra.

Estoy tranquilo, sólo la he de esperar, para después viajar juntos, hacia algún lugar, hacia la última casa, hacia el infinito, o simplemente hacia un asiento desde donde contemplar sin palabras, con mirada vacua, el paso del tiempo... si es que pasa.

La mujer celta gritó al señor en su angustia, y él le respondió;
Desde el vientre del abismo pidió auxilio, y escuchó su voz.
Le había arrojado en lo más profundo del mar;
Le arrastraba la corriente, todo su oleaje la envolvía.
Ella dijo: <<Me has arrojado de tu presencia.
¿Cómo podré volver a contemplar tu santo templo?>>.
Las aguas le apretaban hasta ahogarse,
el abismo la envolvía, las algas se enredaban en su cabeza.
Se hundió hasta los cimientos de los montes,
hasta el país donde son eternos los cerros.
Pero él sacó su vida de la fosa.
Cuando su alma se hundía, se acordó del Señor,
y su oración llegó hasta él, hasta su santo templo.
Entonces el Señor dio orden al pez, y al punto el pez se la tragó.